ALFRED HITCHCOCK Y
LOS TRES
INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Nick West

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio del león nervioso

Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores - 16

ePub r1.2

Titivillus 19.08.16

Título original: *The mystery of the nervous lion*
Nick West, 1971
Traducción: C. Unterlohner
Ilustraciones: Harry Kane
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de cubierta: Poe

Editor digital: Titivillus
Editor 2: Poe
ePub base r1.2



Unas palabras del señor Hitchcock

¡Saludos y enhorabuena! Estoy muy contento de que os hayáis unido a mí, para seguir otra aventura de este destacado trío de muchachos que se denominan a sí mismos: «Los Tres Investigadores». En esta ocasión, es un león nervioso quien los conduce a una enmarañada aventura de misteriosos interrogantes.

Supongo que ya conocéis a estos tres Investigadores, que son: Jupiter Jones, Bob Andrews y Pete Crenshaw, todos de Rocky Beach, pequeña población ubicada en la costa del océano Pacífico y no muy lejana de Hollywood. Pero en el caso de que éste fuera vuestro primer encuentro con ellos, cabe explicaros que han establecido su «cuartel» general en un remolque-vivienda muy bien disimulado y oculto a las miradas indiscretas, en el vasto recinto que comprende el almacén de materiales de derribo y de chatarra propiedad de los tíos de Jupiter, para quienes trabajan los tres al objeto de ganar el dinero para sus gastos, cuando no están ocupados en sus pesquisas.

Pero basta de presentaciones. Vamos a por el caso… porque nuestro león se está poniendo nervioso…

ALFRED
HITCHCOCK

Capítulo 1

Jaulas Vacías

Al oír el sonido de la bocina, Jupiter Jones volvió la cabeza exclamando:

—¡Ahí está! ¡Ha llegado mi tío Titus con un cargamento de material! ¿Sabéis lo que significa? ¡Trabajo!

Pete Crenshaw y Bob Andrews miraron en la dirección indicada por el gesto de Jupiter. Efectivamente, a través de la verja de entrada del almacén de derribos y chatarra del «Patio Salvaje» de los Jones entraba un camión conducido por Konrad, uno de los bávaros que trabajaban en el almacén. Titus Jones, un hombre de corta estatura y con un enorme mostacho, estaba sentado junto a él.

Tan pronto se detuvo el camión, el señor Jones saltó al suelo. Jupiter y sus amigos, que se habían acercado, pudieron ver que el vehículo estaba cargado con tubos oxidados y otra chatarra semejante. También había algunos objetos extraños, que parecían recordar a unas jaulas.

La señora Mathilda, tía de Jupiter, que hasta entonces había permanecido sentada en su silla de hierro forjado, junto a la puerta del cobertizo que servía de oficina, se levantó agitada y con acento irritado, dirigiéndose a su esposo, le gritó:

—¡Titus Jones! ¿Es que te has vuelto loco? ¡Hay que ver! ¡Parece mentira, pero es verdad! ¿Cómo piensas vender este montón de tubos y de barras, si todo está oxidado?

—Querida, no te sulfures —contestó el esposo con cachaza y confianza, consecuencia del impulso que sentía y que nunca le fallaba en comprar aquello de que estaba seguro que pronto lo vendería con un buen provecho—. Mira… algunas de estas barras

me las han dado con las jaulas, probablemente agradecidos de que me las llevara.

—¿Jaulas? —preguntó la esposa extrañada y avanzando hacia el camión.

Luego de contemplarlas unos instantes, observó:

—Pues menudos canarios necesitarás que quepan en ellas y no se escapen, Titus Jones.

—¡Que son jaulas para encerrar animales… cuadrúpedos! Mejor dicho… servían para encerrarlos. Veamos qué dicen los chicos. A ver, Jupiter. ¿Qué te parecen estas jaulas? ¿Creen que pueden servir para algo?

Jupiter, luego de contemplarlas detenidamente, opinó:

—Desde luego… pueden repararse. Colocar barras nuevas, otras tablas en el techo, poner a punto esos suelos y por fin darles una mano de pintura. Quedarán como nuevas, pero y luego, ¿qué haremos con ellas?

—¿Qué haremos con ellas? —exclamó su tío y prosiguió—: Pues guardarlas y venderlas a aquellos que las necesitan para enjaular animales. ¿Qué quieres hacer? ¿Tirarlas?

—Pero… ¿quiénes y cuándo las necesitarán? —preguntó Jupiter.

—¡El circo, chico! ¡El circo! —contestó su tío y prosiguió—: Cada año viene al pueblo, ¿no es así? Pues bien, la próxima vez que vengan, tendremos cajas para venderles donde puedan encerrar a sus fieras… y que son sólidas.

Con un gesto de duda, Jupiter admitió:

—Que así sea, tío.

—¿Cómo que así sea? ¡Parece que lo dudas! Pues no olvides que pasé mi primera juventud trabajando en un circo y supongo que admitirás que sé qué es lo que necesita una empresa de tal índole. ¿Lo dudas acaso?

—De ninguna manera, tío Titus —contestó Jupiter, ahogando su sonrisa, porque recordaba cuan orgulloso estaba su tío de aquel pasado circense.

—Pues lo celebro —advirtió su tío con énfasis y ordenó seguidamente—: ¡Hans! ¡Konrad! ¡Alver! ¡Descargad el camión y poner las jaulas aparte, para que podamos ocuparnos inmediatamente de ellas!

Jupiter se apresuró a apartarse.

Desde el fondo del almacén salió Konrad, el hermano de Hans, ambos empleados de los tíos de Jupiter, y comenzaron a descargar el camión. El tío Titus sacó su vieja pipa, buceó en sus bolsillos en busca de tabaco, lo halló y la cargó; luego tornó a sus pesquisas para hallar fósforos y por fin comenzó a echar bocanadas de humo apaciblemente mientras observaba cómo descargaban el vehículo y comentando:

—Estas jaulas las he comprado en una subasta a la que fui ahí en el valle. Estaban entre un montón de coches desechados. Los del gremio que por allí andaban no les concedieron importancia y en consecuencia me las he quedado casi por nada. Dentro de un par de días volveré a darme una vuelta por allí. A lo mejor hallo algo interesante.

Así diciendo y echando humo por su cachimba se encaminó hacia lo que llamaba la oficina, al parecer muy satisfecho de sí mismo. Jupiter y sus compañeros vieron irse con un suspiro de alivio, pero la señora Jones tenía sus ideas acerca de cómo los chicos podían matar el tiempo.

—¡Jupiter! ¡Todas esas barras, enrejados y barandillas hay que ponerlas juntas y bien ordenadas, que se vean! ¡Quizá podrán venderse a una sola mano! ¡A ver si te mueves! —le ordenó, perentoria.

—¡Allá voy, tía Mathilda! —contestó Jupiter, encaramándose al camión seguido de Pete y de Bob, a quienes dijo—: Pues ahí lo tenéis, chicos. Ya habéis oído las órdenes…

Con mirada pensativa, Pete Crenshaw miró al montón de hierros viejos y oxidados, observando:

—Lo que me gustaría saber, Jupe, es, dónde diablos ha ido a buscar tu tío este montón de chatarra y lo que me sorprende es que esté al parecer tan seguro de que lo venderá.

Encogiéndose de hombros, el interpelado contestó:

—Pete, el tío Titus, podremos decir lo que queramos, pero siempre ha tenido buen olfato para estos cambalaches. Sabe lo que se lleva entre manos y es capaz de comprar hoy la cosa más inverosímil por cuatro cuartos y venderla mañana a buen precio. Si afirma que este montón de tubos vale lo que pesa en oro, yo lo admito.

Bob intervino advirtiendo:

—Además… a nosotros nos pagan por trabajar y nos pagan bien. Necesitamos dinero para comprar cosas para el «cuartel general». Lo demás, poco debe importarnos.

El «cuartel general» mencionado era un remolque-vivienda que el señor Jones había regalado a su sobrino para que pudiera convertirlo en lugar donde reunirse con sus amigos. Estaba ubicado en un rincón del recinto donde se almacenaban los materiales procedentes de derribos y muy bien oculto por montones de chatarra y otros desechos que los tres amigos habían apilado a su alrededor.

Inmediato al remolque, Jupiter y sus amigos habían montado su taller provisto de varias herramientas y con una máquina de imprimir.

Los chicos habían provisto el remolque paulatinamente con teléfono, una mesa, un magnetófono y los archivos convenientes. También habían montado un gabinete fotográfico y su correspondiente cámara oscura para revelar fotografías. La mayor parte de los aparatos instalados, procedentes de las compras hechos por el tío Titus, habían sido reconstruidos por Jupiter y sus dos amigos.

Bob, Pete y Jupiter habían comenzado allí a resolver acertijos, jeroglíficos y crucigramas, pero paulatinamente se habían convertido en una sociedad de muchachos detectives que se denominaban: Los Tres Investigadores. Comenzaron aquello como pasatiempo, pero casi sin darse cuenta habían resuelto ciertos casos misteriosos y aquello los decidió a proseguir en los trabajos de investigación, pero ya en forma seria y organizada.

Pete Crenshaw, el más fuerte del trío, miró de nuevo con disgusto y desconfianza al montón de chatarra que aquellos grandes bávaros habían descargado con las enormes jaulas. Con un suspiro de resignación, decidió:

—Bien, vamos allá. Cuanto más pronto comencemos, más pronto acabaremos —y cargándose algunas barras sobre un hombro, preguntó—: ¿Dónde quieres que las apilemos, Jupiter?

—Ahí estarán bien, Pete —contestó el aludido, indicando a un cobertizo cercano.

Pete gruñó algo acerca del peso y mientras iba y venía Jupiter y Bob sacaban y preparaban las barras y los tubos que Pete acarreaba.

La labor progresó rápidamente y en breve todo el material descargado estuvo apilado convenientemente.

Por fin el acarreador, frotándose y limpiándose las manos, decidió:

—Bien, Jupe. Puede decirse que todo ya está ordenado. Sólo quedan estas pocas barras.

Jupe cogió una y examinándola con aire crítico, decidió:

—Nos quedaremos con ésta… es la del tamaño más apropiado.

Bob, mirándole sorprendido, preguntó:

—¿Qué quieres decir? Supongo que no vas a comenzar tu propio almacén de derribos y de chatarra…

—Nada de eso —contestó Jupiter, agregando—: Pero es más corta que las otras… podemos utilizarla como pasador interior para cerrar la puerta de nuestro cuartel general. La seguridad ante todo, ya me entendéis.

—¿Seguridad? —preguntó a su vez Bob.

—Oye… es que ya me cansa eso de arrastrarme por ese túnel para entrar en el cuartel general. Debe haber algo más sencillo a la par que seguro para entrar y salir…

Pete y Bob sonrieron ante aquel circunloquio, porque la verdad era que Jupiter estaba algo gordo para que le complaciera el gatear por el túnel secreto que desembocaba en su cuartel general.

Jupiter saltó desde el camión al suelo y se encaminó hacia los montones de chatarra que circundaban al remolque, diciendo:

—Es probable que al tío Titus no le haga falta esta barra… en todo caso, podemos discutir el precio.

Pete, enjugándose el sudor de la frente, comentó:

—Oye, creo que en lo que concierne al precio, ya nos la hemos ganado. En mi opinión en una hora hemos hecho algo para lo que cualquiera hubiera necesitado un día entero.

Mientras expresaban sus pareceres, fueron gateando por el interior del tubo que formaba el túnel que atravesaba las pilas de derribos y de chatarra.

Bob, saliendo el último, dijo:

—Creo que tienes razón, Jupe. ¿Pero cómo…?

Se interrumpió al ver que se encendía la lámpara roja dispuesta sobre la imprenta.

—¡Una llamada telefónica! Quizá de alguien que desea le

resolvamos un misterio —gritó Pete.

—Así lo espero Casi he olvidado cuándo trabajamos en el último caso. Hace ya tanto tiempo… —suspiró Jupe.

Rápidamente apartaron la reja que había junto a la imprenta y gateando por el túnel «dos», que lo formaba otro tubo largo y estriado que desembocaba junto a una trampa en el remolque, ascendieron a su interior y Jupiter alcanzó el auricular, diciendo:

—Aquí Jupiter Jones. ¿Diga…?

Oyose una voz femenina que respondía:

—Un momento, por favor; esperen. Llama el señor Alfred Hitchcock.

Los tres muchachos se miraron con sorpresa a la par que sonrientes, porque por lo general cuando llamaba el señor Hitchcock era para encomendarles una investigación que resolviera algún misterio.

—¡Hola! ¿Qué tal? ¿Hablo acaso con el joven Jupiter? —preguntó el famoso director.

—Si, señor Hitchcock. Soy yo.

—Cuento con que tú y tus compañeros estéis libres. Es decir, que no tengáis ningún caso entre manos. Tengo un amigo que precisa de cierta ayuda y creo que vosotros podréis prestársela.

—Con mucho gusto, señor Hitchcock. ¿Puede decirnos de qué se trata?

—Desde luego… pero convendría que vinierais a mi oficina digamos mañana por la mañana. Entonces os diré de lo que se trata —respondió el señor Hitchcock.

Capítulo 2

Un caso en el territorio del león

En cierta ocasión, Jupiter y sus compañeros se ganaron el uso de un coche «Rolls-Royce» anticuado, con chófer, para cierto tiempo. Ya corría el término cuando tuvieron ocasión de ayudar a un joven a recuperar una herencia enorme. El cliente, agradecido, arregló la cosa en forma de que los tres amigos pudieran disponer del vehículo cuando lo necesitaran. El coche se demostró que era algo de capital importancia para su labor investigadora, por cuanto en el sur de California las distancias son muy grandes y es muy difícil cubrirlas careciendo de automóvil.

Mientras se trasladaban a la oficina donde les había citado el señor Hitchcock, Jupiter le dijo al chófer inglés de elevada estatura y Worthington de nombre:

—Tendrá que aguardamos, Worthington. Pero no creo que sea por mucho tiempo, porque el señor Hitchcock inmediatamente nos pondrá al corriente de lo que se trata.

—Como usted desee, señor Jones —contestó Worthington, deteniendo el antiguo automóvil, saltando a la acera y abriendo la portezuela para que se apearan los tres amigos, al mismo tiempo que les decía—: Espero que el señor Hitchcock pueda confirmarles una misión interesante, señores.

—Eso esperamos, amigo Worthington, porque ya era cosa de aburrirse… nada ocurría… y un poco de excitación nos vendrá muy bien —contestó Bob, apresurándose a seguir a Jupe y a Pete, que ya estaban junto al portal que daba entrada al edificio de los estudios donde el señor Hitchcock tenía su despacho.

Alfred Hitchcock les indicó con un ademán que ocuparan tres

sillas que estaban dispuestas ante su escritorio. Apartó una pila de correspondencia, se sentó y miró a los tres muchachos con gesto pensativo. Por fin preguntó:

—¿Qué tal os lleváis con las bestias salvajes, quiero decir, con las fieras?

Los tres muchachos le miraron sorprendidos boquiabiertos.

Jupiter carraspeó y tras cierta vacilación, contestó:

—Pues… depende… si están muy próximas o no. Si no están demasiado cercanas… francamente, nos gustan. Es muy interesante ver cómo se comportan, comen… sus hábitos…

—Jupe quiere decir que no nos son extrañas —interrumpió Bob con decisión.

Pete quería más precisión y preguntó sin rodeos:

—¿Qué ocurre, señor Hitchcock? ¿Por qué estas preguntas acerca de nuestras relaciones con animales salvajes? ¿Están relacionadas con el asunto para que nos haya llamado?

—Quizá… sí —respondió el interpelado, tras ligera duda y prosiguió—: Por lo menos es algo que debe investigarse.

Los animales salvajes a que me refiero, forman parte de ciertos sucesos que ocurren. ¿Habéis oído hablar de un lugar llamado «Jungle Land[1]»?

—Está en el valle, hacia Chatwick. Es una especie de granja donde crían animales salvajes… leones y otras fieras semejantes. Creo que también es una atracción turística —contestó Bob, inmediatamente.

—Así es. Su propietario, Jim Hall, es un antiguo amigo mío. Le han surgido ciertas dificultades y se me ha ocurrido que podríais dedicaros a resolvérselas.

—¿Cuál es el problema del señor Hall? —preguntó Jupiter.

—Parece ser que se trata de… un león nervioso —fue la respuesta del señor Hitchcock.

Los muchachos se miraron sorprendidos.

—Mas prosigamos —explicó el señor Hitchcock—. «Jungle Land» es un lugar abierto al público. Además, varias compañías cinematográficas alquilan sus instalaciones. Los terrenos, pertenencias y vegetación evocan el África Occidental. Incluso en ciertas ocasiones Jim Hall alquila sus bestias. De éstas, algunas son salvajes, pero otras han sido criadas y domadas por Jim.

»Su león favorito es un bello ejemplar que corrobora el buen trato que da a sus animales. Varias casas comerciales lo han utilizado en la televisión e incluso ha aparecido en algunas escenas de películas. Siempre ha significado una gran atracción para "Jungle Land" y un buen ingreso para Jim Hall.

—Entiendo que usted quiere decir que el león de su amigo se ha vuelto nervioso y ya no cabe confiarse en él. Este es el problema que nos indicaba, ¿no es así? —interrumpió y acabó preguntando Jupe.

Alfred Hitchcock miró unos instantes a Jupiter y repuso:

—Como de costumbre, este amigo mío tan astuto ha dado en el clavo. Sus deducciones son simples y acertadas. Porque eso es. Una compañía cinematográfica ha alquilado toda la granja para filmar las secuencias de una película que transcurre en la selva. En consecuencia, Jim Hall no puede permitir que se produzca un accidente que interfiera la labor que la compañía de cine debe llevar a cabo. Si sucediera algo, bien me entendéis a lo que me refiero, significaría un grave perjuicio y las consecuencias bien os las podéis imaginar.

—Por ello, usted desea que vayamos allá y resolvamos el misterio del león nervioso. ¿He acertado? —preguntó Jupiter.

—Esto es —acentuó el señor Hitchcock, rápidamente—. Deseo que vayáis allá inmediatamente y sin llamar la atención. Sin gritos ni aspavientos, sino que a la callada, y desde luego… sin alarmar al león.

Pasándose la lengua por los labios, Pete Crenshaw preguntó:

—¿Hasta qué distancia podemos aproximarnos a ese gato salvaje?

Alfred Hitchcock sonrió comprensivo y respondió:

—Eso… según vosotros. Estaréis en las dependencias de la «Jungle Land» y el león de Jim Hall está allí. Por lo común, se considera que es inofensivo… quiero decir, el mantenerse en sus cercanías. Pero debo advertiros que la situación respecto a la fiera parece que ha cambiado, porque una bestia nerviosa y con mayor razón si es un león… puede ser peligrosa.

Los Tres Investigadores tragaron saliva. Pero Bob, esforzándose en hablar con palabra tranquila, aseguró:

—Puede decirle a su amigo, el señor Jim Hall, que no debe

preocuparse… su león no será el único que se sienta nervioso.

—Esto es cierto —agregó Pete—. Todavía no estoy allí y ya me siento… no sé cómo.

El señor Hitchcock, dirigiéndose a Jupiter, preguntó:

—¿Deseáis alguna otra información antes de que llame a mi amigo diciéndole que os encargáis del asunto?

Jupe, denegando con gesto silencioso, respondió:

—Nada, señor Hitchcock… pero quizá fuera una buena idea la que recomendara al señor Hall que rogara a su león el que tuviera ciertas consideraciones para con nosotros.

Sonriendo, el señor Hitchcock tomó el teléfono y aseguró:

—Ten por cierto que transmitiré tu petición… y os deseo mucha suerte. Espero vuestras noticias en breve. Adiós y os lo repito… éxito.

Luego de saludar al señor Hitchcock, los Tres Investigadores salieron del despacho, preguntándose qué clase de éxito y buena suerte se les podía desear con un león nervioso.

Capítulo 3

Bienvenidos a Jungle Land

Ya era más del mediodía cuando los Tres Investigadores, viajando en un pequeño camión que conducía Konrad, embocaron la última recta de una estrecha carretera vecinal. Montañas escarpadas rodeaban el valle, que apenas distaba treinta minutos de Rocky Beach. El tío de Jupiter le había encargado a Konrad que fuera a cargar ciertos materiales a un lugar cercano a Chatwick y dio permiso a los tres muchachos para que fueran con él, aprovechando el viaje, hasta «Jungle Land».

—Despacio, Konrad, que éste parece ser el lugar —advirtió Jupiter.

—Está bien, Jupe —respondió el conductor, deteniendo el vehículo ante una verja de entrada sobre la que campeaba un rótulo proclamando:

«BIENVENIDOS A JUNGLE LAND».
Entrada: un dólar. Niños: cincuenta centavos.

Cuando los muchachos se apeaban del camión, oyeron una algarabía de alaridos y de bramidos. Desde la lejanía llegó hasta ellos un trompeteo que parecía hallar eco en las colinas. Como contestando a lo que semejaba desafío se alzó un profundo rugido, que pareció helarles la sangre.

Konrad, con gesto serio, preguntó con un ademán de su cabeza:

—Chicos, ¿vais a entrar ahí? Tened cuidado, porque me parece haber oído leones.

—No se preocupe, Konrad. Si hubiera algún peligro, el señor

Hitchcock no nos habría encargado esta misión.

—Desde luego. Sólo hemos de preguntar algo al propietario. Es algo como una visita de turistas —corroboró Jupiter.

Konrad, con gesto intranquilo, pero conformado, respondió:

—Vosotros sabéis lo que habéis de hacer, supongo. Si os sentís seguros, mejor. Pero tened cuidado. Pasaré por aquí dentro de un rato.

Saludó con la mano y dio la vuelta para entrar de nuevo en la carretera principal, desapareciendo tras un recodo.

Jupe, mirando a sus compañeros, preguntó:

—Bien. ¿A qué esperamos?

Pete indicó a sus amigos con un gesto a un rótulo en el que se leía:

«HOY, CERRADO».

Agregando:

—Ya me extraña no ver a nadie por aquí.

—Quizá sea porque los de la compañía cinematográfica están ahí dentro tomando vistas, es decir, filmando.

Bob, mirando entre los barrotes de la reja, observó:

—Pero… ¿no es de suponer que el señor Hall estuviera aguardándonos?

Jupe asintió, diciendo:

—Hombre, eso es lo que cabe suponer, pero a lo mejor está ocupado por ahí dentro.

—Desde luego, con… su león nervioso. Quizás intenta convencerle de que no venimos para servirle de almuerzo.

Jupiter empujó la verja, que se abrió sin esfuerzo ni ruido.

—Pues no está cerrada. Claro, para que la gente del cine pueda entrar y salir… o para que entremos nosotros. Sea por lo que sea, entremos —decidió Jupiter viendo la duda en la mirada de sus compañeros.

Una vez hubieron franqueado la entrada, la verja se cerró con ligero chasquido. Desde más allá de los árboles oyeron unos chillidos agudos, acentuados por vocinglería alborotada.

—Monos y pájaros, probablemente loros. Algo inofensivo —decidió Jupiter.

—Pronto lo sabremos —contestó Bob, en voz baja.

El camino de entrada era más bien algo estrecho y retorcido,

bordeado a ambos lados por copudos árboles de tupido follaje. De las ramas pendían enredaderas.

—Desde luego… parece una selva —comentó Pete.

Sus compañeros asintieron en silencio.

Avanzaron, caminando lentamente mirando a uno y otro lado, preguntándose qué clase de extraña criatura estaría aguardándoles entre aquella espesura para saltar sobre ellos. Continuaban oyendo aquella barahúnda y de nuevo llegó hasta ellos aquel rugido amenazador.

En una división del camino se alzaba un poste indicador.

—«Western Village y Ghost Town[2]» —leyó Bob en voz alta en el rótulo de la izquierda y preguntó—: ¿Qué dice ahí?

—Hacia los animales —respondió Jupiter, leyendo a su vez el rótulo a la derecha.

Se encaminaron en esta última dirección y luego de andar un centenar de metros, Pete, indicando con un gesto hacia delante, advirtió:

—Hay una casa. Quizá sea la oficina del señor Hall.

—Me parece un almacén. En la parte posterior hay un corral —advirtió Jupiter.

De pronto surgió un alarido escalofriante. Los muchachos, sobrecogidos por el pánico, sin advertírselo, corrieron a la espesura en busca de cobijo.

Desde detrás del tronco de una palmera, Pete, asomando la cabeza y mirando hacia el camino y al supuesto almacén, preguntó a Jupiter y Bob, que se habían ocultado detrás de un arbusto espeso con los corazones palpitantes:

—¿Habéis oído? ¿Qué ha sido eso?

Aquella imitación de una selva permanecía callada, si bien para ellos no era menos amenazadora.

Con cuchicheo, Jupiter respondió:

—Chico, no lo sé. Quizás haya sido el alarido de un cheta.

Bob, a su lado, opinó con voz queda:

—Yo diría que ha sido un mono.

Se mantuvieron inmóviles, atentos, hasta que de pronto Pete exclamó:

—¡Vamos, que parecemos unas chicas miedosas! ¡Hemos venido a ver a un león nervioso! ¡Nadie nos habló de monos y de eso que

llamas chetas!

—Tienes razón —admitió Jupiter, prosiguiendo—: En este lugar es natural que oigamos gritos de animales y lo que haya sido lo que hemos oído, parece haberse callado. Lo mejor que podemos hacer es llegar hasta esa casa y ver lo que hay en ella.

Como queriendo demostrar su resolución, echó a andar. Sus dos compañeros, luego de alguna duda, se apresuraron a unírsele.

—Desde luego, hay que convenir en que el alarido parecía venir desde bastante lejos —comentó Pete.

—Donde las fieras están enjauladas, así por lo menos cabe esperar —añadió Bob.

—Bien, ya hemos llegado —advirtió Jupiter.

Aquel edificio era viejo y necesitaba por lo menos una mano de pintura. Cubos y arcones para dar la comida a los animales aparecían esparcidos ante su fachada, mientras anchas roderas de vehículos habían hendido el terreno. La cerca del corral parecía poco segura.

El edificio, con su silencio, parecía que quería ofrecerse a su examen.

—¿Qué hacemos? —preguntó Pete de nuevo, en voz baja.

Jupiter, encaminándose a la puerta, protegida con un breve porche de pizarra, contestó con palabra firme:

—Por de pronto llamaremos a la puerta y le diremos al señor Hall que hemos llegado.

Dio con los nudillos a la puerta, la primera vez suavemente, luego con mayor fuerza y gritando:

—¡Eh, señor Hall! ¡Señor Hall!

Ninguna respuesta.

Bob, frotándose la nuca, opinó:

—Me parece que ahí dentro no hay nadie…

Pero Pete, prestando oído y alzando una mano, advirtió en voz baja:

—¿A ver? Me parece oír algo…

Entonces lo oyeron los tres. Era algo como un suave murmullo, cadencioso, que se acercaba viniendo desde la parte posterior del edificio, acompañado por el crujir de la gravilla hollada por lentas pisadas. Retrocedieron con los ojos abiertos desmesuradamente.

Apareció de pronto, cabeza en alto, el cuerpo erguido, las

amarillentas patas con uñas como garfios clavándolas en el suelo, pupilas amenazadoras…

Los Tres Investigadores quedaron mudos de asombro.

Capítulo 4

A la caza de un león

Jupiter Jones fue el primero que recuperó la voz y todavía preso de la sorpresa advirtió con voz queda:

—¡Cuidado! ¡Mucho cuidado! ¡No vayamos a asustarnos por un gallo loco!

—¿Pero era esto? —preguntó Pete sin querer, al parecer, dar crédito a sus ojos.

—¡Jamás lo hubiera creído! —exclamó Bob con profundo suspiro.

Miró a aquella masa cacareante de plumas negras que les había parecido algo tan ominoso algunos momentos antes y no pudo contener la risa, agitando los brazos a imitación de unas alas y gritando:

—¡Hay que ver! ¡Un gallo!

Sin duda a su vez sorprendido, el ave también agitó sus negras alas y al parecer cacareando sus más indignadas protestas se alejó por el camino rodado, agitando la roja cresta, despedido por las carcajadas de los tres muchachos.

—Esto demuestra lo peligrosa que puede ser la imaginación —sentenció Jupiter con gesto circunspecto—. Nos sentíamos intimidados por esa imitación de la selva virgen y en consecuencia nos figurábamos que algo iba a caer sobre nosotros, conforme a los rugidos y aullidos de las bestias salvajes. Bien, es lo mejor que puede habernos ocurrido. Nos ha servido de aprendizaje, de entrenamiento.

Echaron a andar en dirección a la puerta, cuando de pronto, Bob exclamó:

—¡En, alto! ¡Ahí veo a alguien!

Sus dos compañeros siguieron con la mirada la indicación de su dedo índice y vieron cómo de entre las sombras de aquella espesura salía alguien vistiendo ropa de color caqui.

—¡Señor Hall! —llamó Jupiter.

El individuo se detuvo y aguardó a que los chicos llegaran hasta él.

—¡Hola, señor Hall! ¡Le estábamos buscando! —explicó Pete con cierta impaciencia.

El recién llegado les miró interrogativamente. Era un tipo achaparrado y de ancho pecho, la descolorida camisa de tipo safari que vestía la llevaba con el cuello desabrochado. Sus vividos ojos azules destacaban de lo bronceado del rostro. Cubría su cabeza con un sombrero de los denominados australianos, una de cuyas alas estaba hacia arriba.

Cuando los tres compañeros ya estaban cerca, vieron que una de sus manos accionaba con cierta impaciencia, al mismo tiempo que algo centelleaba. Jupiter y sus dos amigos quedaron hipnotizados por la ancha hoja del machete que aquel hombre asía, como si no le concediera importancia.



Jupiter se apresuró a presentarse, diciendo:

—Somos «Los Tres Investigadores», señor Hall. ¿No le ha dicho el señor Hitchcock que íbamos a venir?

Aquel individuo les miró con cierta sorpresa, pero fue sólo por un instante, porque repuesto, respondió:

—¡Sí, claro! ¿Conque vosotros sois los Tres Investigadores?

—Esto es, señor Hall —contestó Jupiter al mismo tiempo que sacaba de uno de sus bolsillos una tarjeta y se la ofrecía. En ella se leía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—Soy Jupiter Jones y éstos son mis compañeros: Pete Crenshaw y Bob Andrews —prosiguió Jupiter.

—Celebro conoceros, chicos —contestó su interlocutor y tomando la tarjeta, luego de leerla, preguntó—: ¿Cuál es vuestra especialidad?

—Pues… eso, cosas misteriosas —explicó Jupiter y prosiguiendo —: Asuntos que no han quedado en claro, enigmas y cosas por el estilo. Nos dedicamos a descubrir lo desconocido, a solventar dudas y hallar solución a los problemas que nos han sido confiados. Por esto estamos aquí. El señor Hitchcock nos contó lo que le ocurre con ese león…

—¿Ah, sí?

—Desde luego, sólo nos dijo que el león se mostraba nervioso, pero supongo que usted nos facilitará más detalles.

El tipo achaparrado asintió en silencio, al mismo tiempo que metía su tarjeta en el bolsillo. Frunció el entrecejo y miró a lo lejos cuando de pronto llegó hasta ellos un agudo trompetazo al que respondió un profundo rugido.

Sonriendo, propuso:

—Claro… Pero lo mejor será, si os sentís con ánimos, que vayamos a echarle un vistazo.

—Muy bien. Para esto hemos venido —convino Jupiter.

—Pues andando. Vamos para allá.

Rodearon el almacén y su guía comenzó a caminar por un sendero que, al parecer, atravesaba aquella selva. Los chicos caminaban en silencio, que fue truncado por Jupiter, sugiriendo:

—Quizá podríamos aprovechar el tiempo si usted nos diera detalles de lo que ocurre, señor Hall.

Ante ellos pendía una liana, que fue partida con un centelleo del machete, al mismo tiempo que el que lo empuñaba preguntaba sin cesar de andar rápidamente:

—¿Y qué es lo que os interesa saber?

Jupiter, que se esforzaba en mantenerse Junto a él, explicó:

—Pues… por ejemplo, todos sabemos que el león está nervioso. Desde luego, no es corriente en un león, ¿verdad?

Su guía asintió, sin cesar de caminar aprisa y repartiendo machetazos a ambos lados del camino, pero convino:

—Desde luego, no es lo corriente. Oye… ¿sabes algo de leones?

Jupiter tragó saliva antes de contestar:

—No, señor. Sólo… eso, lo corriente. Por esto se lo pregunto. Pero este nerviosismo… es algo curioso. ¿No es así? —preguntó Jupiter.

—Desde luego —contestó su guía secamente y alzando la mano pidiendo silencio.

Oyeron chillidos y algunos aullidos. Seguidamente, un rugido estremecedor.

Al oírlo su mentor, sonriendo, indicó:

—Por ahí delante. Ahora lo veréis —y dirigiéndose a Jupiter, le preguntó—: ¿Qué tal? ¿Te parece nervioso?

—Pues, como ya le he dicho, poco sé de leones, pero… ¿qué quiere que le diga? A mí me ha parecido un rugido normal.

—Muy bien —contestó su interlocutor, cortando la hierba a su alrededor con blandir de machetazos—. Desde luego, cabe afirmar que el león no es un animal nervioso, excepto…

—¿Excepto? —preguntó inmediatamente Jupiter, interrumpiéndole.

—… que alguien o algo lo ponga en el disparadero de los nervios. ¿Lo habéis entendido?

Los tres compañeros se miraron algo perplejos y Bob, queriendo precisar, inquirió:

—Pero… ¿qué puede ser? ¿Cómo?

Aquel hombre se enderezó de pronto, alerta y tras unos instantes de escucha murmuró:

—¡Quietos! ¡Por ahí se mueve algo!

Antes de que lo advirtieran había desaparecido entre la alta hierba. Oyeron todavía sus pisadas, el agitar de la hierba y de pronto nada. Silencio completo.

En lo alto, posado sobre una rama, chilló un páparo, lo que fue suficiente para que los tres compañeros saltaran en direcciones distintas. Pero Pete se recobró, exclamando:

—¡Calma, compañeros! ¡Calma! ¡Que sólo es un pájaro!

—¿Un pájaro? —preguntó Bob—. ¡No me digas! ¡Si parecía un buitre!

Los tres muchachos permanecieron silenciosos durante unos instantes, con el oído atento. Pero Jupiter, luego de mirar a su reloj, rompió el silencio, observando:

—No sé… pero me da mala espina ese pájaro, que Bob ha comparado con un buitre. Parece como si nos anunciara algo.

—Vamos, Jupe, dinos con palabras claras lo que quieras decir —urgió Bob.

Con el rostro pálido y mojándose los labios resecos, Jupe dijo:

—Me parece que este señor Hall no regresará, e imagino, también, que ha preparado algo semejante a una prueba… para ver cómo reaccionamos ante determinado peligro de la selva.

—Pero… ¿por qué? ¿No hemos venido para ayudarle? ¿Entonces… qué? Porque él bien sabe a qué hemos venido —argüyó Pete.

Jupe, en lugar de contestar, inclinose hacia delante para escuchar mejor. Por entre los árboles oíanse rumores extraños y desde sus copas no cesaban de llegar voces y de pronto, de nuevo aquel rugido amenazador. Girando su cabeza en la dirección desde donde se había oído, Jupiter apretó los labios y por fin explicó:

—Desde luego no sé qué razón tendrá para obrar así el señor Hall, pero no me cabe duda de que ese león está mucho más cerca

de lo que estaba de nosotros algunos minutos antes. Todo indica que viene para acá. Esto es lo que el pájaro ese, buitre o lo que sea, nos advertía con sus chillidos… ¡de que somos su presa! Esos carnívoros acostumbran a dar una vuelta alrededor de un animal muerto o moribundo, pero en el presente caso…, nosotros ocupamos su lugar Pete y Bob miraron pasmados a Jupiter. Comprendieron que no bromeaba y que consideraba la situación como muy seria. Casi instintivamente los tres chicos se acercaron como buscando mutua protección.

Escucharon atentamente.

Oyeron cómo los tallos de hierba frotaban entre sí al ser apartados, luego unas pisadas, casi silenciosas, suaves, pero fuertes y firmes.

Contenjendo la respiración se acercaron a un árbol alto que crecía casi junto a ellos.

De pronto, casi a su espalda, oyeron algo que helaba la sangre… ¡El rugir de un león!

Capítulo 5

Caza peligrosa

—¡Rápido! ¡Arriba! ¡Trepemos al árbol! ¡Es nuestra única salvación! —decidió Jupiter en voz baja.

En un instante, ayudándose mutuamente, los tres compañeros se encaramaron a aquel árbol y agarrados de sus fuertes ramas, desde una altura de cuatro metros sobre el suelo, clavaron su vista en la espesa y alta hierba que cubría la planicie.

Pete, indicando con un ademán hacia unos matorrales, exclamó con palabra trémula:

—¡Ahí…! ¡Ahí abajo… he visto la hierba cómo se doblaba! ¿No habéis visto ni oído nada? ¡Ahora! ¡Ahora se mueve algo…!

Interrumpió sus palabras un grito suave, una llamada más bien acompañada de un silbido y seguidamente, para sorpresa de los tres, por detrás de un matorral apareció un muchacho escudriñando a su alrededor con cautelosa mirada.

Bob se decidió a atraer su atención, gritándole:

—¡En! ¡Aquí! ¡Aquí arriba!

El recién llegado miró en su dirección, alzando un rifle que empuñaba y preguntando:

—¿Quiénes sois?

—Am… amigos —contestó Bob con palabra entrecortada, pero por fin pudo articular de un tirón—: Por favor… baja el arma.

Pete, sin duda creyendo que una presentación completa haría efecto, añadió:

—Nos han invitado a venir… somos los Tres Investigadores.

—Aguardamos a que regrese el señor Hall. Nos dijo que esperáramos mientras iba a ver algo que se movía por ahí —aclaró

Jupiter.

Aquel muchacho, bajando el rifle, respondió:

—Está bien, pero bajad de ahí arriba.

Con cierto reparo los tres compañeros se dejaban resbalar por el tronco del árbol. Como para justificar su estancia entre las ramas, Jupiter tomó la palabra de nuevo diciendo:

—Oímos algo que nos hizo suponer que un león andaba cerca y… como precaución nos encaramamos al árbol…

El muchacho, que era aproximadamente de su edad, sonrió al confirmarles:

—Pues no andabais descaminados en eso del león, porque es… «George».

Tragando saliva para contener la emoción, Pete preguntó:

—Pero… ¿es de veras? ¿Y se llama «George»?

—Éste es su nombre. Pero nada tenéis que temer. Es manso… un buen amigo… de toda confianza.

Como para confirmar sus palabras, oyose un rugido profundo, potente y cercano; podía afirmarse que entre la hierba que crecía al pie del árbol.

Los Tres Investigadores quedaron yertos, hasta que por fin Pete, con palabra trémula, conjugó la pregunta:

—Este… ruido ¿es de amistad?

—Claro que al principio hay que acostumbrarse, pero desde luego es la llamada de «George»… y es incapaz de dañar a nadie.

Oyose cómo se quebraba una rama y Bob, pálido, quiso saben.

—Pero… ¿en qué te basas para estar tan seguro?

—Trabajo aquí y veo cada día a «George», casi puede decirse que convivo con él. ¡Ah, perdonad! He de presentarme. Me llamo Mike Hall.

—Nos complace conocerte —respondió Jupiter, presentándose, y luego de dar a conocer a sus dos amigos, prosiguió—: Desde luego, pero, no alcanzamos a comprender la broma de tu padre.

Mike Hall le miró sorprendido, pero antes de que pudiera abrir la boca, Pete, con acento irritado, añadió:

—Eso es. Muy bien dicho. Conducirnos hasta este lugar tan apartado para dejarnos a merced de un león suelto… francamente, no le veo la gracia.

—Me parece… que adivino cuál es el motivo de vuestras

preocupaciones y se comprende. No vais a encontrar a mucha gente dispuesta a ayudaros, si les hacéis objeto de bromas como ésta —comentó Bob.

El muchacho miró a los tres irritados investigadores como si no entendiera de qué le hablaban. Por fin, dijo:

—No os comprendo. ¿De qué me habláis? En primer lugar, soy sobrino de Jim Hall, no soy su hijo. En segundo lugar, afirmo que mi tío jamás os habría dejado aquí con el león. Todos los de aquí andamos buscándolo… no sabemos cómo ha ocurrido, pero el caso es que «George» se ha escapado y en la excitación hemos olvidado que ibais a venir. He caminado en esta dirección en su busca y… aquí estoy.

Jupiter, que había escuchado con atención, respondió:

—Pues perdona lo que te hemos dicho, Mike, pero… ésta es la verdad escueta. El señor Hall nos ha traído hasta este lugar y aquí nos ha abandonado. Rugió el león por ahí delante y entonces el señor Hall nos dijo que aguardáramos, se metió por entre esa hierba, desapareció y… francamente, no sabemos qué pensar.

Mike movió la cabeza desaprobadoramente, arguyendo:

—Nada de esto. Necesariamente debe de haber un malentendido. No puede haber sido mi tío. Hemos pasado el día juntos y puede decirse que acabo de dejarlo. Debéis de haber visto a otra persona, a alguien distinto que os ha traído hasta aquí. ¿Qué aspecto tenía?

Bob describió al desconocido achaparrado con el sombrero australiano, concluyendo:

—… y que conste que siempre le hemos llamado «señor Hall» y nunca nos ha contestado que no lo fuera.

—Empuñaba un machete grande… largo y lo manejaba con soltura. Con él nos abrió el camino hasta aquí —precisó Pete.

—Como bien puedes ver, Mike, nada tiene de extraño que no sintamos demasiada simpatía por tu tío… —concluyó Jupiter.

—¡Pero es que no es él! —exclamó Mike y añadió—: El tipo que describís corresponde a Hank Morton, que trabajó aquí como lo que podríamos decir domador o entrenador de animales… hasta que mi tío lo despidió.

Lanzando una ojeada a la alta hierba que los rodeaba, prosiguió:

—Lo que no comprendo es cómo ha podido volver, luego de que

le echaran…

—¿Por qué lo despidieron? —preguntó Pete.

—Era muy cruel con los animales y mi tío Jim no puede sufrirlo. Otra razón fue la de que bebía mucho y siempre armaba camorra. Cuando estaba bebido no sabía lo que hacía ni lo que decía.

—Si el que nos trajo aquí fue el Hank Morton de quien hablas, te aseguro que no estaba bebido ni por asomo. Estaba muy sereno… y sabía muy bien lo que hacía…

—Pero ¿por qué? ¿Por qué lo hizo? ¿Qué intentaba conseguir al traernos hasta aquí? —preguntó Bob.

—Pues no lo sé —afirmó Mike Hall, pero como respondiendo a una idea que se le ocurriera, preguntó seguidamente—: ¿Acaso le dijiste el porqué estabais aquí?

Jupiter, con pesar, admitió:

—Así es. Se lo dijimos. Le explicamos, mejor nos presentamos, como los enviados por el señor Alfred Hitchcock para que nos ocupáramos de lo concerniente a su león nervioso. Ahora recuerdo que al oírlo pareció sorprenderse… pero fue algo pasajero, instantáneo.

—Parece que esto explica lo ocurrido. Debió venir para ajustar cuentas, a su manera, con Jim Hall por lo del despido y nosotros le venimos a pedir de boca —añadió Pete.

—Pero, repito, ¿por qué? —reiteró Bob—. ¿Qué tenemos que ver con Jim Hall y con su despido?

—El león nervioso. Por nuestro propósito de ocuparnos del caso de este león tan particular. Quizá no quiere que pongamos en claro por qué tiene los nervios de punta.

—Todo podría ser y si así fuera —advirtió Mike— cabe suponer que Hank Morton fue quien soltó a «George». El león jamás hubiera podido escapar por sí mismo.

—Creo que lo mejor sería que comenzáramos por el principio. Es decir, que fuéramos a ver a tu tío, Mike, y charláramos con él.

—No… no creo que… sea posible —musitó Bob.

—¡Caramba! ¿Por qué no? —preguntó Jupiter, sorprendido.

Bob, con esfuerzo evidente y temblando visiblemente, prosiguió en el mismo tono:

—Porque… el… león está detrás de nosotros… es grande… de color amarillo… acaba de salir de entre los matorrales… quizá sea

ese «George»… pero tiene cara de pocos amigos… no me gusta…

Mike volviose en la dirección indicada por Bob y los tranquilizó, diciendo:

—Desde luego es «George». Pero no tengáis cuidado. Me conoce. No hagáis ningún movimiento súbito, que yo me encargo de él.

Intranquilos los tres compañeros observaron cómo Mike avanzaba unos pasos y alzando una mano le decía a la fiera:

—Hola, «George»… Ven, «George», ven… vamos, échate… sé bueno…

Las palabras tranquilizadoras fueron contestadas por un gruñido, mientras aquel león de gran melena y cuerpo macizo avanzaba un paso a su vez, amenazador. Había bajado la cabeza y contraía sus grandes ojos jalados. Agitó la cabeza de un lado para otro lentamente mientras gruñía de nuevo, evidentemente irritado. Se detuvo, abrió las fauces, mostrando los enormes colmillos.

Luego otro rugido contenido, que parecía venir desde lo más profundo de su garganta y otro paso adelante, mientras los Tres Investigadores permanecían como clavados en el suelo, incapaces de moverse, respirando anhelantes con los ojos desmesuradamente abiertos… viva muestra del espanto que se había apoderado de ellos.

Mike no cesaba de repetir:

—«George»… tranquilo… «George»… ¿no me recuerdas?… Anda… échate…

El enorme felino agitó la cola, mientras husmeaba inquieto. Otro rugido y nuevo avance.

—Algo ocurre —advirtió Mike—. No lo comprendo, porque «George» me conoce, incluso se deja acariciar por mí… pero ahora está irritado… no me hace caso… —terminó el muchacho retrocediendo un paso.

El león avanzó otro.

Capítulo 6

Una huida difícil

Parecía como si las plantas de los pies de los Tres Investigadores hubieran echado raíces en la tierra, mientras Mike Hall retrocedía ante el constante avance de la fiera. Proseguía hablándole con tono natural y persuasivo, pero era evidente que el gran felino lo ignoraba por completo.

Jupiter Jones estaba tan aterrado como sus compañeros y como ellos, incapaz de tomar una resolución, pero al mismo tiempo su cerebro reaccionaba con toda la fuerza de que era capaz. Díjose que era extraordinario aquel comportamiento con alguien a quien sin duda conocía tanto, como era aquel chico, Mike Hall. Mas de pronto pareciole hallar la respuesta al enigma, porque con voz baja exclamó:

—¡Mike! ¡Cuidado! ¡Mira esa pata delantera… la de la izquierda! ¡Está herida!

El interpelado lanzó una rápida ojeada a aquella pata, observando que estaba cubierta por una gruesa capa de sangre.

—¡Claro! ¡Ahora comprendo por qué no me obedece ni hace caso de mis palabras! ¡Malo, muy malo, porque una fiera herida es peligrosa! ¡Dudo de que pueda apaciguarlo!

—¡Quizá tengas que matarlo con el rifle ése! —sugirió Bob, hablando por lo bajo.

—¿Éste? ¡Qué va! ¡Es del calibre 22! Si disparo sólo le haré cosquillas y su irritación aumentará. Lo llevo sólo para disparar al aire… para indicar dónde me hallo.

El león dio otro paso y cojeó evidentemente cuando la pata cargó con el peso de su cuerpo, lo que provocó en la fiera otro

gruñido amenazador.

Los Tres Investigadores comenzaron a retroceder, paso a paso, pero sin apartar la mirada del león, en dirección al árbol que poco antes les había dado asilo. Mike, que vio su intención, les advirtió:

—No lo intentéis… Antes de que alcanzarais la primera rama, ya lo tendríais encima.

—Sí, claro… —aceptó Jupiter y sugirió—: Oye… ¿por qué no disparas el arma al aire como una señal? Quizás esto asuste a tu amigo.

—Nada conseguiría. Mira… tiene la cabeza gacha. Esto indica que en su mente hay un propósito firme y nada lo hará cambiar… Si mi tío estuviera aquí…

Como respondiendo a su deseo, oyose un suave silbido entre la alta hierba y a los pocos instantes apareció un individuo alto de facciones bronceadas.

—Creo que he llegado en el momento oportuno —dijo, dirigiéndose a Mike y seguidamente habiéndoles a todos, ordenó—: Ahora, que nadie se mueva ni diga una palabra, ¿entendido?

El recién llegado avanzó hacia la fiera, preguntándole:

—¿Qué te pasa, «George»? ¿Qué te han hecho?

Hablaba lentamente, separando las palabras, con suave acento, y al parecer consiguió lo que se proponía, porque el felino volvió su cabeza hacia el hombre, agitó la cola lentamente y alzando la cabeza abrió las fauces mostrando de nuevo los colmillos y emitiendo un sordo gruñido.

Aquel individuo, como si respondiera a los gruñidos del león, dijo:

—Vaya, ya veo lo que te ocurre. Tienes una pata herida, ¿no es eso? —y ante el pavor de los muchachos, tomó la cabeza de la fiera entre sus manos y restregándola, prosiguió—: Vamos, no temas, tranquilízate, «George». Ahora, enséñame lo que te ocurre…

El león abrió de nuevo la boca, pero en lugar del rugido esperado exhaló algo semejante a un ronco maullido, mientras extendía la pata herida.

—¡Caramba! ¡La pata! Claro, te duele, ¿no es así? Estate quieto, que voy a curártela…

Arrodillándose ante el león, sacó un pañuelo del bolsillo y apoyando la pata sobre su rodilla, vendó la herida sin importarle el

que su cabeza estuviera tan cerca de la fiera que ésta hacía revolotear ligeramente sus cabellos con el respirar. El felino estuvo inmóvil mientras Jim Hall anudaba el pañuelo. Luego éste se puso en pie y rascó la frente y las orejas del león, diciéndole:

—¿Ves, «George»? Por ahora ya hemos terminado. Luego te haré la cura definitiva…

Sonriendo le volvió la espalda, con intención de ir hacia los chicos, pero el león contrajo sus músculos y con un profundo rugido le echó al suelo y tumbándose sobre él casi lo hizo desaparecer bajo su enorme cuerpo amarillento.

—¡Santo cielo! —exclamó Pete, horrorizado.

Con espanto indescriptible, los Tres Investigadores vieron cómo aquel hombre se retorcía debajo del peso de aquel gato salvaje.

Jupiter, dirigiéndose hacia Mike Hall, que lo contemplaba todo tranquilamente, incluso cabía afirmar que sonriendo, le urgió:

—¡Pero haz algo! ¿Qué podemos hacer para librarlo de ahí?

El interpelado alzó una mano con gesto de quitarle importancia a lo que contemplaban, explicando:

—No os alarméis, chicos, que va de broma. Están jugando. Puede decirse que mi tío crio a «George» y desde aquel entonces casi cada día juegan así.

—¡Pero…! —comenzó Jupiter a replicar, mas quedó sin habla al ver cómo Jim Hall, apoyando ambos pies, echaba a «George» a un lado. Pero la fiera con un rugido le echó ambas zarpas delanteras encima de la espalda y ambos fueron rodando de nuevo por el suelo. Jim Hall se incorporó sobre un brazo y le apretó la nariz al león cuando éste abrió la boca y casi le rozó con sus colmillos, mientras el hombre reía a carcajadas.

Cuando la fiera le derribó de nuevo, se levantó apoyándose con los pies sobre sus costillas y agarrándose de la melena como si fuera una cuerda. El animal resopló y terminó por emitir algo semejante a un gemido, mientras agitaba la cola de un lado para otro. Por último, ante el asombro de los muchachos, el león se tumbó de panza arriba como un gato cuando quiere que le rasquen el pecho, mientras ronroneaba ininterrumpidamente.

Bob no pudo contenerse de exclaman.

—¡Pero si está ronroneando!

Por fin Jim Hall se levantó y sacudiéndose el polvo de la ropa,

comentó:

—Caramba con el gato éste… Cada día pesa más. Juguetear con él resultaba mucho más fácil cuando era un cachorro.

Con un suspiro de alivio, Jupiter observó dirigiéndose a Mike:

—Francamente… he pasado un mal rato. Oye… ¿siempre se pelean con tanto ardor?

—Más o menos. Desde luego, la vez primera que los vi hacer eso creí morir de horror, tan espantado estaba. Pero ahora ya estoy acostumbrado. Verás, «George» está tan acostumbrado a nosotros que casi cabe calificarlo de animal casero… es que es muy dócil. Ya lo habéis visto.

Frunciendo el entrecejo, Jupiter argüyó:

—Pero es el caso de que el señor Hitchcock nos dijo que… —e interrumpiéndose volviose hacia aquel hombre que estaba frotando el pecho del león tumbado de espalda, diciéndole—: Señor Hall, somos los Tres Investigadores. El señor Hitchcock nos dijo que tenía usted ciertas dificultades… es decir, que su león estaba nervioso.

—Así es —repuso el interpelado. Ya lo habéis visto. El viejo «George» éste jamás se ha comportado como lo habéis observado antes de que yo llegara. Conoce a Mike perfectamente y sin embargo no ha hecho caso de él. Incluso a su manera lo ha amenazado. Lo alimenté de cachorro, he estado siempre con él, me obedece como si fuera un perrito, pero desde hace algún tiempo… me es poco manejable.

—Quizá podamos serle útiles —ofreció Jupiter e indagó—: Dígame… ¿qué es lo que puede haberle causado esta herida en la pata? ¿Algún accidente quizá?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que parece que haya sido producido por algún objeto cortante… algo largo… muy afilado… ¿Qué le parece un machete?

Jim Hall asintió, diciendo:

—Desde luego, pero…

—Cuando hemos llegado confundimos a otro sujeto con tu tío Jim Hall.

—No me cabe duda de que era Hank Morton —interrumpió Mike y prosiguió—: Este chico, Jupiter, me lo ha descrito. Sin duda que Hank Morton consiguió soltar a «George».

Con gesto contrariado, Jim Hall comentó:

—¿Conque Hank Morton ha estado aquí? Cuando lo despedí le advertí que no viniera nunca más —y mirando al león, añadió—: Desde luego «alguien» tuvo que poner a «George» en libertad y que fuera Hank quien lo hizo… no me extrañaría. ¿Has dicho que os trajo hasta aquí?

—Así es —intervino Bob—. Y una vez estuvimos aquí, nos dijo que aguardáramos. Se metió entre esa hierba, desapareció y no lo hemos vuelto a ver.

—… y si está acostumbrado a manejar el león, quizá pudo acercarse hasta él lo suficiente como para herirle con el machete y conseguir así que se revolviera contra nosotros —terminó Pete.

—Si Hank Morton ha hecho eso, será su última charranada, porque si yo no doy con él… «George» sí que lo conseguirá —afirmó Jim Hall.

Sacudiendo cariñosamente la melena del león y tirándole de las orejas suavemente, Jim prosiguió:

—Andando, chico. Vamos a ver qué dice Doc Dawson de esa pata.

Contestando a la muda pregunta de Jupiter, Mike explicó:

—Doc Dawson es nuestro veterinario. Cuida de la salud de «George» y de los demás animales que tenemos.

Jim Hall, asiendo de nuevo la melena de la fiera, les dijo:

—Bien, chicos, vayamos a casa y allí os explicaré lo que ocurre. Alfred Hitchcock me aseguró que erais muy expertos en descubrir… cosas raras y quizá podáis poner en claro lo que aquí ocurre, porque aquí pasa algo que no me explico…

Capítulo 7

Dificultades con «George»

—Ahora iremos más rápidos —dijo Jim Hall saliendo de entre los árboles a un camino donde había una camioneta. Bajó la parte posterior, convenció a «George» para que subiera al interior y seguidamente volvió a cerrar la caja del vehículo.

Mike dijo a los Tres Investigadores:

—Nosotros iremos delante con mi tío.

Una vez todos acomodados, el dueño de la finca «Jungle Land» se sentó ante el volante y puso el vehículo en marcha. Al tomar una curva, Jupiter, inclinándose hacia delante para observar mejor al conductor, preguntó:

—Dígame, por favor, señor Hall… ¿Cómo cree que haya podido, escapar «George»? ¿Puede decirse que lo mantiene siempre encerrado en su jaula o lugar para él reservado?

—Nada de eso. Vive en casa conmigo y con Mike. No sé cómo ha podido salir, a menos que Hank Morton haya estado espiándome y al ver que me ausentaba lo haya conducido al exterior. No tendría nada de extraño, porque «George» lo conoce y está acostumbrado a él, quiero decir a su olor; por cuanto cuando estaba empleado aquí, con frecuencia se mantenía en su cercanía. «George», fuera de la casa, vete a saber por dónde y adónde ha ido. Esto es lo que me preocupa —concluyó Jim Hall, apretando los labios.

Continuó conduciendo en silencio por aquel camino lleno de curvas, hasta que luego de ascender por la loma de una colina, fueron a desembocar en una amplia plaza cubierta con gravilla en cuyo extremo se alzaba una espaciosa mansión con amplio porche ante el que se detuvieron, al mismo tiempo que Jim Hall anunciaba:

—Hemos llegado —y dirigiéndose a Mike, le ordenó—: Vete en seguida en busca de Doc Dawson y tráetelo inmediatamente.

Mientras Mike iba a cumplimentar lo ordenado, Jupiter se apeó y también mirando a su alrededor comentó:

—¿Pero es aquí donde vive usted? Pues creíamos que habitaba aquella especie de almacén que vimos al entrar…

—Es una casa que forma parte de lo que podríamos decir el escenario. La gente viene a «Jungle Land» por muy diversos motivos y razones. Ésta es una hacienda para cría de animales salvajes, lo que comúnmente se denomina «rancho»… y también mantenemos cierta aura del llamado Salvaje Oeste. Aquel lugar que habéis visto lo han utilizado infinidad de veces para rodar escenas de esta clase de películas. Ahora precisamente están rodando un film… es algo que ocurre en la selva virgen.

—Coincide con lo que nos explicó el señor Hitchcock. Añadió que usted estaba preocupado, porque consideraba que en la actualidad no cabía confiar en «George», mientras en la finca estaban rodando una película.

—Eso es, justamente. Sucede que «George» también está contratado para esa película. Si resulta que en un momento determinado no es dócil y que no responde a mis órdenes puede ocurrir algo desagradable y muy enojoso con Jay Eastland.

—¿Quién es este Jay Eastland? —preguntó Bob.

—Me suena… —intervino Peter—. Sí, señor. Mi padre trabaja mucho para las compañías de cine y estoy seguro haberle oído decir algo de Jay Eastland…

Jim Hall le interrumpió para explicar:

—Eastland es un productor y director muy importante… por lo menos así lo cree él.

Volvíase para soltar los pernos que sujetaban la parte posterior de la camioneta, cuando Mike, que salía de la casa, silbó señalando hacia una nube de polvo que venía por el camino, al mismo tiempo que le gritaba:

—¡Ahí vienen quebraderos de cabeza, tío Jim!

Jim Hall, mirando hacia a dirección indicada, frunció el entrecejo y exclamó en voz baja:

—Desde luego mucho me temo que así sea. Ahí viene el señor Eastland en persona.

La nube de polvo se disipó para mostrar un automóvil, que llegó en pocos segundos y se detuvo ante ellos. De su asiento posterior, cabe decir que saltó un tipo de corta estatura, mejillas fláccidas y calvicie incipiente. Con paso agitado y rostro congestionado, avanzó hacia Hill, gritándole con voz autoritaria:

—¡Hall! ¡He de recordarle las condiciones de nuestro contrato!

El interpelado miró un instante a la faz rubicunda y sudorosa del director, antes de contestar:

—Eastland, acabo de llegar y no sé de qué me habla. ¿Qué ocurre?

Su interlocutor le mostró el puño agitándolo y prosiguiendo encolerizado:

—El contrato determina que no habrá ningún peligro personal para mí, ni para la gente a mis órdenes… supongo que lo recuerda. Si así es, espero que se servirá explicarme lo que ha ocurrido.

Jim Hall enarcó las cejas con gesto de sorpresa y preguntó:

—¿Qué es lo que ha ocurrido? Pero desde luego, de antemano convengo en que lo convenido se cumplirá.

—¡Rock Randall ha sido herido! —bramó el director—. ¡Una de sus bestias debió escaparse y lo atacó! ¡Esto es lo que ha ocurrido!

—Es imposible —afirmó Hall con voz serena y firme.

El encolerizado director, apuntando hacia el león que todavía estaba en la camioneta, gritó:

—¡Ahí está la prueba que buscaba! ¡Ahí la tiene! ¡Su cariñoso león! ¡Tan simpático! ¡Pues hace una hora escasa andaba suelto por ahí! ¡No lo niegue!

—Es verdad, Eastland. Hace un rato que estaba suelto y acabamos de cogerlo. Pero esto no quiere decir que haya atacado a Randall, porque… francamente, no puedo creerlo.

—¡Pues tendrá que creerlo en cuanto lo vea! —afirmó Eastland.

—¿Acaso está herido gravemente? —preguntó Hall con interés.

Encogiéndose de hombros, Eastland respondió:

—Comprenderá que el ser atacado por un león no es cosa de broma.

Con gesto convencido, Hall reiteró:

—Pues bien, la cosa queda como antes. No sabemos si fue «George» quien saltó sobre Randall.

—¡Pero… compréndalo! ¿Quién podía ser si no? En cuanto usted

lo vea…

—Es lo que voy a hacer tan pronto haya encerrado a «George» en casa —afirmó Hall, dando a entender que por el momento la discusión quedaba zanjada.

Cuando bajaba la parte posterior de la camioneta para sacar al león, oyose una ronca bocina, mientras por la curva del camino aparecía un pequeño camión.

—Ahí viene Doc Dawson —anunció Mike a los Tres Investigadores.

El conductor detuvo el vehículo con un frenazo brusco y saltó al suelo. Era un individuo alto y delgado; por debajo de su bigote gris asomaba el trozo de un chicote apagado. Llevando de la mano un maletín negro caminó hacia el grupo con grandes zancadas, preguntando:

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Pero al ver al león encima de la camioneta, le explicó a Jim Hall:

—Chico, he venido tan pronto me ha sido posible… me ha dicho Mike que «George» ha sido herido…

—Así es, Doc. Una herida en una pata. Alguien soltó a «George» mientras Mike y yo estábamos ausentes. Lo cogimos al norte del almacén de la entrada.

Mike le explicó al veterinario:

—Parece, ya lo verá, como si le hubieran dado con un machete u arma cortante semejante…

—Pero, Mike, ¿quién puede querer tanto mal al viejo «George»? En fin. Vamos a ver esa herida. Jim, por favor, sujétalo para que esté quieto mientras le examino la pata ésa…

Jim Hall sujetó a la fiera por su melena y el veterinario se inclinó diciendo con palabra suave:

—A ver, «George»… dame esa pata…

Tomándola con una mano, con la otra deshizo el nudo del pañuelo y separó el vendaje provisional. El león gimió un instante.

—Vamos, «George», no seas tan delicado, que no te has hecho daño. Recuerda que he cuidado de ti desde que eras un rorro.

Al veterinario bastole una cortísima mirada para sentenciar:

—Corte superficial, Jim, pero… malo —y soltando la pata prosiguió—: Voy a llevármelo al dispensario para examinarlo mejor. Hay que evitar una infección.

Jim Hall le dijo al león:

—Ya lo has oído, «George». Te irás con Doc Dawson. Anda, bájate de ahí.

Cuando el veterinario se dirigía hacia su camión, le cortó el paso el airado director, gritando:

—¿Qué pasa aquí? ¿Adonde se lleva al león? ¡Está contratado por nosotros! ¡Ha de actuar en el film que rodamos! ¡Está programada su primera escena para mañana por la mañana, a las ocho!

Doc Dawson se detuvo para encender su cigarro, aspiró una y otra vez y soltando un chorro de humo al rostro de Eastland, repuso:

—El león estará dispuesto para actuar cuando yo lo diga. Su pata mañana estará mejor o no lo estará, ya lo veremos. Mi obligación es cuidar del buen estado de «George». Su película no me importa un comino y ahora… no me importune o… ¡le rompo la cara!

Jupiter y sus compañeros, que observaban la discusión, dieron un paso hacia atrás, al igual que Eastland, ante la violenta vehemencia, inesperada, del veterinario. Éste, abriendo la parte posterior de su camión, indicó con un gesto a Jim Hall que trajera a «George». El aludido, palmoteando el flanco del león, le dijo a la fiera:

—Andando, «George», que el galeno cuidará de ti. ¡Arriba, sube!



El león obedeció, trepó al camión, Hall cerró la baranda y Dawson arrancó, mientras el animal, apretando su faz contra los barrotes, les miraba tristemente con un sordo quejido lastimero.

Eastland tornó a porfiar, dirigiéndose a Jim Hall:

—Le advierto de nuevo que el león debe estar preparado para actuar mañana por la mañana. ¿Quiere ahora ver a Rock Randall… o no?

Sin contestarle, Jim Hall tomó asiento en el vehículo de Eastland y cuando el conductor describía una curva para embocar el camino por donde había venido, saludó con la mano a Mike y le gritó a Jupiter.

—Lo siento, chicos, pero tardaré un poco. Luego hablaremos.

Jupiter siguió con la vista al camión hasta que desapareció por el recodo y luego, como si estuviese hablando consigo, exclamó:

—Una escena lamentable, la verdad…

—¿Cuál verdad? —le interrumpió Mike Hall—. ¿Lo que ha dicho mi tío, o bien la de ese Eastland?

Encogiéndose de hombros, Jupiter replicó:

—No discuto la palabra de tu tío, Mike. Pero convendrás conmigo que tu tío parecía preocupado.

—Siento haberte hablado así, Jupiter. Mas… todo cuanto concierte a mi tío me atañe. Verás… vivo con él desde que mis padres murieron en un accidente en la carretera. Es hermano de mi padre y mi único pariente además de Cal.

—¿Quién es Cal? —quiso saber Bob.

—Cal Hall, otro hermano de mi padre. Vive en África. Explora aquellas tierras y es un cazador de fama. Le proporciona a Jim animales para esta «Jungle Land». Si Jim los recibe muy jóvenes, puede domesticarlos. Si no, los guarda y exhibe y quizás en momento oportuno puede entrenarlos. Pero esto es muy difícil si las bestias ya son crecidas.

—¿Pero por qué Jay Eastland ha estado tan brusco? ¿Qué tiene contra tu tío? —preguntó Pete.

—No lo sé. Pero según he oído por ahí, está irritado porque su película está retrasada conforme al programa establecido. Cuando alquiló «Jungle Land» requirió una cláusula en la que se le garantizara que aquí podría filmar las escenas con los animales en libertad, pero con seguridad absoluta. Mi tío Jim convino en ello.

—¿Qué puede ocurrir si tu tío se equivocó al convenir en ello y ocurriera un accidente? —preguntó Bob.

—Mi tío perdería una cantidad de dinero muy importante. Tuvo que aceptar una garantía de cincuenta mil dólares, poniendo en prenda «Jungle Land». En consecuencia, podría perder todo esto. Por ahora ya pierde el importe que significan las entradas del público, porque una de las cláusulas prevé que no entrarán extraños mientras se rueden las secuencias de la película. Así están las cosas.

Jupiter, que había escuchado atentamente, observó:

—De todo ello cabe deducir que tu tío percibirá una buena compensación si la película se rueda conforme al programa establecido, es decir, en el tiempo previsto, y sin accidentes. ¿No es así?

—Esto es —admitió Mike y prosiguió—. No sé si el importe exacto… pero supongo que es importante. Por ejemplo, por «George» percibe quinientos dólares, cuando actúa. Los animales entrenados se alquilan a un precio muy alto… casi cabe decir como estrellas del cine.

—¿Ha ocasionado «George» algún incidente antes de ahora? ¿Atacó a alguien? —preguntó Jupiter.

—Nunca. Es un animal muy pacífico y bien entrenado. Jamás se mostró irritable… hasta hace poco tiempo. Recientemente… se porta… algo extraño… —terminó Mike, mordiéndose un labio.

Bob, encargado del «Archivo y Pesquisas», abrió su cuaderno de apuntes, preguntando:

—Veamos. ¿Cómo se comportaba «George»? ¿Qué hace ahora, que antes no hiciera? Quizás esto nos oriente… nos ayude a determinar o hallar lo que le pone nervioso.

—¿Cómo lo explicaré? En primer lugar, no es el de antes. Vive con nosotros, en casa. Pero no duerme tranquilo. Casi cada noche se levanta y camina de un lado para otro, gruñendo como encolerizado, intentando salir. A mi tío le cuesta mucho conseguir que se eche de nuevo. Se torna difícil de manejar. No obedece las órdenes como de costumbre hasta ahora y temo que se está volviendo irritable… que ya no sea el animal bien domado y domesticado que era.

—Quizá perciba que en el exterior hay algo que lo excita —sugirió Jupiter—. ¿Dejáis animales sueltos por la noche?

—Tenemos ciervos en un cercado. No pueden escapar. También tenemos caballos que son muy utilizados en las películas del Oeste, pero están encerrados en un corral. Junto a la laguna hay dos elefantes, pero también recluidos en un cercado del que no pueden salir. También hay mapaches, monos, pájaros diversos, perros, cerdos, aves y otros animales, pero por la noche todos quedan encerrados en sus jaulas o recintos, contándolos al entrar.

—Sí, desde luego. Todo parece estar previsto y cuidado, pero… lo cierto es que algo o alguien intranquiliza al león —observó Jupiter.

—Incluso lo suficiente como para atacar a uno de los artistas, como a ese Rock Randall —añadió Pete y prosiguió—: Si bien he oído decir que es un tipo bastante antipático.

—A lo mejor resulta que ha sido lo suficientemente estúpido e imprudente como para hacer frente a «George». Por lo menos el león no estaba para bromas cuando tropezamos con él. Desde luego es de suponer que la herida en la pata debía molestarle… —comentó Bob.

Jupiter opinó:

—Hay que admitir que no sabemos lo ocurrido. No podemos cargar la culpa a «George» por lo de Randall hasta que regrese Jim Hall y nos cuente lo sucedido. Quizás haya sido un accidente fortuito… teniendo presente la cantidad de animales que hay aquí…

De pronto, Mike exclamó:

—¡El gorila!

—¿Cuál? —preguntó Pete.

—¿Acaso también tenéis un gorila? —quiso saber Bob.

—Todavía no, pero esperamos recibirlo. Viene con una expedición que nos envía mi tío Cal. Quizá se haya escapado y agredido a Rock Randall…

Alzando una mano en demanda de silencio, Jupiter dijo:

—Suponiendo que el gorila ya hubiese llegado, también es de suponer que habría llegado en una jaula adecuada. ¿No es así?

Mike asintió, diciendo:

—Tienes toda la razón. Parece que me estoy poniendo nervioso como «George», pero es el caso que Jim nada nos ha dicho de la próxima llegada del gorila… por lo menos que yo recuerde. Además, como bien dices, si ya estuviera aquí, no cabe imaginarse

que pudiera salir de su jaula a menos que… que…

—Bien… que… ¿y qué más? —urgió Bob.

—Pues —prosiguió Mike, mojándose los labios—, que alguien que no quiera bien a mi tío Jim hubiera abierto la jaula y lo hubiese dejado escapar.

Capítulo 8

Un cliente tenaz

Todavía eran las primeras horas de la tarde cuando los Tres Investigadores ya se hallaban en su camino de regreso hacia el almacén de derribos y de chatarrería del tío de Jupiter, viajando en el camión conducido por Konrad. Habían agotado el tiempo de que disponían, antes de que Jim Hall regresara. Los tres muchachos se despidieron de Mike prometiéndole que volverían a la primera oportunidad.

Konrad, que les aguardaba ante el volante del camión, cuando los vio respiró visiblemente aliviado, confirmándolo sus palabras:

—Bien, veo que estáis enteros. Al parecer os habéis entendido con ese león que, según dicen, campa por ahí por sus respetos.

—Pues no creas, Konrad, es bastante más serio de lo que uno supone. Veremos qué ocurre la vez próxima.

El corpulento bávaro, moviendo la cabeza con desaprobación, preguntó:

—¿Pero vais a volver ahí? Jupiter, que eso es provocar la suerte y ésta… falla muchas veces.

Sonriendo, Jupiter arguyó:

—No lo creo así, Konrad, o por lo menos así lo espero. Mas sea como sea, estamos envueltos en un misterio o caso, como quieras denominarlo, y hemos de seguir adelante, hasta resolverlo.

Konrad sacudió la cabeza de nuevo y absteniéndose de expresar otra vez su opinión, se dedicó a conducir el vehículo con expresión seria y preocupada, mientras los tres muchachos cambiaban impresiones.

Bob opinaba:

—Por ahora tenemos un sospechoso, ese Hank Morton. Tiene un motivo para dejar que se escape «George»… y posibilidad, porque le conoce. Claro que también cabe suponer que también lo tiene ese Jay Eastland, pero… ¿por qué? No creo que le interese crearle dificultades al rodaje de su película, es decir, demorando la terminación de su film. Por lo que he oído y leído, todos los directores tratan de sostener el programa de rodaje e incluso de acortarlo, ¿no es así, Pete?

—Eso es lo que he oído comentar a mi padre con frecuencia —admitió Pete y prosiguió—: Al parecer las compañías cinematográficas afilan el lápiz muy bien y en consecuencia establecer un presupuesto muy detallado y poco generoso, a la par que un tiempo de rodaje harto reducido, particularmente cuando han de alquilar lugares o escenarios, como acostumbran a decir, como esa «Jungle Land» de Jim Hall. Pero ¿qué opinas, Jupe…?

—Os diré que no lo sé —contestó el aludido—. Desde luego puede ser algo como una venganza de Hank Morton o algo relacionado con el compromiso o seguro ése, contraído por Jim Hall, concerniente al pacífico comportamiento de sus animales mientras se rueda la película. Puede perder una cantidad importante si falla… Demasiado, a mi parecer.

—Quizás así sea. Pero ten presente que no es esto, es decir, la causa y razón del porqué este nerviosismo del león. Nada menos determinado en este extremo. Es decir, todavía no sabemos qué es lo que pone nervioso al león.

—Aceptado —convino Pete, subrayando—: Por todo cuanto hemos averiguado, resulta que el león se escapa de la casa y luego se hiere, al parecer, incidentalmente. Puede haberse herido al romper un vidrio saltando por una ventana o también por alguna puerta, abierta por el viento violentamente. Caben muchas posibilidades y suposiciones. Pero esto, a mi modo de ver, nada tiene que ver con su nerviosismo.

—Quizá conviniera que lo examinara un psiquiatra en lugar de un veterinario —apuntó Bob.

El sonido del claxon emitido por Konrad les hizo saber que llegaban a la entrada del almacén del tío de Jupiter.

Sorprendido por el rápido viaje, Jupiter le dijo a Konrad:

—Gracias, compañero, por el rápido viaje. Vas que vuelas.

—Mañana he de ir al mismo lugar donde he cargado. Si es que queréis discutir todo esto con vuestro león… —sugirió Konrad.

—¡Caramba, Konrad! Ahora discutiremos este aspecto y te diré si iremos contigo.

Los muchachos salieron del camión y seguidamente Konrad prosiguió con el vehículo hasta el extremo más alejado del recinto del almacén. Jupiter, que había comenzado a caminar en dirección a su «cuartel general», se detuvo de pronto, exclamando:

—¡Atiza! ¡Ya no están aquí!

—¿Qué es lo que no está ahí? —le preguntó Pete.

—¡Las barras! Todo el montón que descargamos ayer por la mañana. No queda ninguna. Al parecer, el tío Titus ha llevado a cabo un rápido negocio y seguramente bueno.

Bob, frotándose el cogote, preguntó lentamente:

—Pero, bueno, ¿a quién puede interesar un montón de barras oxidadas?

—Chico, esto no lo sé. Pero así son los negocios que lleva a cabo mi tío Titus —contestó Jupiter.

Bob, echando una ojeada por encima de la espalda de su amigo, le advirtió:

—Mira, por ahí viene tu tía… y con la cara que de costumbre quiere decir de antemano, ¡trabajo!

Jupiter, viendo a su tía, le preguntó:

—¿Acaso nos buscabas, tía Mathilda?

—¡Claro que sí! ¿Dónde estabais? Vino un comprador a por estas barras, las adquirió y resultó que nadie había aquí que le ayudara a cargarlas.

Jupiter le explicó que su tío Titus les había dado permiso para ir con Konrad en su viaje a Chatwick y preguntó:

—¿Pero no está Hans por aquí?

—¡Claro que no! Se fue con tu tío para traer más barras de éstas. Al parecer ha hallado un lugar donde se las ceden muy baratas.

—Bien, tía Mathilda. Procuraremos estar por aquí para el caso de que este comprador viniera a por más barras —concluyó Jupiter.

—Pues no creas que me sorprendería demasiado —convino su tía—. Por lo tanto, espero sin falta que mañana no faltaréis.

Cuando ya se había vuelto para regresar por el camino que había venido, por encima del hombro, les advirtió:

—¡Ah…!, en la oficina os he dejado una fuente con emparedados. Conque si tenéis apetito…

Cuando los chicos se encaminaban hacia el lugar designado, tía Mathilda añadió:

—Oye, Jupiter. Cuando hayáis acabado con lo que allí hallaréis, quédate en la oficina. He de ir al pueblo de compras, pero tu tío creo que regresará pronto.

—Está bien, tía Mathilda. Pierde cuidado. Me quedaré allí.

La tía Mathilda prosiguió:

—Konrad va a llevarme con el camión pequeño. Ten cuidado. No desaproveches ninguna venta y no te apartes de la oficina.

—No dudes de que lo haré todo lo mejor que pueda, tía.

La señora Jones le acarició una mejilla y se fue.

En el interior de la oficina, los muchachos hallaron una fuente colmada de emparedados y algunas botellas de refrescos.

Con un bocadillo en la mano y en la otra una botella de refresco, Pete, dirigiéndose a Jupiter, comentó:

—Esto de que mañana tengamos que trabajar es un contratiempo, Jupiter. Me hubiera gustado regresar a «Jungle Land» y saber algo más de lo que traemos entre manos.

—Nos hubiéramos enterado de cómo ha acabado la trifulca entre Eastland y Jim Hall, concerniente a lo que atañe a Rock Randall. Desde luego hay que convenir que si «George» resulta que atacó al artista, los de «Jungle Land» se verán metidos en un compromiso muy serio —intervino Bob.

Jupiter, mirando ante sí y como si hablara consigo mismo en voz alta, expuso su parecer, diciendo:

—En esa «Jungle Land» nos aguarda mucho quehacer. Todavía no conocemos todo el terreno y algo me dice que allí pueden ocurrir muchas cosas durante la noche. Mike asegura que «George» se torna nervioso y se muestra intranquilo en su transcurso. Esto significa que hemos de comprobarlo.

Con gesto sombrío, prosiguió:

—Por lo general, los animales tienden a mostrarse nerviosos ante la aproximación de una tormenta, pero Mike nada nos ha dicho acerca de ello y en lo que recuerdo, durante el mes pasado hemos tenido buen tiempo. Cabe pues eliminarlo. Entonces, ¿qué es lo que pone nervioso a la bestia? Éste es mi modo de pensar en el

misterio que hemos de desentrañar.

—¿Por qué Hank Morton pretendió hacerse pasar por Jim Hall y llevarnos a donde se hallaba «George»? —preguntó Bob y afirmó seguidamente—: Aquí también hay algo extraño. ¿Qué puede tener contra nosotros?

—No lo sabemos —contestó Jupiter, añadiendo—: Pero hay que tener en cuenta que «George» ya rugía antes de que nos encontráramos con él y cabe la posibilidad de que Hank Morton no le infligiera aquella herida. Chicos… cuando volvamos por allá será cuestión de mantener muy abiertos los ojos y… el oído. Nos hemos de enterar de varios extremos que ahora desconocemos.

Pete advirtió que había alguien en el exterior y avisó a Jupiter, diciéndole:

—A ver, Jupiter. Creo que ahí fuera tienes a un cliente. Acaba de entrar alguien… recuerda lo que te ha recomendado tu tía: que no pierdas una venta.

En el recinto del almacén de derribos había entrado un sedán negro. Un individuo de escaso cabello contempló unos instantes las bien formadas pilas de los diversos materiales, cogió algún que otro objeto, lo miró atentamente y luego, frotándose las manos como si quisiera eliminar el polvo adherido a ellas, encaminóse hacia la puerta de la oficina, donde de pie le aguardaba Jupiter.

Bob y Pete se mantenían a su espalda, en espera de órdenes.

El recién llegado era delgado, pero ancho de hombros, vestía un temo de tipo corriente y corbata de lazo. Los ojos eran de un color azul pálido y su rostro, con los anchos pómulos que terminaban en un mentón estrecho y puntiagudo, recordaban a un hacha. Su manera de hablar, sugería alguien acostumbrado a mandar.

—Deseo algunas barras de hierro —le dijo a Jupiter y preguntó —: ¿Dónde está el dueño?

—Lo siento, señor, pero ha salido y tardará en regresar. Estoy empleado en este almacén y por lo que atañe a las barras de hierro lamento informarle que ya no tenemos más. Hace poco rato que vendimos el último montón que nos quedaba.

—¿Qué? ¿Cuándo ha sido? ¿Quién las ha comprado?

—A primera hora de hoy, creo yo, y así lo tengo entendido. No sé el nombre del comprador.

—¿Cómo es esto? ¿Acaso no guardan nota de sus ventas?

—Desde luego que sí, señor. Pero sólo del dinero que entra en caja. El comprador de esas barras se las llevó en un camión. No tenemos archivos de a quién vendemos. Es lo acostumbrado en una chatarrería y almacén de materiales de derribo. Aquí la gente interesada examina lo que le place y si se acomoda a sus deseos paga, lo carga y hasta otra…

—Lo comprendo… lo comprendo —afirmó su interlocutor, mirando a su alrededor con gesto frustrado.

—Mi tío Titus, el propietario, está ausente, como ya le he dicho. Quizá traiga más barras de hierro. Si me indica su nombre y dirección, quizá podamos servirle.

—Es algo enojoso… —observó el visitante, dirigiendo la vista de una a otra parte del vasto recinto, y prosiguió—: En resumen, por lo que usted sabe, en la actualidad no tienen ni una sencilla barra de hierro, ni grande ni pequeña, ¿no es así?

—Exactamente, señor, y crea que lo lamento. Pero si me dijera para qué las quería, quizá podría ayudarle… proponerle algo que las sustituyera…

—No me interesan los sustitutos —respondió el defraudado comprador, pero de pronto gritó con voz aguda—: ¿Qué es esto? ¿Acaso tratas de engañarme, chico?

Jupiter miró hacia donde indicaba el forastero y respondió:

—Perdón, pero eso no son barras, son jaulas, propias para encerrar bestias salvajes.

—Desde luego que lo sé, pero… tienen barras, ¿no es así?

Encogiéndose de hombros, Jupiter replicó:

—Según y cómo. Algunas sí lo son y otras apenas. Estas jaulas hemos de repararlas, ponerles suelos nuevos o bien arreglar la parte alta, colocar las barras que faltan, pintarlas y todo lo demás… como usted bien puede ver.

—Sí… sí… lo comprendo —repuso el visitante con impaciencia —. Lo que me interesa son las barras de hierro y me quedaré con tantas como haya. ¿Cuál es el precio? —Acompañó la pregunta sacando del bolsillo un grueso fajo de billetes.

Jupiter parpadeó y preguntó seguidamente:

—Es decir, lo que le interesan son las barras; las jaulas, no.

—¡Caramba, chico! ¡Eres perspicaz! —contestó el forastero.

Su interlocutor se preguntaba con ansia lo que debía hacer.

Desde luego, su tío había dicho terminantemente que deseaba reservar aquellas cajas para el circo y él, Jupiter, jamás preguntaba el porqué de las decisiones de su tío. Por fin, respondió:

—Lo siento, pero no puedo venderle las barras. Hemos de completar las jaulas para vendérselas al circo.

Con una mueca, el presunto comprador convino:

—Está bien. No tengo inconveniente en quedarme con las cajas tal como están. Cuidaré de que sean reparadas. ¿Cuánto? —preguntó hojeando los billetes.

—¿Trabaja usted para algún circo? —aventuró Jupiter.

—¿Qué importa eso? Deseo comprar estas jaulas. De nuevo: ¿cuánto quieres por ellas? Venga, dilo, que no tengo tiempo para perder.

Jupiter echó una nueva ojeada a las jaulas. Había cuatro y casi sólo valían para hacer astillas.

—Pues le costarán mil dólares —contestó decidido.

Su interlocutor apretó los billetes exclamando:

—Vamos, eso es una chanza. ¿Mil dólares por esas maderas? ¡Con sólo mirarlas asustan! ¡Si son un desecho!

Bob y Pete carraspearon nerviosamente. Jupiter, en lugar de contestar, miró a las cuatro jaulas de desecho como si las estudiara detenidamente y reiteró:

—Claro que esas cuatro son muy valiosas y componen el lote a mil dólares por jaula. Cuatro mil dólares.

El individuo con el rostro de hacha miró un instante a Jupiter, asombrado, y retrocediendo un paso dobló el fajo de billetes metiéndoselos de nuevo en el bolsillo, al tiempo que decía:

—Creo que hacen mal en confiarte el negocio. Por la mitad de este precio puedo conseguir jaulas nuevas.

Jupiter, encogiéndose de hombros y recordando las veces que había actuado en el teatro de la escuela, fingiendo indiferencia contestó sin inmutarse:

—Quizá tenga usted razón, señor. No estoy informado de los precios que reinan en el mercado de jaulas. Si pudiera venir de nuevo cuando mi tío esté aquí, quizás él pueda hacerle un precio más adecuado a sus deseos.

El visitante rechazó la sugerencia con gesto impaciente mientras afirmaba:

—No tengo tiempo que perder —y sacando un billete de entre el fajo se lo ofreció, diciendo—: Aquí van veinte dólares por todo el lote y supongo que hacéis un buen negocio, porque estoy seguro de que tu tío no ha pagado más de cinco por todo este saldo —y abanicándolo ante el rostro de Jupiter, preguntó de nuevo—: ¿Qué… cerramos trato?

Jupiter tragó saliva, preguntándose qué debía hacer. Desde luego aquel comprador tenía razón de sobra. Tanto las jaulas como las barras casi carecían de valor, pero… había aprendido aquello de que debía prestar atención a sus corazonadas.

En consecuencia, contestó decidido:

—Lo siento. No hay trato.

Vio cómo la mano del frustrado comprador hundía el fajo de billetes en el bolsillo y por unos instantes contuvo la respiración, preguntándose si no habría cometido un desatino.

Capítulo 9

Más dificultades

La voz de aquel individuo era fría y dejó oír un acento amenazador, cuando respondió en son de despedida:

—Está bien, chico, tú decides, pero… volveré.

Con paso rápido fue hasta el coche, sentose ante el volante, puso el motor en marcha y acelerando ruidosamente salió del recinto.

Jupiter se desperezó e hinchando las mejillas soltó un sonoro y prolongado suspiro de alivio.

Bob, asombrado, preguntó:

—Pero oye… ¿Qué te ha ocurrido?

Pete, con sarcasmo, añadió:

—Mira que pedirle mil dólares por cada una de esas jaulas… Se necesita cara. Ese tipo tenía razón cuando aventuró que tu tío no ha pagado más de cinco dólares por todo el lote, incluyendo las barras y los tubos que apilamos.

Jupiter, cariacontecido y algo desanimado por aquellos reproches, repuso:

—Sí, ya lo sé. Tío Titus rara vez paga más de cinco dólares… compre lo que compre…

—¿Entonces…? ¿Por qué le pediste esa barbaridad? Te advierto que me ha parecido un comprador de cuidado y francamente se ha ido con cara de pocos amigos.

—¿Cómo os lo explicaré? Tuve la intuición de que en esa insistencia o afán de adquirir las barras había algo raro y si le indiqué ese precio tan exagerado fue para comprobar como cuánto le interesaban.

—Pues ya te has enterado —afirmó Pete, agregando—: Veinte

dólares y cuando tu tío se entere de lo ocurrido, poca gracia le hará haber perdido ese dinero. Creo que alguien va a calentarte las orejas.

Mirando hacía la entrada, el cuitado advirtió:

—Creo que eso que predices ocurrirá pronto, porque ahí viene tío Titus.

El camión grande entró lentamente, conducido por Hans. Cuando el tío Titus saltó al suelo, Jupiter advirtió que regresaba vacío.

—¿Qué ha ocurrido, tío Titus?

El tío Titus tiró de su mostacho antes de contestar con ligera irritación:

—Algo raro. Parece que de pronto ha sobrevenido una escasez de barras de hierro y yo sin enterarme. Total, que he llegado demasiado tarde al lugar donde tenían y pensaba comprarlas. No quedaba ni una.

Carraspeando, Jupiter le informó:

—Tía Mathilda ha vendido el lote que trajiste ayer y acaba de irse otro comprador… que también quería lo mismo.

—¿Conque tía Mathilda vendió el lote, eh? —preguntó su tío lentamente mientras atacaba su pipa con parsimonia—. Vaya, vaya… Bien, pues… vendido está. Uno de estos días traeré más.

El sobrino se movió algo inquieto, antes de decirle:

—Es el caso que este comprador de que te hablo, quería adquirir las barras que quedan en las jaulas. Estaba dispuesto a quedárselas con o sin las jaulas.

—¿Cuánto ofreció por las barras sin las jaulas? —quiso saber tío Titus.

—Veinte dólares —contestó Jupiter, tragando saliva.

—¿Veinte dólares? No está mal. ¿Qué le contestaste?

—Que… no era bastante. Que no queríamos vender sólo las barras, porque queríamos reparar las jaulas, y después cederlas al circo.

La pipa del tío Jones funcionaba a toda presión, despidiendo verdaderas nubes de humo De entre la masa humeante surgió de nuevo la voz del tío Titus, preguntando:

—Pero… ¿cuánto pediste tú por las jaulas?

Jupiter, tras un prolongado suspiro, contestó:

—Mil… mil dólares por cada caja.

«Ahora viene la explosión», se dijo Jupiter cerrando los ojos. Mas no fue así. El único signo de la tensión reinante era aquella pipa, que lanzaba más humo que antes.

—Sí, tío… mil dólares por cada una —exclamó Jupiter, añadiendo lentamente—. Total: Cuatro mil dólares por el lote de las cuatro jaulas… —terminó con voz queda.

Cuando el tío Titus apartaba la pipa de sus labios y Jupiter ya se disponía a escuchar la filípica correspondiente, entró un coche en el recinto, se detuvo en seco y se apeó el conductor. Jupiter, que lo reconoció inmediatamente, le dijo a su tío:

—Ahí lo tienes… quiero decir al comprador.

Aquel individuo, avanzando rápidamente, le preguntó al tío Titus:

—¿Es usted el dueño de este almacén de derribos y chatarra?

—Sí, señor.

—Mucho gusto en conocerle. Me llamo Olsen —explicó el recién llegado y extendiendo su dedo índice en dirección a Jupiter, prosiguió—. Vaya encargado que deja aquí cuando se ausenta. Vine antes para comprar algunas barras de hierro y este chico ha intentado desollarme.

—¿De veras? Caramba, no me diga. Cuánto lo siento, señor Olsen.

Con la sonrisa satisfecha, Olsen continuó:

—Ya me lo suponía que con usted nos entenderíamos —y sacando un billete de veinte dólares de la cartera, explicó—: Vea usted… le he ofrecido veinte dólares por las barras de hierro que hay allí y ha rechazado mi oferta, lo que se dice de plano.

Titus Jones miró hacia el lugar que indicaba el comprador y con gesto sorprendido, como si viera aquello por vez primera en la vida, respondió:

—Pero… ahí no hay ninguna barra, señor. Sólo algunas jaulas viejas, propias para encerrar animales.

—Desde luego, son… jaulas —aceptó Olsen con impaciencia—. Pero no necesitó las jaulas, sino que solamente las barras —y ofreciéndole el billete, reiteró—: Bien, aquí están los veinte dólares de marras. ¿Trato hecho?

Titus Jones encendió la pipa de nuevo y aspiró con fuerza

algunas bocanadas para que tirara bien, mientras Jupiter le miraba sorprendido, el cliente se impacientaba y Pete y Bob lo contemplaban todo, boquiabiertos. Por fin, tirando la pipa sin duda a gusto del tío Titus, éste se aventuró a responden.

—Verá, señor, todo este lío es tan sencillo. Mi sobrino se lo ha explicado todo muy bien. Estas barras de las que usted habla están destinadas para las jaulas. Estoy seguro de que una vez estén colocadas en las jaulas, éstas las podremos vender al circo para encerrar a sus animales.

Los tres muchachos miraban a tío Titus casi sin poder dar crédito a lo que habían oído.

El señor Olsen, nervioso, exclamó:

—¡Está bien! ¡Perfectamente! ¡Son jaulas para animales! ¡Sí, señor! ¿Pero sabe usted lo que me ha pedido por ellas? ¿Por las cuatro? ¡Pues óigalo! ¡Cuatro mil dólares! ¡Me pidió mil dólares por cada jaula!

—Comprendo su disgusto, señor, lo comprendo muy bien. ¡Estos chicos de hoy día! No prestan atención, no, señor. Claro… es un buen chico… Joven… hay que disculparlo. Desde luego se equivocó al ofrecerle el precio…

—¡Claro! ¡Claro! ¡Ya me imaginaba! —le interrumpió su interlocutor con ancha sonrisa.

—No lo dudo, no, señor… porque verá usted… el precio… pues el precio es de… seis mil dólares. Eso es, mil quinientos dólares por jaula.

El comprador le miró estupefacto, mientras tío Titus volvía la pipa a sus labios y se recalcaba sobre los talones, soltando nubes de humo. Una vez más a Jupiter se le cortó la respiración ante la explosión de furia que sin duda iba a hacer presa del señor Olsen. Pero en aquel momento se presentó Hans, preguntando a tío Titus:

—¿Algo más, señor Jones? De lo contrarío, limpiaré el almacén.

El señor Olsen lanzó una rápida mirada a la maciza corpulencia de Hans y con despecho mal contenido rezongó.

—Dejémoslo correr. Sé dónde emplear mejor el dinero.

Una vez más roncó el acelerador del coche al arrancar y salir casi disparado por la puerta del recinto.

Unos minutos más tarde, los Tres Investigadores reptaban a lo largo del ancho tubo que conducía hasta su «cuartel general». Tan

pronto entraron en el recinto, Jupiter elevó el periscopio que le permitió ver todo cuanto les rodeaba por encima de las pilas y montones de materiales de derribo. Luego de bajarlo, dijo a sus compañeros:

—Sin novedad ahí fuera. El amigo Olsen no ha regresado.

—¡Chicos! —exclamó Bob—. ¡Con una pluma hubierais podido derribarme cuando el tío Titus decía aquello de los seis mil dólares!

—¡Desde luego… seis mil! ¡Hay que ver! ¡Y yo que creía que habías cometido una barbaridad al pedir cuatro mil! —subrayó Pete dirigiéndose a Jupiter.

—Te afirmo que no te tomo a mal, pero ten presente que tío Titus, ¿cómo podré expresarlo?… Quiero decir que todavía se siente como perteneciente al mundo del circo, incluso lo domina sobre su deseo de traficante —explicó Jupe.

Pero Bob planteó la cuestión que a todos sorprendía, diciendo:

—Lo que me asombra es este deseo inesperado de hacerse con barras de hierro.

—Debiste haber preguntado a tu tía Mathilda quién era el otro comprador… el que le compró todo el lote —comentó Pete dirigiéndose a Jupiter.

El repiquetear del teléfono impidió que Jupiter contestara a su compañero. Tomando el auricular, dijo:

—¡Aquí Jupiter Jones! ¡Diga!

Sus dos compañeros pudieron oír la voz del llamador, a través del altavoz conectado al teléfono, diciendo:

—Hola, Jupe. Soy Mike Hall. ¿Podríais venir aquí esta noche?

—En este momento no lo sé, Mike. No todo depende de nosotros. ¿Es que ocurre algo en «Jungle Land»?

—Acaba de llegar el gorila y me he dicho que os gustaría verlo.

—¡Caramba! ¡Desde luego! ¿Es grande?

—Pues… lo suficiente como para imponer respeto. Pero esto no nos preocupa, por cuanto está bien seguro. Recordad que nuestro problema es «George» y que en cuanto anochece se torna nervioso.

—Te aseguro, Mike, que no dejamos vuestro asunto de la mano y precisamente ahora, cuando has llamado, estábamos comentando eso que mencionas, es decir, que no sabemos lo que ocurre en cuanto anochece.

—Si venís, tendréis ocasión de observarlo.

—Intentaremos conseguir el permiso correspondiente y luego convenir lo del transporte, Mike.

—Espléndido. Procuraré esperaros a la puerta, o sea la puerta de entrada. ¿Vendréis con el camión?

—Creo que no. Para este viaje será mejor que tomemos el «Rolls».

—¿Pero disponéis de un «Rolls»? —preguntó Mike, sorprendido y seguidamente irrumpiendo en una carcajada—. ¡Anda!

—¿Qué le ocurre? ¡Pregúntale qué es lo que le hace tanta gracia! —urgió Bob a Jupiter.

—¡Ya he oído lo que decís ahí! —explicó la voz de Mike y prosiguió—: Veréis… es que el señor Jay Eastland, que siempre quiere darse importancia, conduce un coche de esos cuando quiere impresionar a la gente.

Luego de consultar a su reloj, Jupiter dijo:

—Oye, Mike. Llegaremos ahí hacia las nueve, después de cenar. O sea, tan pronto pueda disponer de Worthington.

—¿Worthington? ¿Quién es?

—Nuestro chófer.

En el altavoz resonó otra carcajada y por fin la voz de Mike que se esforzaba en hablar, diciéndoles:

—Bien… compañeros… hasta luego.

Jupiter, colocando el auricular en su cuna, observó:

—Creo que hubiésemos debido advertirle que el «Rolls» y su chófer sólo lo tenemos de prestado y en determinadas condiciones.

—¡Déjalo! Por lo menos se ha reído, le ha hecho gracia y tal como están las cosas en «Jungle Land», reír no le hará ningún daño —decidió Bob.

Eran las nueve en punto de la noche cuando el fulgurante «Rolls-Royce» se detuvo embocando la verja de la entrada a «Jungle Land».

Jupiter, mirando al frente y a ambos lados, observó extrañado:

—Habíamos convenido que Mike nos aguardaría aquí…

Del arco de la entrada pendía una lámpara que iluminaba todo el área circunvecina, pero más allá «Jungle Land» aparecía como algo negro y misterioso. La brisa nocturna agitaba las palmeras y el susurro de su entrechocar y ciertos alaridos que oían a lo lejos aumentaban la sensación de hallarse ante algo misterioso y

amenazador.

Pete se apeó del coche, abrió la verja y luego de haber entrado el vehículo la cerró de nuevo. Al sentarse otra vez en el interior del «Rolls», comentó:

—Francamente, me satisface que Worthington nos conduzca. Este lugar no me ha gustado de día y ahora, de noche, me da escalofríos, francamente.

Siguiendo las indicaciones del bien demostrado sentido de orientación que poseía Pete, Worthington condujo el coche a lo largo de un dédalo de caminos y de encrucijadas. Cuando el «Rolls» ya giraba para embocar la carretera que conducía a la gran mansión blanca que se alzaba en la cima de la colina, Pete tocó el hombro del enhiesto chófer, diciéndole en voz baja:

—¡Deténgase, Worthington! ¡Un momento!

Jupiter, enarcando las cejas, preguntó:

—¿Qué te ocurre, Pete? ¿Has visto algo?

—Diría que he oído gritar por ahí delante y… otros ruidos.

Aguardaron sentados, escuchando atentamente y de pronto oyeron rumores entre la maleza, interrumpidos por el ulular de una sirena.

—¡Mirad! ¡Proyectores! —exclamó Bob de pronto y señalando hacia el horizonte.

Mientras observaban los enormes haces luminosos que se movían de un lado para otro, oyeron también un rumor de ramas rotas que se producía, al parecer, junto a la carretera, delante de ellos, mezclado por un respirar fatigado y un instante más tarde surgió de entre los matorrales la silueta de alguien que atravesó la carretera rápidamente. Pero los focos delanteros del coche lo iluminaron perfectamente.

Aquel individuo, con la cabeza cubierta con un viejo sombrero australiano, mostró un rostro cubierto de sudor y avanzaba con los ojos desmesuradamente abiertos…

—¡Es Hank Morton! —exclamó Bob.

—¡Corriendo a través del bosque, en esta oscuridad y con esa mirada aterrorizada! ¿Qué habrá hecho? —preguntó Pete.

El anhelante fugitivo se hundió entre la maleza del otro lado de la carretera y desapareció en la oscuridad. Por unos instantes todavía oyeron el rumor de ramas rotas y restregadas… luego,

nada. Por delante se acercaban voces excitadas y los haces de luz de diversas linternas oscilaban…

—¡Aquí ocurre algo grave! —opinó Bob, abriendo una de las portezuelas del coche.

—¡Vamos! ¡No podemos quedarnos aquí! ¡Veamos qué ocurre! —exclamó Jupiter.

Saltaron a la carretera y echaron a correr hacia delante. Una voz los llamó:

—¡Jupiter! ¡Bob! ¡Pete!

Se detuvieron mirando hacia aquellas oscuras figuras. De pronto una de las linternas se agitó rápidamente a la par que alguien gritaba:

—¡Eh! ¡Soy yo, Mike! ¡Venid para acá!

Mike Hall continuó agitando la linterna que empuñaba Hasta que llegaron junto a él. Observaron que Mike respiraba entrecortadamente y que a su alrededor se movían varias personas haciendo oscilar los haces de las linternas que llevaban consigo como si examinaran el terreno a la par que también las proyectaban hacía las ramas de los árboles. Algunos de aquellos individuos empuñaban rifles.

Cuando hubo dominado su respiración entrecortada, Jupiter preguntó:

—¿Qué ocurre, Mike? ¿Acaso ha vuelto a escaparse «George»?

—Esta vez no ha sido el león —contestó Mike—. Es algo peor. Perseguimos a Hank Morton, por esto vamos armados.

—¡Acabamos de verle! ¡Cruzaba la carretera! ¡Colina abajo! —exclamó Pete.

—Conque lo habéis visto, ¿eh? ¡Ya me figuraba que había sido él! —observó Mike, ceñudo.

—¿Pero qué te figurabas? Todavía no nos has dicho lo que sucede —observó Bob.

—¡El gorila del que os he hablado por teléfono! ¡Se ha escapado de su jaula! —exclamó Mike.

—¿Cuándo? ¿Quieres decir que por este bosque hay un gorila salvaje? ¿Libre? —preguntó Pete.

—Se escapó hace poco rato. Doc Dawson acababa de traer a «George» a casa.

—En resumen, que se trataba de un gorila salvaje y de un león

—preciso Jupiter pensativo y agregó—: Desde luego no sé mucho de estas especies, Mike, pero me pregunto: ¿Puede asustarse tanto un gorila, si ve o adivina la presencia de un león hasta el punto de romper la jaula que lo encierra?

Mike, perplejo, contestó:

—Chico, no lo sé. Esto seguramente lo sabe mi tío Jim. Pero ahora caigo, por lo que me dices, que quizás el gorila no se haya escapado…

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Pete, preguntando.

—Que alguien lo dejara salir. Alguien que odia a mi tío Jim lo bastante como para cometer esta canallada… ¿quién ha sido? Quien visteis corriendo a través de los bosques. ¡Estoy seguro de que ha sido Hank Morton! —terminó Mike, con tono amargo.

Capítulo 10

En la oscuridad

Jupiter, meneando la cabeza con gesto de duda, expuso:

—Hank Morton puede correr por esos bosques por varias razones. Lo cual quiere decir que ello no es prueba de que haya sido él quien dejara escapar al gorila. Si pudiéramos examinar la jaula quizás halláramos…

—Desde luego, sois los investigadores. Quizá veáis algo que aclare lo ocurrido —convino Mike y ya caminando hacia la casa preguntó—: ¿Dónde está el «Rolls-Royce» con el que habíais de venir?

—Nos aguarda ahí en la carretera que asciende por la colina. El conductor, Worthington, que ya nos conoce mucho, esperará hasta que regresemos.

Mike condujo a los Tres Investigadores hacia una especie de terraza ubicada a un lado de la casa, en la que todas las luces estaban encendidas. Allí les indicó con un gesto una jaula de grandes dimensiones, vacía, explicando:

—El envío llegó poco después de que os marcharais vosotros esta tarde. Se componía de dos jaulas y…

—¿Dos jaulas? —preguntó Jupiter.

Un ronco y ahogado rugido a su espalda, hizo que los tres se volvieran al instante.

—¡Demonio! ¿Qué es esto? —exclamó Bob, atónito.

Mike, proyectando el haz de luz de su linterna hacia un extremo de la terraza, dijo:

—Desde luego, debí advertíroslo, pero con ese trajín… Mas no importa… miradla bien… ¿Verdad que es una preciosidad?

Los tres muchachos clavaron su vista en aquella criatura de aspecto siniestro que se movía sin pausa en aquella jaula. Cuando se acercaron, dejó oír de nuevo aquel runruneo maligno.

—¿Sabéis lo que es?… Una pantera negra. ¿Qué os parece? —preguntó Mike.

Unos globos amarillos con una ligera línea negra les contemplaban sin parpadear, desde detrás de los gruesos barrotes de hierro de la jaula. Cuando avanzaron otro paso, la pantera, dejó oír de nuevo un profundo ronquido al tiempo que abría la boca mostrando los largos y puntiagudos colmillos. Los tres compañeros retrocedieron algunos pasos al unísono.

—Convengo contigo que es una preciosidad, siempre que esté dentro de esa jaula —contestó Bob en voz baja.

—¡Fíjate en la musculatura! A mi parecer, esta pantera es más fuerte que el viejo «George» —opinó Pete.

Como si quisiera apoyar su afirmación, la pantera pegó un tremendo zarpazo a los barrotes, al mismo tiempo que rugía con mayor fuerza que antes. Los muchachos retrocedieron otro paso.

Mike explicó:

—Desde luego, si los pusiéramos frente a frente, Pete… es decir, el león y la pantera, la batalla sería terrible. Estas panteras en realidad son leopardos. Saltan y clavan sus garras como un relámpago y con esos colmillos, largos y buidos, cabe imaginarse de lo que son capaces. Pero no te fíes de «George» por su aspecto tranquilo y bondadoso. Es un león con más de doscientos kilos de peso y una fuerza inimaginable. Para una pantera como ésta, es algo demasiado poderoso. No se sabe que jamás una pantera haya vencido a un león. Por lo menos debería ser un tigre y de los mayores… y lo dudo.

Los muchachos continuaron contemplando en silencio a la fiera, que no cesaba de ir de un lado para otro en la jaula.

Por fin, Bob dijo:

—Convengo en que es algo espléndido, pero da la sensación de muy peligroso. ¿Verdad, Jupe? —y mirando a su alrededor, viendo que no estaba Jupiter, repitió—: ¿Jupiter?

El primer investigador estaba examinando la jaula que había alojado al gorila. Les hizo un ademán para que se acercaran un poco.

Así lo hicieron y Bob preguntó:

—¿Has encontrado algo? ¿Qué deduces?

—Esta jaula ha sido… digamos, manipulada. Desde luego, ello no quiere decir que sea ese Hank Morton quien haya soltado al gorila. Pero alguien se ha cuidado de ello. Es evidente.

—¿Cómo lo sabes?

Señalando a los barrotes, Jupiter explicó:

—Fíjate. Uno de los barrotes ha sido suprimido. Lo han quitado de su encaje. Eso ha permitido al gorila asir a uno de cada lado con toda su fuerza y torcerlos hasta que ha podido escurrirse entre ellos. ¿Dices que es grande? ¿Como cuanto?

Mike respondió:

—Desde luego, todavía no ha alcanzado su completo desarrollo, pero debe tener tu talla. Pero no te confundas, tiene la fuerza de dos hombres forzudos adultos.

—¿De dónde proviene?

—De Ruanda, en el África Central. Esperábamos recibir un gorila desde allí desde hace mucho tiempo. Mi tío Cal se adentró en la región en que viven los gorilas. Los países que se denominan Ruanda, el Congo y Uganda. Nos escribió desde Ruanda diciéndonos que tenía un gorila de montaña, pero que hallaba dificultades en sacarlo del país. Parece que estos antropomorfos están en trance de desaparecer y por esta causa sólo se conceden licencias de exportación a los parques zoológicos y a los científicos. A mi tío Cal le costó lo suyo convencer a aquellas autoridades de que «Jungle Land» es también algo semejante a un zoológico.

—Caramba, sí que está difícil esto. ¿No hubiese sido mejor enviaros un gorila de los llanos? —preguntó Pete.

—También están sujetos a iguales restricciones. Desde luego no sé qué clase de gorila es éste.

—Un gorila macho joven de las montañas —dijo una voz desde la oscuridad que resultó ser la de Jim Hall al aparecer a la luz de las lámparas saludando con una inclinación de cabeza a los muchachos.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó Mike.

Jim Hall hizo un signo negativo. Su rostro aparecía cansado y sudoroso mientras decía:

—Al parecer según indicaciones recibidas se le ha visto en la parte del cañón pero he querido cerciorarme de que no estaba por

aquí antes de emprender la búsqueda por aquellos lugares.

—¿Cómo terminó lo del señor Eastland? ¿Atacó «George» a Rock Randall? —preguntó Jupiter.

El interpelado respondió con amargura:

—Todo resultó un embuste. Parece que ese Rock Randall se peleó con uno del grupo de los del cine y éste le zurró de lo lindo haciéndole rodar por encima de algunos pedruscos. Total que se levantó con rasguños en el rostro, que de primera y con mala intención cabía afirmar que se los había producido «George». Pero el médico que le examinó, rechazó su explicación arguyendo que ningún animal podía haber hecho aquellos rasguños. Total, que esto ha quedado aclarado y resuelto, pero apenas hemos terminado con un lío, comienza otro. Celebro que estéis aquí, chicos, así podréis decirle al señor Alfred Hitchcock que no exageró cuando os dijo que en este «Jungle Land» ocurre algo fuera de lo corriente.

Se oyeron gritos distantes y Jim Hall dijo con gesto de impaciencia:

—Lo siento, pero ya lo veis, he de irme. Hemos de intentar hacernos con el gorila antes de que ocurra algo desagradable.

—Supongo que un encuentro con él puede ser peligroso —aventuró Pete.

—Desde luego no hay que tomarlo a la ligera, porque lo más probable es que esté aterrorizado por todo este griterío. Por lo tanto, si os topáis con él, apartaos. Si así lo hacéis no corréis peligro alguno.

Bob, con mirada sorprendida, replicó:

—¡Caramba! ¡Vaya consejo! ¡Hallarse cara a cara con un gorila y no… echar a correr! ¡Pues no veo que se pueda hacer otra cosa!

Sonriendo, Jim Hall repuso:

—Te advierto que los gorilas, como casi todos los animales salvajes, casi nunca agreden si no están hambrientos. Lo simulan con chillidos acompañados con carreras, fingiendo que van a lanzarse contra lo que creen que es una amenaza y así espantan a cualquier otro animal al que le suponen un enemigo. Pero la mayoría de los gorilas son animales pacíficos que van sólo a lo suyo, que es la busca de comida. Por ejemplo, recorren las mismas regiones que habitan los elefantes e incluso comen lo mismo que estos paquidermos, y sin embargo jamás luchan con ellos.

—¿Y cómo es así? —preguntó Bob.

—Pues… se evitan —contestó Hall, encogiéndose de hombros y consultando su reloj.

Sonó un cuerno y Hall dijo:

—Esto podría ser una llamada de Dawson. Voy a ver qué pasa.

Agitando una mano en gesto de despedida, desapareció en la oscuridad, pero unos instantes más tarde le vieron salir de la casa y montar un «Land Rover» acompañado por uno de sus hombres armados con un rifle.

—Si ama a los animales tanto como tú dices —advirtió Pete—, ¿por qué lleva un rifle?

—Es un fusil trucado. Dispara unos dardos somníferos, en lugar de proyectiles. Sólo causan una herida superficial. Ahora ha oído la llamada de Doc Dawson. A lo mejor éste ha hallado algo interesante.

—Bien; dejemos que el señor Hall y su gente traten de coger al gorila —conminó Jupiter—. Ahora que, al parecer nadie nos importuna, podemos echar un vistazo por aquí. A lo mejor descubrimos qué es lo que ocultan estas fugas de animales, porque al comienzo fue «George», ahora el gorila…

Mike explicó:

—Por ahora «George» parece tranquilo en su alojamiento. Duerme de la inyección antitetánica y de los tranquilizantes que le ha administrado Doc Dawson. Doc le limpió la herida y la curó, por lo tanto mañana podrá actuar ante la cámara y ganar un día de jornal.

Mirando a su alrededor, Jupiter preguntó:

—¿Acaso «George» no está alojado en una jaula?

—Prescindimos de la jaula de «George» hace un mes —contestó Mike y prosiguió—: Duerme en la cama, conmigo y con Jim. Le hemos destinado una habitación, pero prefiere dormir con Jim.

Jupiter contempló la casa iluminada y preguntó algo abstraído:

—Dijiste que alguien debió dejarlo salir. ¿No podría ocurrir esto de nuevo?

Mike, metiendo la mano en el bolsillo y sacando una llave que mostró, replicó:

—De ninguna manera. Ahora la casa está cerrada con llave y sólo las tenemos Jim y yo.

—Conforme. Pero nos han explicado que «George» se torna nervioso y está inquieto durante la noche. Vamos a caminar alrededor de la casa. Quizá descubramos el motivo o causa que despierte su nerviosismo.

—Bien. Antes os explicaré su disposición. Como podéis ver, está edificada en la cumbre de la colina. Allá hay un almacén para utensilios, herramientas y leña. Podría servir como garaje, pero Jim siempre aparca en el exterior. Esta carretera conduce hacia el norte y el otro extremo desemboca en otras carreteras y caminos —explicó Mike.

Así hablando, condujo a los Tres Investigadores alrededor de la casa. Después de la excitación habida cuando llegaron, ahora la noche aparecía tranquila y serena. La luna brillaba en el firmamento sin nubes.

Cuando terminaban su recorrido, Jupiter parecía satisfecho consigo mismo. En la gran terraza, la jaula del gorila continuaba vacía y la pantera aparecía echada, la cabeza entre sus patas delanteras, agitando la cola lentamente y mirándoles sin pestañear.

Los Tres Investigadores siguieron a Mike, en dirección al bosque, descendiendo por la ladera de la colina, mientras les decía:

—Os describiré «Jungle Land» mientras caminamos. Así, cuando vengáis, ya sabréis algo del lugar, sin que os tenga que acompañar.

—¿Cuánto terreno comprende «Jungle Land»? —preguntó Bob—. Parece una finca muy extensa y creo que por mucho que vigiléis jamás podréis saber lo que sucede en algún lugar determinado.

—Pertenecen a la finca unos cien acres[3] y su contorno es semejante al de un diamante. Desde luego es muy grande, pero os aseguro que jamás tuvimos dificultades en su vigilancia.

—¿Dónde rueda Jay Eastland la película? —preguntó Pete.

—Hacia el norte, a unos cinco minutos de coche —contestó Mike, añadiendo—: Ahora nos encaminamos hacia el este, hacia la cerca o valla más cercana que delimita la propiedad.

El sendero descendía abrupto entre matorrales, rocas y cortaduras. Los claros de luna destacaban de entre las sombras de los árboles.

—¿Hacia dónde cae el cañón donde, según dijo su tío, habían visto, al parecer, al gorila? ¿Hacia el norte también? —preguntó Bob.

—Más bien hacia el noroeste. Tío Jim marchó hacia allá por un camino que corre hacia el norte, pero luego siguió a su izquierda por otro. El cañón está a unos quince minutos. A su salida hay varios acres de terreno semejantes a las llanuras africanas, con mucha hierba. Allí tenemos a los elefantes cercados por un foso, así no pueden huir. Pero podéis oír su trompeteo. A mí me gusta —concluyó Mike, sonriendo.

—Qué te diré… A mí también, sabiendo que no pueden salir de allí —admitió Pete.

Mike prosiguió describiendo «Jungle Land», mientras continuaban descendiendo.

—En el extremo oeste, o sea, al otro lado de donde nos hallamos, hay lo que denominamos la parte turística. Nuestra atracción principal es por lo general la selva y sus animales, pero mucha gente parece preferir lo del «Lejano Oeste». Por lo tanto tenemos allí un poblado del Oeste, un falso cementerio, una diligencia en que monta la chiquillería y unos cuantos caballos.

»Al sur hay la entrada por donde habéis venido, hay lugares semejantes a una selva. En el centro, un lago, y en la parte alta, donde Eastland rueda la película, más lugares selváticos. El extremo norte es harto montañoso, incluso un profundo precipicio. Algunas compañías cinematográficas lo utilizan como escenario para su "héroe" cuando debe saltar desde una peña o escena semejante. Doc Dawson ha dispuesto su dispensario en las cercanías del precipicio ése…

Una estrepitosa zarabanda de chillidos y de ululatos interrumpió a Mike. Los muchachos se detuvieron, mirándolo interrogativamente.

—Son los monos, los búhos y aves semejantes que tenemos enjaulados ahí —explicó Mike y prosiguió—: También hacia el nordeste de la finca hay lo que podríamos decir un alojamiento para los reptiles. Las serpientes tienen la ventaja de que no hacen ruido. Dispusimos sus encierros en lugar tan alejado para mantenerlas apartadas y, además, resultan menos peligrosas si se escapan. Tenemos una buena colección de varios tipos de serpientes de cascabel, alguna de agua e incluso una boa de buen tamaño.

Jupiter, mirando hacia atrás, preguntó:

—¿A qué distancia estamos de tu casa, ahora?

—A unos quinientos metros. Al final de esta ladera hay una cerca…

—¡Espera! —exclamó Pete en voz baja—. ¿Oyes? ¿Qué es esto?

Todos oyeron de pronto un rumor lento, crujiente, algo como un eco lejano que fuera aproximándose envuelto con un pausado golpear. Los Tres Investigadores se miraron con ojos desmesuradamente abiertos, mientras se sentían presos de un escalofrío… Se repitió aquel crujir, pero ya más cercano, acompañado por algo semejante a un contenido lamento que fue aumentando hasta convertirse en agudo chirrido.

—¡Esto… esto no me gusta nada! —farfulló Pete con voz temblorosa—. Quizá… quizá, lo mejor sería que nos alejáramos… que regresáramos.

Jupiter, también, al borde del pánico, agregó:

—Esto… esto… es…

Pero no pudo expresar las palabras que intentaba decir, porque aquel ruido chirriante aumentó de pronto en tal volumen que parecía que iba a envolver al mundo entero con su prolongado «¡Eeee! ¡Oooo! ¡Eee! ¡Ooo! ¡Eee!».

Bob, perdido el dominio, aulló:

—¡Vámonos! ¡Vámonos inmediatamente! ¡Es espantoso!

Fue como una orden para los Tres Investigadores porque al unísono dieron media vuelta y echaron a correr. Pero Mike los detuvo, gritando:

—¡Esperad! ¡Que no es nada! ¡Venid!

Vieron cómo su guía, riendo, exclamaba:

—¡Vamos! ¿Pero qué os asusta? ¡Esto no es más que un quebranta metales!

Capítulo 11

Pasos en el terror

Aquel ruido chirriador fue apagándose hasta convertirse en algo que recordaba a un lejano silbido.

—¿Un quebranta metales? —preguntó Jupiter atónito.

Indicando con un gesto hacia más allá de los árboles, Mike contestó:

—Eso es, Jupiter. Al otro lado de la cerca, es decir, fuera de los límites de nuestra propiedad, hay uno de eso que llaman cementerio de coches y de otros vehículos y desechos de metal.

—¿Y… para qué sirve eso que llamas «quebranta metales» además de asustarnos? —quiso saber Bob.

—Pues para recuperar en lo posible los metales. Hasta ahora los coches usados eran abandonados en lugares semejantes y luego vendidos al peso como chatarra. Pero ahora han colocado ese artefacto que recuerda a una mandíbula enorme que funciona conforme a un proceso seleccionador accionado por un computador. Quiebra o rompe y divide los coches a trozos, luego los metales quedan separados unos de otros, o sea que el hierro va a un lado, a otro al acero, en otro montón se acumula el cobre y así sucesivamente.

—¿Pero es de veras? —preguntó Pete admirado y prosiguió—: Pues, chico, a mi me pareció algo como si todos los gorilas del mundo se hubieran reunido para formar un concierto.

Jupiter, echando una ojeada a su reloj, advirtió:

—Ya son las nueve y media. Escucha, Mike… ¿no es a esta hora aproximadamente cuando «George» comienza a ponerse nervioso?

Encogiéndose de hombros ligeramente, Mike explicó:

—Más o menos. Algunas veces comienza antes y en otras ocasiones comienza a intranquilizarse más adentrada la noche. Jamás me he fijado en la hora, sólo… en que es cuando ya ha caído la noche, cuando reina la oscuridad, digamos.

—¿Siempre de noche? ¿Nunca durante el día?

—Nunca —contestó Mike y sin vacilar agregó—: Claro, no cabe decir lo de esta tarde, porque «George» no estaba nervioso, sino que desconfiado, seguramente por la herida.

—¿Crees acaso que los chirridos de esa máquina pueden causar el nerviosismo de «George»? —le preguntó Bob a Jupiter.

—¿Por qué no? Bien sabido es que los animales son más sensibles que los seres humanos en lo que concierne a los sonidos. Nada de extraño tendría que «George» reaccionara de forma imprevista al percibir este chirrido metálico.

—Ten presente que lo oye continuamente, no sólo por la noche —objetó Pete.

—Desde luego concedo que tienes razón —admitió Jupiter y preguntó a Mike—: ¿Este artefacto trabaja también durante el día?

—Así parece, porque lo oímos. Pero la verdad es que desde casa suena como algo tan lejano que nos hemos acostumbrado a ello y ya no paramos atención. En realidad, no podría decirte cuándo lo he oído durante las horas diurnas.

—Claro, claro. ¿Desde cuándo funciona?

—Desde hace poco. El cementerio este o como quieras llamarle existe desde hace varios años. Pero que yo recuerde, esto que llamamos quebrantametales comenzó a funcionar desde hace un mes o quizás un poco más.

—¿Un mes? ¿Y desde cuándo «George» comenzó a dar señales de nerviosismo y de Intranquilidad?

—Los primeros síntomas aparecieron hace dos o tres meses. Recuerdo que comenzaron antes de la época de las lluvias. Fue entonces cuando mi tío Jim decidió alojarlo dentro de la casa, para mayor seguridad.

Jupiter arrugó el entrecejo, sorprendido, mas Mike prosiguió:

—No te extrañe. Pero estamos más tranquilos teniéndolo a mano. Además, en aquel entonces no se comportaba de forma extraña cada noche, sino que la intranquilidad la mostraba un par de noches; luego cesaba, hasta que llegábamos a decirnos que nada

le ocurría. Luego se repetía y otra vez se tranquilizaba. Pero desde hace un par de semanas la cosa ha ido en aumento y por fin su intranquilidad ya no ha cesado.

—De todo ello entiendo, que el león ya daba muestras de nerviosismo antes de que comenzara a funcionar la máquina esa de los metales —resumió Bob.

—Quizá sea un error eso de mantener encerrado en el interior de casa a «George», por la noche —aventuró Jupiter pensativo—. Como también lo de que la máquina ésta pueda ser un factor a tener presente… Total, que pueden haber diversos motivos que lo irriten.

En tono de chanza, Pete sugirió:

—También cabe la posibilidad de que sea esto del cine cuando lo llaman actuar ante la cámara, que se ponga nervioso. He leído que muchos artistas se pasan la noche sin pegar ojo, tratando de recordar su papel y lo que han de decir al día siguiente.

Chascando sus dedos, Jupiter advirtió:

—Como alusión irónica, está muy bien, Pete… pero no cabe admitirla como posibilidad o probabilidad —y dirigiéndose de nuevo a Mike, preguntó—: ¿Cuánto tiempo hace que este señor Jay Eastland y su gente trabajan en «Jungle Land»?

—Como unos dos meses. Pero buena parte de este tiempo lo emplearon, al comienzo, en elegir los lugares, arreglar el guión para las escenas, escoger lo que llaman «los fondos» y en otros preparativos por el estilo. Comenzaron a filmar hace un par de semanas.

—¿Filman de noche?

—Algunas veces.

—El lugar que llaman «el plateau» está a unos cinco minutos de vuestra casa. Allí filman las escenas más importantes. ¿No es posible que sus micrófonos capten los chirridos de esta máquina?

—Claro que sí —admitió Mike, agregando—: Pero lo cierto es que el señor Eastland jamás se ha quejado por ello.

—A lo mejor no han grabado el sonido ahí —advirtió Pete, que sabía algo de la materia gracias a su padre—. Algunas veces el sonido lo graban en otro lugar, incluso las voces de los artistas.

Jupiter asintió en silencio y preguntó a Mike:

—¿Qué hay de los artistas y del personal auxiliar? ¿Viven aquí?

—La mayoría pasan la noche en casa. La autopista está cerca y

por lo general no viven muy lejos: en Westwood, Hollywood, West, Los Ángeles. Cabe decir a media hora con el coche.

—¿Y el señor Eastland? ¿Se queda aquí?

—Puede hacerlo. Tiene su propio remolque de vivienda, al igual que ambos artistas principales, las estrellas: Rock Randall y Sue Toné. Cada uno dispone de su remolque. Mi tío Jim les alquiló toda la propiedad que comprende «Jungle Land» y en consecuencia pueden ir y venir cuando y como les plazca. La reja siempre está abierta, quiero decir que no está cerrada con llave. Tío Jim no se preocupa de si están dentro o fuera, yo tampoco.

—Esto significa que pueden merodear alrededor de vuestra casa durante la noche y ser la causa del nerviosismo de «George».

—¿Por qué habrían de merodear por nuestra casa, Jupe? —preguntó Mike.

—No lo sé. Pero sí quiero significar que si lo desean pueden hacerlo.

Mike, luego de esbozar un gesto significando la escasa credibilidad que le merecía lo apuntado, sugirió:

—¿Qué os parece si proseguimos con la inspección, chicos? Podemos bajar hasta la cerca y luego dar la vuelta describiendo un rodeo para llegar de nuevo a casa.

A medida que se aproximaban al límite de la propiedad, aquellos desusados ruidos que tanto los habían asustado, fueron destacándose con mayor claridad. Pero ahora ya tenían cierto ritmo. Sabía distinguir el asir, estrujar y quebrar de las piezas, cuyo conjunto y a cierta distancia parecía un lamento humano.

Cubriéndose los oídos, Bob exclamó:

—¡Dichosa máquina! ¡Vaya trasto! ¡Lo que extraño es que vuestros animales no hayan enloquecido!

Jupiter contempló la cerca que brillaba reflejando los rayos plateados de la luna. Barras de hierro hincadas en el suelo a distancias regulares sujetaban un enrejado de metal.

—¿Toda la propiedad está cercada de esta forma? —preguntó Jupiter.

—Eso es. La cerca continúa hacia el norte. Más allá de este cementerio de chatarra, comienza una gran zanja de drenaje que corre paralela a la cerca. La altura de ésta es de un metro ochenta centímetros y por su altura y solidez impide que salga de los límites

de la propiedad a cualquier animal que escapara de su jaula.

Los muchachos caminaron a lo largo de la cerca en dirección norte para luego torcer y ascender por la ladera de la colina, a través de los matorrales, para regresar a la casa. De pronto, Pete se detuvo, escuchando y alzando una mano par que sus compañeros se detuvieran y estuvieran quietos.

—¿Qué ocurre, Pete? ¿Has visto algo? —susurró Bob, preguntando.

Pete, con gesto inquieto y en el mismo tono, respondió:

—¿No habéis oído algo extraño?

Desde hacía unos instantes habían cesado los ruidos procedentes de la máquina quebranta metales y los chicos permanecieron inmóviles aguzando los oídos.

—¿En qué dirección, Pete? —inquirió Jupiter.

El interpelado, sin apartar la vista de los oscuros árboles que se alzaban ante ellos, contestó:

—Por ahí delante.

Oyeron el crujir de unas ramas entre al crecida hierba y una respiración jadeante.

—¡Ahora! ¡Otra vez! —exclamó Pete con voz baja, quebrada por la emoción.

Los demás miraron hacia la dirección indicada entreviendo algo, una sombra movediza. Aterrados, apenas se atrevían a respirar.

Algo salió por detrás del tronco de un árbol, que avanzó caminando en forma peculiar y entonces distinguieron la negra cabeza balanceándose entre unos hombros gibosos y velludos. Jim Hall les había advertido que no corrían peligro alguno si tropezaban con el gorila, pero se desprendía un aura amenazadora de aquel ser que avanzaba hacia ellos con ligero resuello.



Capítulo 12

Rumores en la noche

Jupiter fue el primero que se recuperó del terror que los había paralizado. El jefe de los Tres Investigadores les gritó:

—¡Corred! ¡Esparcíos y trepad a algún lugar!

Sus dos compañeros le obedecieron al instante. Pero Mike dudó, presa del pánico y del deber, permaneció inmóvil, la vista clavada en la faz del antropomorfo que iba hacia él, con los ojillos bordeados de rojo que le miraban irritados por debajo de unas salientes e hirsutas cejas.

Jupiter, deteniéndose un instante y mirando hacia atrás le gritó:

—¡Corre, Mike, corre! ¡Si te coge, te destrozará!

El mono, como si comprendiera aquellas palabras, alzó ambos brazos y mostrando sus dientes y colmillos amarillos emitió un grito gutural. Aquello pareció sacudir a Mike, porque con resolución súbita giró en redondo y echó a correr con todas sus fuerzas. El gorila se contentó con golpearse el pecho, que resonó como un tambor, chilló de nuevo y desapareció entre la hierba y los matorrales.

—¿Dónde está? ¡No lo veo! —exclamó preguntando Bob.

—¡Ha desaparecido entre la espesura! —contestó Mike entrecortadamente—. ¡Vamos! Lo mejor que podemos hacer es ir a casa e informar dónde lo hemos visto.

Dando un amplio rodeo y con los corazones palpitantes prosiguieron caminando hacia la casa. Casi habían alcanzado la cima de la colina, cuando de pronto se apartó la hierba frente a ellos y vieron surgir ante ellos aquella criatura espantosa.

Los muchachos quedaron paralizados por el espanto y más

cuando el mono con actitud amenazadora alzó los brazos emitiendo algo semejante a un rugido.

—¡Al suelo! ¡Echaos al suelo! —gritó alguien perentoriamente.

Al mismo tiempo que obedecían aquella orden, oyeron algo semejante a un silbido, seguido de un golpe sordo. Cuando miraron hacia atrás, vieron a Jim Hall y al veterinario que todavía mantenían en alto su escopeta de inyectables. El gorila se había detenido, presa de un temblor espasmódico, gimió quedamente y pareció desplomarse como si de pronto hubiera perdido todas sus fuerzas.

Jim Hall preguntó en voz alta:

—¿Estáis todos bien, chicos? —y dirigiéndose al veterinario, le dijo—: Buen tiro, Doc.

El interpelado caminó hasta el gorila y lo contempló unos instantes, mientras el antropomorfo todavía agitaba sus miembros lentamente.

—Bien, ninguna herida —anunció Doc Dawson, luego de un rápido examen—. Dentro de unos instantes caerá en un profundo sueño y podremos meterlo de nuevo en su jaula.

—Parece que regresamos a tiempo —comentó Jim Hall—. Alguien nos indicó que en el cañón habían advertido algo sospechoso, fuimos allá, pero nada vimos. Al parecer, el gorila permaneció todo el tiempo merodeando entre estos árboles.

—¿Quién le dijo que el gorila se hallaba en el cañón? —preguntó Jupiter.

—Jay Eastland —contestó Jim Hall secamente.

Doc Dawson, que no se había apartado del simio abatido, advirtió:

—Bien, Jim, ya está completamente dormido. Si me echas una mano, podremos meterlo en el coche.

Jim Hall fue hasta donde estaba el gorila y asiéndolo de un brazo, mientras el veterinario hacía lo mismo con el otro, arrastraron al simio inconsciente hasta el «jeep», donde los chicos le ayudaron a colocarlo en la parte trasera.

—¿Adonde lo lleva, señor Hall? —preguntó Jupiter.

—A su jaula, y espero que, no salga de nuevo.

—Tío Jim —advirtió Mike—, Jupiter me ha dicho que falta uno de los barrotes de la jaula y que los dos inmediatos, a su parecer,

fueron doblados. El gorila debió escapar por allí.

Mirando a Jupiter, el señor Hall afirmó:

—Desde luego así debió ocurrir. Al parecer alguien está haciendo eso que llaman sabotaje. ¿No te parece?

—Esto es lo que diría cualquiera, señor Hall. Lo que me pregunto es cómo espera usted que el gorila permanezca en aquella jaula en cuanto vuelva en sí.

—Caramba, gran pregunta. Pero es el caso que ya tengo un carpintero enderezando las barras dobladas y colocando la que falta.

El «jeep» arrancó lentamente y siguió el camino que conducía a la casa, mientras los cuatro muchachos trotaban detrás. Cuando llegaron, vieron a varios hombres trabajando junto a la jaula del simio.

Uno de los obreros, con brazos gruesos y musculosos, con diversos tatuajes, asiendo un martillo con una mano que parecía otro semejante, le dijo a Jim Hall:

—Señor Hall, la jaula ya está lista —y viendo a Doc Dawson añadió—: ¿Qué? ¿Ya lo cogió? Vaya, éste sí que ha sido un trabajo rápido.

Jim Hall, acompañado por el gigante del brazo tatuado, fue hasta la jaula, agarró una por una las barras, sacudiéndolas con todas sus fuerzas y por fin dijo:

—Bien, parece que ha hecho un buen trabajo. Ahora, échenos una mano para meter ahí a King Kong[4].

—Vamos allá —respondió su interlocutor soltando el martillo.

—¡Eh, un momento! —exclamó Dawson—. Quiero cerciorarme de que la jaula es algo segura. Ya he tenido bastante corriendo medio día y parte de la noche detrás de este simio.

El del martillo, esbozando una mueca de burla, replicó:

—Claro, no faltaba más. Asegúrese, hombre, asegúrese. ¿Qué le parece si le encerramos en ella y trata luego de salir? ¿No cree que sería la mejor prueba?

—Jenkins, está usted muy sarcástico —advirtió Dawson.

El veterinario dio la vuelta alrededor de la jaula mientras probaba los barrotes uno por uno. Los probó incluso golpeándolos con el martillo ligeramente para comprobar si alguno de los barrotes delataba alguna fisura. Por fin se apartó un par de pasos,

mirándola por los cuatro costados.

—¿Qué tal? ¿Satisfecho? —preguntó Bo Jenkins.

Doc Dawson rezongó:

—Parece que es seguro. Por lo menos estos barrotes han resistido mis esfuerzos, pero claro que yo no soy un gorila —mirando a Bo Jenkins prosiguió—: Claro que usted tampoco lo es, Bo. Pero si ha de ocupar el lugar que aquí había tenido Hank Morton, tenga presente que no puede permitirse ningún descuido.

—Oiga, Doc, tenga presente que Bo trabaja muy bien y recuerde que usted me lo recomendó para que ocupara la plaza que había sido de Hank Morton. Por ahora estoy muy satisfecho de su labor. ¿A qué viene esto de pincharle? —preguntó Jim Hall.

—Sencillamente, quiero advertirle que debe usted estar ahora sobre aviso, porque aquí no deben ocurrir accidentes —gruñó Dawson y prosiguió—: Desde luego no me cabe en la cabeza cómo pudieron quitar ese barrotes. Voy a cerciorarme de que la jaula de la pantera está en perfecto estado.

Empuñando el pesado martillo, el veterinario se dirigió a la otra jaula. El gato negro que en ella estaba encerrado saltó sobre sus patas, roncando suavemente. Doc Dawson fue dando la vuelta a la jaula a medida que iba golpeando los barrotes uno tras otro.

—Parece que quiere asegurarse de que no existe fisura ni rotura alguna. He oído o leído en alguna parte algo concerniente a lo que se denomina «fatiga de metal». Los aviones son comprobados periódicamente —explicó Jupiter a sus compañeros.

—¿Con un martillo? —quiso saber Bob.

Encogiéndose de hombros, Jupiter contestó:

—Vete a saber. A lo mejor este veterinario tiene su propio método para la detección. Al fin y al cabo, se pasa la vida entre jaulas de animales…

Luego de un concierto de golpeadura, Doc Dawson retrocedió unos pasos y tras contemplar de nuevo la jaula con mirada crítica dijo:

—Bien, Jim, por lo que a mí atañe, la jaula está conforme y los barrotes son lo suficientemente resistentes. Parece que no hay ninguna fisura ni resquebrajadura. Ahora lo que podemos hacer es meter al gorila en su jaula.

Con la ayuda de los obreros colocaron el simio en su encierro y

Jim cerró la puerta y el candado. Doc Dawson se dirigió hacia su «jeep» y se despidió diciendo:

—Bien, Jim, parece que todo está en orden. Me voy porque todavía he de echarle un vistazo a un caballo enfermo que tengo en el corral.

—Es de esperar que por ahora podamos vivir sin sobresaltos —observó Jim—. Y gracias por la ayuda prestada, Doc.

—No hay de qué. Además ya me cuidaré de cargársela en la factura —contestó el veterinario, poniendo en marcha el motor.

El vehículo partió inmediatamente y luego de un último saludo de despedida, desapareció en la noche.

Bob, con un gesto, advirtió a Jupiter:

—Creo que vamos a tener una segunda parte. Ahí tenemos al amigo Jay Eastland.

El camión se detuvo al pie de la terraza, abriose la portezuela de la cabina del conductor y saltó al suelo el rollizo y calvo director cinematográfico. Hall apretó los labios.

Eastland se encaminó directamente hacia la jaula del gorila y luego de mirarlo unos instantes, dirigiéndose a Jim Hall, le dijo:

—Conque por fin pudo hacerse de nuevo con él, ¿eh? Pero al parecer le ha costado trabajo. Señor Hall, le advierto de que toda mi gente está aterrorizada… y no es para menos.

—Sí, por fin dimos con él —contestó Jim Hall lentamente—. Más pronto lo hubiéramos cazado si alguien no nos hubiera dado una indicación… errónea, porque resultó que no estaba por el cañón, sino por estos alrededores. Ahí abajo, casi junto a la cerca dimos con él.

Su interlocutor se encogió de hombros con gesto de disculpa, al mismo tiempo que decía:

—¡No me diga! ¡Hay que ver! Pero verá, me dijeron que lo habían visto por la parte del cañón y creí conveniente hacérselo saber —y elevando la voz con tono de protesta prosiguió—: Pero hay otra cosa… ¿cómo puedo trabajar en estas condiciones? Si usted no es capaz de mantener a sus animales encerrados con seguridad, yo no puedo rodar la película. Todos mis artistas tienen los nervios de punta, temen que de un momento a otro cualquiera de estas fieras le salte encima.

—Eastland, lamento lo ocurrido —respondió Hall sin alterarse

—. Desde luego han ocurrido un par de incidentes, pero nada serio en resumidas cuentas. Ya lo hemos arreglado todo y los animales están seguros. Dígale a su gente que nada tienen que temer. Puede regresar a su campamento, rodar su película y… esto es lo mejor que puede hacer, sencillamente dejarnos en paz. Su permanencia aquí sólo provoca a mis animales, los irrita y los excita.

El rostro de Eastland tornose purpúreo. Retrocediendo unos pasos, alzó sus puños amenazadoramente hacia Hall, al mismo tiempo que gritaba:

—¡No me diga lo que tengo que hacer! ¡No se lo consiento! ¡He alquilado este lugar…!

De pronto a su espalda resonó un rugido seco y prolongado, que restalló como un latigazo. Eastland volviose pálido de terror para ver cómo la pantera saltaba hacia él a pesar de los barrotes, contra los que chocó con toda su fuerza y como rechazada por aquéllos caída de espalda, para levantarse rápida como un relámpago y morder rabiosa el enrejado, al mismo tiempo que extendía sus garras hacia él.

La faz del director tornose cenicienta. Tambaleándose se alejó rápidamente unos pasos y entonces apercibiose de la presencia de Jupiter y de sus compañeros. Aquello al parecer aumentó su ira, porque con furia mayor gritó:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué están ahí estos chicos? ¿Acaso es una comedia?

—Son mis invitados y han venido para llevar a cabo un trabajo que me interesa y… ahora, ¿hay algo más que le moleste aquí?

Eastland tragó saliva, carraspeó, respiró, rápida y ruidosamente y por fin, procurando dominar el tono de su voz, contestó:

—Sólo me queda por decirle que cuide de mantener encerradas a sus fieras, de lo contrario se arrepentirá.

Sin añadir otra palabra y procurando evitar las miradas de los presentes se encaminó a su camión. Trepó a la cabina y partió inmediatamente.

Jupiter, contemplando las luces posteriores del vehículo, dijo con acento sorprendido:

—¡Vaya tipo raro! Este hombre no parece un director muy seguro de sí mismo; es muy… ¿inestable?

Pete, sonriendo, comentó:

—Verás, más que director es lo que se denomina productor y, desde luego, de los que en la jerga del oficio llaman «rápido». Son de esos «atropéllalo todo» que quieren rodar una película rápidamente y rápidamente también embolsar sus ganancias. Supongo, así tengo la impresión, de que este señor Eastland tiene problemas financieros y esto le impulsa a echar bravatas y a hacer el papel de perdonavidas. La cuestión es meter ruido.

—¡Caramba! Hablando de ruido. Desde hace rato que no oigo la máquina de la chatarrería de ahí abajo. Regresemos a la cerca. Quiero echarle otro vistazo antes de irnos —decidió Jupiter.

—Iría con vosotros, Jupiter, pero tengo varias cosas que hacer aquí —advirtió Mike—. Por lo tanto, buenas noches.

Jupiter, echando una ojeada a su reloj, observó:

—Desde luego, ya es bastante tarde, pero no obstante quiero ir de nuevo por allí. Procuraremos venir mañana para proseguir la investigación. Buenas noches.

El jefe de los Tres Investigadores se alejó de la casa, seguido por sus dos compañeros.

—Vamos; esto parece que va a ser como comprobar la barrera del sonido. Para la próxima vez, recuérdame que me traiga orejeras con que taparme los oídos —dijo Bob a Pete.

—Pues a mí recuérdame que lo mejor es que me quede en casa —replicó Pete—. Ya he corrido bastantes aventuras en este lugar escapando del gorila.

Prosiguieron descendiendo por la ladera y pronto alcanzaron a Jupiter, que estaba acurrucado detrás de un árbol, cercano al linde de la propiedad.

—¿Qué…? —comenzó a preguntar Pete, pero se detuvo al ver la mano alzada de Jupiter que reclamaba silencio.

Manteniendo un dedo sobre sus labios, con la otra mano Jupiter indicó hacia el cementerio de chatarra. Ambos se unieron a Jupiter en la escucha.

La máquina quebranta metales no funcionaba, pero algo o alguien se movía en aquel lugar. Oyeron un golpe seco seguido de un crujido y de un chirrido.

—Ahí abajo anda alguien… un hombre. Decidme si no os parece alguien conocido.

Pete y Bob, que se hablan arrastrado hasta la cerca, susurraron a

Jupiter.

—Desde luego hay alguien, pero no se ve bien. Permanece en la sombra.

En aquel momento alguien salió a la luz de la luna y además encendió una cerilla con que encender un cigarrillo. Los rasgos agudos de su rostro se destacaron claramente.

—¡El de la cara de hacha! —murmuró Pete—. ¡El tipo que vino a vernos en la chatarrería! ¡El de las barras de hierro!

—Desde luego, él es —confirmó Bob en el mismo tono—. Nos dijo que se llamaba Olsen, ¿recordáis? ¿Qué hace aquí?

—Escuchad —urgió Jupiter.

Oyeron de nuevo aquel crujido semejante a un chisporroteo, mientras aquel individuo sostenía algo oscuro contra su rostro. Parecía como si hablara… y de nuevo aquel crujir.

—¡Una radio portátil! ¡El cara de hacha está transmitiendo! —exclamó Jupiter en voz baja, asombrado.

Capítulo 13

¡Persecución!

—¡Vayamos más adelante! ¡Quiero oír lo que dicen! —decidió Jupiter, indicando hacia un grupo de eucaliptos que se hallaban junto a la cerca. Las ramas bajas de aquellos árboles los ocultarían por completo y con seguridad, si conseguían deslizarse debajo de su cobijo.

Con suma precaución, casi arrastrándose sobre su estómago, Jupiter reptó hacia delante. Bob y Pete le siguieron casi pegados a sus talones. Pronto se hallaron debajo de aquellas ramas sumidas en la sombra y envueltos con los efluvios oleosos y medicinales de las hojas de los eucaliptos. Alzaron con precaución las cabezas y vieron que se hallaban a unos diez metros alejados de Olsen.

En el aparato que sostenía Olsen oyose un ligero crujido. Éste se inclinó para hablar y esta vez los muchachos oyeron claramente sus palabras.

—Ven por este camino —ordenó a su interlocutor.

Oyeron la respuesta claramente:

—Conforme.

Vieron aparecer una figura oscura, caminando lentamente entre los enormes montones de chatarra y sosteniendo una larga radio portátil con la larga antena extendida.

El de la cara de hacha preguntó:

—¿Qué…? ¿Hubo suerte, Dobbsie?

El que llegaba sacudió la cabeza con gesto negativo, mientras proseguía andando con cuidado, mirando cuidadosamente a los trozos de metal esparcidos por el suelo.

—Ni rastro —fue la respuesta emitida por el micrófono.

—Prosigue. Puede estar enterrado —ordenó el de la cara de hacha.

Olsen se movió a un lado, cogió un guardabarros y lo apartó. Hizo lo mismo con un parachoques y el enrejado de un radiador. Seguidamente examinó el suelo atentamente y movió la cabeza con gesto de desaliento. El otro individuo se fue acercando, alzando y apartando trozos y piezas a medida que avanzaba hasta que llegó junto al llamado Olsen. Ambos plegaron las antenas de sus aparatos.

—Esto es como buscar una aguja en un pajar —se lamentó el recién llegado.

—Desde luego, bien lo sé. Pero es una presa demasiado buena para que ahora le dejemos escapar —contestó «cara de hacha».

—¿Y qué hay del otro lugar?

—¿Del almacén de derribos y de chatarra? Lo más probable es que allí no hay nada, pero lo más conveniente es no perderlo de vista. Aquel chico gordo quizá llegue a sospechar algo. Volveremos a ocuparnos de él.

Jupiter y sus dos amigos se miraron sorprendidos. Él era el único chico «gordo» del que supieran, relacionado con un almacén de derribos y de chatarra. Jupiter tragó saliva. No le gustaba que le llamaran «gordo» y menos todavía aquella amenaza que parecían significar las palabras de Olsen.

El interlocutor de Olsen esbozó una mueca en su rostro pálido y cuadrado, en cuyo centro se alzaba la protuberancia de una naricilla chata y respingona, vértice de unos ojillos brillantes como cuentas de abalorio, al preguntan.

—¿Qué hay con los dos nuevos que Hall ha tomado? ¿No deberíamos acercarnos a ellos?

Olsen movió la cabeza con silenciosa negativa. De uno de sus bolsillos sacó una hoja de papel y lentamente leyó, bajando la voz:

—De la información que conseguimos de la alarma de Dora, cabe deletrear para nosotros —DOX ROX NOX EX REX BOX—. O sea seis «X». Podría ser su clase de comunicación o bien que se refieren a seis «X». Esto significaría seiscientos «K». Aproximadamente medio millón de machacantes, Dobbsie… lo que no sería mal asunto. Un buen montón de guijarros.

El de los ojillos como cuentas de abalorio, se encogió de hombros como asintiendo, pero sugirió:

—Desde luego y quizá también podríamos echarlo todo a perder esperando. ¿Por qué no nos acercamos a él?

«Cara de hacha», doblando el papel y devolviéndolo al bolsillo de donde lo había sacado, respondió firmemente:

—Esperaremos. Debe ofrecernos una oportunidad. Alguien ha obrado descuidadamente esta noche. Si antes hallamos los guijarros, los envolveremos a ambos.

—Está bien. Tú eres el director de escena.

—Así es. Voy a comprobar si Eastland ha metido su pata en lo ocurrido esta noche. Está falto de dinero y quizá soltó al gorila. Ten presente de que si sucediera algo, engancharía a Hall con cincuenta billetes de los grandes.

Su interlocutor, uniendo sus puños con fuerza y esbozando una mueca, contestó:

—Me gustarla aplastar a Eastland. Me molesta.

«Cara de hacha» soltó una ligera carcajada al decir:

—No me preocupa. Bien, Dobbsie. Mañana nos encontraremos a la misma hora.

Luego de saludar con breve gesto, Olsen dio media vuelta alejándose y su compañero hizo lo mismo en dirección opuesta.

Pete tocó el hombro de Jupiter indicándole un lugar de la cerca, que aparecía casi derribada, donde antes, bien lo recordaban, estaba enhiesta.

Vieron cómo «cara de hacha» pasaba sobre ella con precaución; luego cuidadosamente la levantaba, clavando un poste de hierro que había al lado. Seguidamente, luego de frotarse las manos, comenzó a ascender en dirección a la casa de los Hall, desapareciendo entre la oscuridad y frondosidad del bosque. Durante unos instantes oyeron todavía sus pasos y luego renació el silencio de la noche.

Los Tres Investigadores se mantuvieron quietos durante un minuto y luego de cerciorarse de que no había nadie por allí, se levantaron lentamente. El cementerio de chatarra había desaparecido. Los muchachos comenzaron a remontar la ladera de la colina.

Pete, que caminaba en vanguardia, de pronto se detuvo, alzando una mano y emitiendo un bajo silbido de aviso.

Oyeron un rumor persistente entre la hierba y los matorrales y

con los corazones palpitantes, el eco de unas pisadas lentas. Intentaron adivinar quién era el que caminaba en la oscuridad. De ella se destacó el contorno de alguien que se encaminaba hacia ellos y sin pensarlo dos veces, los muchachos echaron a correr. Por desgracia, Jupiter metió un pie debajo de una raíz que sobresalía del suelo y cayó hacia delante cuan largo era. Una de sus manos halló algo duro y frío. Oyendo un gruñido acompañado de una encolerizada interjección a su espalda, asió aquello instintivamente, al mismo tiempo que se ponía en pie de nuevo.

Pete lo tomó del brazo para ayudarle a correr, en el mismo momento en que oían otra exclamación iracunda y se veían envueltos por el haz de luz de una linterna eléctrica.



Ahora aquellas pisadas eran aceleradas. Jupiter echó a correr de nuevo, ayudado por Pete y sin soltar el tubo de metal. Ante ellos corría Bob, cuando de pronto perdió pie, cayendo de bruces. Jupiter y Pete lo agarraron cada uno por un brazo, arrastrándolo con ellos sin perder tiempo.

El haz de luz los enfocó de nuevo al mismo tiempo que una voz ronca les conminaba para que se detuvieran. En lugar de obedecer corrieron con mayor fuerza.

Jadeantes, pero fiados en el instinto de orientación de Pete, prosiguieron por la falda de la colina hasta salir a la carretera que conducía a la casa de los Hall. Vieron ante ellos los focos del «Rolls-Royce» que les aguardaba.

Jupiter, al mismo tiempo que abría la portezuela y se precipitaba al interior del coche, le gritó al conductor:

—¡Rápido, Worthington! ¡Arranque! ¡Vámonos!

Bob y Pete caían a su lado, mientras el chófer, imperturbable, respondía:

—A sus órdenes, señorito Jones.

El motor dejó oír su potente ruido y el coche giró para comenzar el descenso. De pronto, de entre la espesura salió un hombre que pareció precipitarse al lado del vehículo. Worthington frenó maquinalmente y por un instante pudieron ver el contorsionado rostro del que había salido a su encuentro y que, con un puño en alto, corría detrás de ellos.

—¡Atiza! —exclamó Pete—. ¡Pero si es Bo Jenkins, el nuevo ayudante de los Hall!

Por la mirilla posterior atisbaron a Jenkins que, deteniéndose y jadeante, alzaba ahora ambos puños amenazadoramente hacia ellos con furia incontenible. Era tan terrible su actitud, que el trío se ocultó instintivamente detrás del respaldo del asiento, a pesar de que se sentían a salvo por la velocidad del vehículo.

Cuando al llegar frente a la verja Worthington disminuyó la marcha del coche, Pete se apeó de un salto y la abrió sin perder un instante, cerrándola de nuevo en cuanto hubo salido el automóvil. Pete entró de nuevo en el coche con un suspiro de alivio y moviendo la cabeza preguntó:

—¿Qué cabe pensar de todo esto?

Jupiter, no sabiendo qué contestarle, limitose a asir fuertemente

aquella arma que hubiera podido ser el tubo de metal con que tropezó en su caída.

Pete, Bob y Jupiter estaban frente a la verja de entrada al almacén de chatarra y derribos del «Patio Salvaje» de los Jones luego de haber despedido a Worthington, que les había llevado hasta allí con el coche.

Con un suspiro, Jupiter observó:

—Desde luego ya es bastante tarde, pero creo que deberíamos anotar todo lo que hemos oído que decían Olsen y el llamado Dobbsie, antes de que se nos olvidara cualquier detalle. Quizás hallemos la clave que resuelva este misterio.

Con el asentimiento de sus compañeros, Jupiter caminó delante hacia su cuartel general, dejando sobre el banco de mecánico la barra de metal que se había traído de «Jungle Land» antes de entrar en el túnel «dos» y ya en el interior del remolque, los tres muchachos se sentaron alrededor de la mesa. Bob sacó el libro de notas y se dispuso a escribir diciendo:

—Sugiero que pasemos por alto la última parte de los acontecimientos, quiero decir la persecución de Jenkins. En ello no hay ningún misterio. Sencillamente, estaba furioso por no cogernos.

—Conforme por ahora. Supongo que debía hacer una ronda de vigilancia y a lo mejor le han ordenado que ahuyente a los intrusos que puedan molestar a los animales que allí tienen enjaulados —convino Jupiter.

Pero Pete no se avenía tan fácilmente a aquellas razones, porque protestó diciendo:

—De ninguna manera. No puede decirse que fuéramos unos intrusos. Nos había visto hablando con el señor Hall y con Doc Dawson cuando llegamos con el gorila desvanecido. Francamente, su comportamiento ha sido intolerable. Ésta es mi opinión.

—Desde luego, en parte tienes razón —admitió Jupiter—. Pero ten presente que todo estaba muy oscuro y quizá se imaginó que éramos unos chicos vagabundos que nos habíamos introducido en la finca. Por mi parte, me inclino a concederle a Bo Jenkins el beneficio de la duda. Propongo que por ahora lo dejemos de lado y examinemos el diálogo que han sostenido esos señores Olsen y Dobbsie.

Los tres muchachos procuraron reconstruir, repitiendo las

palabras, la conversación que habían escuchado en el borde del cementerio de coches, relato que Bob fue anotando minuciosamente en el libro de notas. Cuando hubo terminado, fue el primero en preguntar:

—¿Qué cabe suponer que era lo que buscaban en el suelo?

—Algo pequeño, porque Dobbsie afirmó que era tan difícil como buscar una aguja en un pajar —afirmó Pete.

—No es necesario que sea así, porque quizá cabe también aplicar este término a algo que fuera semejante a los montones de piezas y trozos allí amontonados.

—¿Semejante a qué? —preguntó Bob.

—Vete a saber. Pero hay algo más. A ver, lee eso de los guijarros o piedras y de las letras «X» —pidió Jupiter.

—Veamos… sí, aquí está. Más o menos dijeron: «De la información que conseguimos de la alarma de Dora, cabe deletrear para nosotros —DOX ROX NOX EX REX BOX—. Supongo que todas estas palabras terminan en "X" para separarlas de la inmediata. —Seis "X"—. Podría ser su clave de comunicación o bien de que se refieren a seis "K". Esto significaría seiscientos "K". Aproximadamente medio millón de machacantes, Dobbsie. Un buen montón de guijarros».

—Eso es, más o menos, si mal no recuerdo —asintió Jupiter—. Pero Olsen también dijo «cable». No sabemos quién es Dora, como tampoco lo que significa esa «alarma», quizá sea también «aviso». Pero cabe interpretar que el mensaje de Dora es un despacho cablegráfico. Es corriente eso de telegrafiar con clave en que todas las palabras son cortas o breves y sólo se incluyen las importantes. Éste parece que haya sido cursado con clave, lo que, si se trata de un telegrama, nada tiene de extraño. Incluso cuando ambas partes, expedidora y receptora, quieren mantener el secreto en lo que concierne a sus negocios y transacciones, acostumbran a establecer un código particular, por lo general basándose en una letra o palabra clave que les permite descifrar con facilidad todo el mensaje.

—En este caso no poseemos la correspondiente clave —advirtió Pete.

—Quizá no la necesitemos. Desde luego, todas las palabras terminan con «X», pero fijaos, sugieren palabras corrientes en

lengua inglesa; por ejemplo: «DOCKS ROCKS KNOCKS EX WRECKS BOX[5]» —observó Jupiter, escribiendo con caracteres de imprenta las palabras para ilustrar mejor su deducción.

—Pues no está mal. Más… ¿qué significan? —preguntó Pete.

—No estoy muy seguro, pero voy haciéndome a una idea. Creo que «ROCKS» es la palabra más importante. Olsen dijo algo acerca de «medio millón de machacantes» y de que era «un buen montón de guijarros» o quizás… «un buen puñado de guijarros». ¿No os sugiere algo todo esto?

—¿Por valor de medio millón de guijarros, acaso? —preguntó Pete—. ¿Guijarros o piedras del suelo? ¿A quién pueden interesar?

—La palabra ROCKS en el habla de Germania significa también dinero. Olsen y Dobbsie buscaban dinero o algo valioso. ¡Medio millón de dólares! Opino que Olsen y Dobbsie están metidos en algún asunto sucio. Tienen traza de gangsters, y si hay tanto dinero por medio…

—Frena tu fantasía. Pero aun suponiendo que sea como supones, ¿qué significa el resto del mensaje? —preguntó Bob.

—No puedo decirlo… no acabo de comprenderlo —admitió Jupiter—. Pero es posible que indique dónde hallar el dinero o lo que vale tanto. Quizás el resto del diálogo nos ayude a adivinarlo.

—¿Qué querrá decir esto de «… los envolveremos a ambos»? —preguntó Pete.

Bob leyó en voz alta sus notas:

—«Si antes hallamos los guijarros, los envolveremos a ambos».

Jupiter advirtió:

—Primero hablaron de un hombre, preguntando: «¿Por qué no nos acercamos a él?». Luego el que llamamos «cara de hacha» dijo: «Debe ofrecernos una oportunidad, Alguien ha obrado descuidadamente esta noche».

—¿Quién? —preguntó Pete.

Bob, luego de leer las notas, sugirió:

—Si con esto del «descuidadamente» se referían a soltar al gorila, debe deducir que se referían a Eastland.

Jupiter, encogiéndose de hombros, comentó:

—Francamente, no comprendo el porqué tuviera que arriesgarse a ello. Claro que, conforme a lo convenido, si algo ocurriera, Jim Hall tendría que pagarle cincuenta mil dólares a Eastland, pero no

creo que éste sea tan alocado como para cometer tal barbaridad. ¡Porque el gorila es peligroso, no cabe duda! Más me inclinó a creer que Hank Morton ha vuelto a hacer de las suyas.

—Muy bien, pero esto nada tiene que ver con los guijarros. Así no vamos a ninguna parte —afirmó Bob.

Jupiter, perplejo, tamborileó con sus dedos encima de la mesa durante unos instantes meditabundo y por fin dijo lentamente:

—Poco a poco. Creo que prestamos poca atención a este Olsen. Veamos. Vino aquí para comprar jaulas y anoche pareció referirse a mí y a las jaulas —terminó frunciendo el entrecejo, porque sin duda recordaba aquello de «aquel chico gordo» que tan poco le gustaba.

—A lo mejor cree que hallará sus guijarros en cajas —comentó Pete con sarcasmo.

Jupiter le miró un instante y exclamó:

—¡Oye! ¡Esto está bien! ¡No te rías! ¡La palabra «BOX» puede significar jaula y lo demás puede ser «despedazad la jaula» y hallaréis el dinero!

—Las jaulas o cajas que mencionas ya están bastante deterioradas para que las despedaces más, y Olsen no pareció interesarse demasiado por ellas. Recuerda que luego de regatear mucho llegó a ofrecer sólo veinte dólares —objetó Pete.

—Así es —admitió Jupiter, pero persistió—: Quizá buscaba otra clase de caja o de jaula…

—Desde luego, entre los destrozados coches del cementerio de chatarra. Oye, creo que estamos demasiado fatigados para pensar con claridad. Todo lo que hacemos es movernos en un círculo.

Jupiter, desperezándose, convino:

—Conforme. Propongo que levantemos la sesión. No hemos llegado a ninguna conclusión, pero algo tenemos…

—¿Qué? —inquirió Bob.

—Quiero decir que tenemos un misterio para resolver.

Capítulo 14

Bob descubre algo

A la mañana siguiente, Bob bajó a desayunar con el ánimo más confuso que el día anterior; cuanto más meditaba acerca de lo acontecido el día anterior, menos lo comprendía. Se preguntaba si todas las deducciones expuestas por Jupiter no eran otra cosa que esfuerzos para asirse a una paja, representada por aquel tan dudoso código.

Dio los buenos días a su padre, que le respondió desde detrás de su periódico. Sin duda estaba todavía con la primera taza de café y era obvio que no iba a interrumpir su lectura para ocuparse de alguien. Yo había leído todas las noticias concernientes a la agricultura de la región y por consiguiente comenzó a dedicarse a la prensa forastera. Su padre, periodista, afirmaba que ningún periódico podía publicar todas las novedades que ocurrían en el mundo; en consecuencia, con frecuencia se traía consigo otros periódicos para leerlos y constatar su forma de publicación.

Bob tomó un periódico y miró distraídamente los dibujos y caricaturas, leyendo algún que otro titular. Pasadas todas las páginas las dejo a un lado y tomó otro en el que algo atrajo de inmediato su atención. Era una noticia procedente de Koster, en África del Sur:

> UN CASI OCTOGENARIO ABRE EN ÁFRICA LA CARRERA PARA LOS DIAMANTES
>
> Con una exclamación de entusiasmo y un brinco de júbilo, casi inconcebible para sus setenta y nueve años cumplidos,

Pieter Bester, agitando al aire su permiso de cateo, salió en primer lugar en la carrera desencadenada para hallar diamantes.

Ante el entusiasmo de tres mil espectadores, inauguró el pasado miércoles en la región diamantífera del Swarthand aluvial lo que quizá sea la última búsqueda oficial sudafricana de diamantes. Detrás de Pieter Bester, salieron otros ciento sesenta y cinco catedores.

El veterano buscador Hendrick Swanpoel, de setenta y dos años de edad y descubridor del campo diamantífero citado, hizo una vez más honor a su fama de afortunado al sacar a la luz un diamante de 48,12 quilates, mientras delimitaba el coto que había escogido. La piedra fue vendida en
42 000
dólares.

—No es que quiera desilusionar a nadie, pero creo que he conseguido la mayor pieza del lugar —comentó Swanpoel, sonriendo.

El artículo proseguía dando más detalles del campo delimitado por el gobierno para la búsqueda de diamantes. La región estaba situada a unos 150 kilómetros al noroeste da Joannesburg, ya de antiguo denominada «Tierra de los Diamantes». En los años 1927 y
1928
150 000
cateadores consiguieron diamantes de gran calidad por valor de
28 000 000
de dólares en las regiones diamantíferas de Grassfontein y de Baskerville, situadas a unos cien kilómetros de la recién delimitada región. Para otorgar permisos de búsqueda, todos los nombres de los solicitantes fueron colocados en un sombrero y a los afortunados se les concedió permiso para delimitar un coto de 45 yardas cuadradas[6], más allá de la línea de partida. Algunos veteranos de carreras anteriores alquilaron a corredores atletas para que en su nombre delimitaran los lugares que hablan escogido de antemano, o bien habían dado el encargo a sus hijos más jóvenes.

COMPLICADO EN EL ASUNTO DE LAS GEMAS

> Porto Ferraro, un antiguo funcionario del Ministerio de la Minería de Koster, África del Sur, fue acusado ayer, martes, de contrabando en la importación ilegal de diamantes en los Estados Unidos, en el curso del año pasado, por un gran jurado federal.
>
> Cuando fue detenido en el aeropuerto internacional de Los Ángeles, los agentes de la aduana hallaron en su poder cinco envoltorios conteniendo diamantes tallados y pulidos con un peso total de 659,14 quilates y valor aproximado de
> 750 000
> dólares. La acusación se basa en dos delitos: contrabando y eludir el pago de los derechos correspondientes. Por cada una de estas contravenciones puede ser condenado a dos años de cárcel y multa de cinco mil dólares.

—¡Arrea! —fue la nueva exclamación de sorpresa de Bob, porque jamás se hubiera imaginado que los diamantes fueran tan valiosos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó su padre apartando el periódico y tomando un sorbo de café.

—Leía esto de los diamantes. Dice aquí que se ha vendido un diamante en cuarenta y dos mil dólares. ¡Vaya pico! Oye, papá. ¿Sabes lo que es esto de «un quilate»?

—¿El quilate? Es una unidad de peso utilizada para pesar las gemas o piedras preciosas, como se dice corrientemente. El quilate se divide en cien puntos, al igual que un dólar se divide en cien centavos. Un punto de quilate es algo muy pequeño, pero un quilate entero ya comienza por tener un buen tamaño.

—¿Cómo puede ser de grande un diamante de cuarenta y ocho quilates, aproximadamente?

—Pues bastante grande, claro, siempre refiriéndose a diamantes. Verás. Hay un diamante famoso, indio, llamado «Sancy»; tiene el tamaño de un albérchigo, aproximadamente también. Pesa cincuenta y cinco quilates. Por lo tanto ese de cuarenta y ocho sería algo menor.

—¿Y cuál sería el peso traducido a libras y onzas[7]?

El señor Andrews sacó un cuaderno de equivalencias del cajón de su mesa y entregándoselo a Bob, le dijo:

—Será mejor que lo calcules tú mismo. Ahí tienes tablas de equivalencias. Veamos cómo lo resuelves.

Bob leyó que un quilate es igual a 3,17 granos «troy[8]» o sea equivalente a 0,2 gramos.

Un gramo, unidad básica del sistema decimal de peso, equivale a la 28,35 parte de una onza[9].

Hizo unos cuantos cálculos a lápiz y miró a su padre asombrado, diciendo:

—¡Pero si cuarenta y ocho quilates son solamente el tercio de una onza!

Su padre asintió:

—Desde luego. Un quilate es una unidad de peso harto pequeña. Pero hay que emplear esas pequeñas unidades para pesar las cosas de gran valor.

—¿Y qué vale un quilate?

—Según… Pero para los diamantes he oído decir que el quilate ronda los mil dólares, conforme sea su limpieza, brillo y tallado. ¿Dices que ese diamante de cuarenta y ocho quilates fue vendido en cuarenta y dos mil dólares? Esto significa que la piedra no era perfecta del todo o bien que para tallarla se previo una buena pérdida.

—¿Tallarla?

—Eso mismo, tallarla. El tamaño y la calidad son de básica importancia, pero no cabe valuar un diamante por completo hasta que no estén talladas y pulidas sus cincuenta y ocho facetas. Algunas veces hay que sacrificar mucho en el tallado y también puede ocurrir algún percance. Ten presente que lo que se recoge en los campos diamantíferos no difiere en mucho del aspecto de unos guijarros corrientes…

—¿Guijarros…? ¡Guijarros! ¡Perdona, papá, pero he de telefonear!

El señor Andrews no pudo por menos que sonreírse al ver la precipitación con que su hijo se abalanzaba al teléfono… Vete a saber lo que se le habría ocurrido…

Cuando Bob consiguió comunicarse con Jupiter apenas podía dominar su agitación.

—¡Oye, Jupiter! ¿Sabías que los diamantes en bruto apenas se distinguen de los guijarros corrientes? ¡Escucha lo que he leído…!

—y seguidamente le informó de lo que traía el periódico.

Luego prosiguió:

—Esto quizá signifique que Olsen vaya en pos de… diamantes…

—¡Claro que es posible! ¡Como que en lugar de guijarros también podemos decir «piedras»!, denominación muy corriente en la joyería. Chico, creo que te has apuntado un éxito y coincide con algunas deducciones que he estado estudiando esta mañana. Otra cosa. ¿Puedes venir en seguida? Acaba de llamar Mike Hall. «George» va a actuar hoy en una escena, por cuenta de Jay Eastland, como es de suponer, y a Mike le gustaría que estuviéramos allí.

—Desde luego, voy para ahí. Pero tenía entendido que tenías trabajo en el almacén.

—Tío Titus ha decidido quedarse en casa, quiero decir en el almacén y por lo tanto puede prescindir de mí… y lo celebro porque tengo el presentimiento que las cosas irán de mal en peor en «Jungle Land» hasta que pongamos en claro lo que ocurre. Ven tan pronto puedas al cuartel general. Pete ya está en camino.

»Konrad me ha ofrecido llevarnos hasta “Jungle Land” —explicó Jupiter, añadiendo—: Por lo tanto sólo tenemos algunos minutos para discutir algo que me ha ocurrido, que de coincidir con la realidad crearía un asunto muy serio. En consecuencia, hemos de decidir qué actitud vamos a tomar. Bob, mirando sorprendido a Pete, preguntó:

—Pero ¿qué le ocurre a éste que está tan misterioso?

Pete limitose a encogerse de hombros.

Jupiter, con voz algo campanuda, anunció:

—Basándome en la información proporcionada por Bob, que coincide con mis propias deducciones, creo poder afirmar que los hermanos Hall forman parte de un grupo de contrabandistas.

—¿Qué? —exclamó preguntando Bob, asombrado.

—Como suena. Veamos… Cal Hall envía animales a su hermano Jim y no me extrañaría que aprovechara estos envíos para sacar diamantes de África.

Bob arguyó:

—Poco a poco. Los diamantes vienen de África del Sur y Cal Hall caza por el África Central y eso no está a la vuelta de la esquina.

—Mike nos dijo que su tío Cal estaba en Ruanda para atrapar

gorilas de montaña. Pero para esto tiene que viajar por varios países de aquel continente, que también producen diamantes. Por ejemplo: el Congo, Ghana, la Costa de Marfil, Liberia, Sierra Leona, la República del África Central… todos estos países exportan diamantes.

Abrió un cajón. Sacó un atlas y abriéndolo por el continente africano fue pasando las hojas muy pausadamente, diciendo:

—Éste es un país de África Oriental y que no está muy lejos de Ruanda. ¿Lo veis? Cerca de Uganda y Kenya. Se llamaba Tanganika, hoy es Tanzania y también posee minas de diamantes. Según las notas explicativas de este atlas es el país con más vida animal del continente aquél. Cal Hall ha de ir a la costa para embarcar los animales y es lógico que atraviese Tanzania. Su capital, una gran ciudad, está en la costa y se llama Dar-es-Salaam.

—¿Dar-es-Salaam? —repitió Pete con un silbido—. Caramba, yo recuerdo algo que suena de forma parecida. ¿Dónde tienes tus notas, Bob?

—Ya me imagino a dónde quieres ir a parar —contestó el interpelado, sacando el libro de anotaciones y abriéndolo por las hojas escritas la noche anterior—. Sí… aquí está. «De la información que conseguimos de la alarma de Dora…», claro… y además si lo escribimos en inglés el genitivo lo evoca:
«Dora's
» suena hacia «
Dar-es
»…

—No sabemos cómo Olsen se hizo con el cable, pero si esta deducción es correcta, cabe suponer que Cal Hall expedió el cable desde el lugar del embarque haciéndole saber cómo le enviaba los diamantes. Fijaos. La primera letra del mensaje cobra sentido. DOX puede suponerse que quiere decir «docks» o sea muelles. Los diamantes y los animales son embarcados desde unos muelles.

Bob para mayor claridad escribió ambas formas del texto DOX ROX NOX EX REX BOX DOCKS ROCKS KNOCKS EX WRECKS BOX sobre una hoja de papel.

—Bien, por ahora suponemos que ROCKS significan guijarros o piedras, o sea diamantes. Además tú supones que WRECKS BOX quiere decir desarmar o destrozar las jaulas —expuso Bob y

preguntó—: ¿Qué hay de las restantes palabras?

—Todavía no he hallado solución para las palabras tercera y cuarta. Tampoco estoy muy seguro de lo que significa WRECKS, pero si tomamos REX la cosa comienza a tener sentido —explicó Jupiter haciendo una pausa.

—¡Venga! ¡No te detengas! —exclamó Pete.

—Rex es una palabra latina. Significa «rey». El león es el rey de los animales. «REX BOX» podría traducirse por «Caja o jaula de rey». ¡La jaula de «George»! «George» fue embarcado en África. Quizás el mensaje en cuestión se refería a la llegada a este país de «George» y con los diamantes en su jaula. Ahora bien, creo que los diamantes se perdieron y quien sea, los busca con frecuencia y excita los nervios de «George».

—Chico, ni que decir tiene. Cualquier perro ladraría si durante la noche oyera a alguien rondar la casa de su amo —concluyó Pete.

—Pero tened presente que Jim Hall no es ningún extraño, pero conforme a la teoría de Jupiter, forma parte de una banda de contrabandistas.

—Desde luego convengo en que Jim Hall no pondría nervioso a «George». Tiene que ser alguien o algo extraño, diferente.

—¡Jay Eastland! ¡Éste es capaz de acabar con la paciencia de cualquiera! —apuntó Pete.

—Bien, admito que pueda haber alguna relación, pero no adivino cuál —contestó Jupiter.

Pete hizo chascar sus dedos, diciendo:

—¡Ya está! ¡Hank Morton! ¡Apuesto a que está metido con todo esto! Recordad que con toda probabilidad soltó a «George» el otro día. Pudo haberlo hecho para poder examinar la jaula del león.

—Pero recuerda que «George» ya no tiene su jaula. Recuerda que Mike nos dijo que había prescindido de ella y que, en consecuencia, Jim permitió que «George» viviera en su casa —argüyó Jupiter.

Bob preguntó:

—¿Qué me decís de Olsen y de Dobbsie? ¿Dónde encajan? Al parecer, todo indica que saben lo que quieren y dónde buscarlo.

—Desde luego, Olsen y Dobbsie son definitivamente sospechosos y podrían formar parte de la banda de Jim Hall —afirmó Jupiter.

—Entonces… ¿Qué buscaban en el cementerio de coches? —

argüyó Pete.

—Los diamantes pudieron perderse allí. Recuerda lo que dijo el llamado Dobbsie: «Esto es como buscar una aguja en un pajar».

Bob hojeó de nuevo el libro de notas y leyó a sus compañeros, en voz alta:

—«Ellos lo perdieron y los vamos a envolver a ambos cuando lo encontremos». Veamos… Jupiter. ¿Qué te sugiere esto? Porque para mí significa que no van de acuerdo con los Hall.

Jupiter ponderó:

—Chico, me había olvidado de esta frase. Así cabe suponer que Olsen y Dobbsie están contra Cal Hall y su hermano Jim. Porque esto de «envolverlos» sugiere una amenaza. Quizás Olsen y Dobbsie rompieron con los hermanos Hall y ahora tratan de hacerse con los diamantes, e incluso cabe la posibilidad que formen parte de una banda contraria.

—Chicos, esto cada vez aparece más complicado y me pregunto si acaso Mike está enterado de este enredo —comentó Bob.

—Lo dudo y en consecuencia hemos de evitar con sumo cuidado cualquier expresión acusadora contra su tío Jim, que es su ídolo y al igual en lo que atañe a su tío Cal, hasta que estemos completamente seguros. ¿Conforme?

Bob y Pete asintieron en silencio. Jupiter, levantándose de la silla y desperezándose, terminó:

—Bien, pues adelante. Konrad ya nos aguarda ahí fuera. Quizás ahora vayamos a desentrañar este misterio del «Jungle Land».

Con gesto preocupado se encaminaron hacia la salida. Gustaban de descifrar enigmas, pero el asunto que se traían entre manos aparecía como algo amenazador para alguien. Jupiter se preguntó cómo deberían explicarlo a Mike Hall si llegara el caso de que fuera necesario hacerlo.

Capítulo 15

Muerte negra

Mike aguardaba a los Tres Investigadores en su casa. Luego de saludarlos, los condujo por un sendero que los llevó hasta el principal escenario de la película de Jay Eastland. Era un claro natural en el bosque, bordeado por grandes árboles y maleza espesa. Por el lado del norte había grandes peñascos que parecían la base de un acantilado no muy elevado, pero sí cortado a pico. El borde superior de aquel peñasco formaba como un salidizo que parecía asomarse al vacío.

El lugar aparecía preso de una actividad febril. Los obreros iban de un lado a otro colocando cables y disponiendo grandes proyectores de luz, montados sobre altos y fuertes trípodes de hierro. Eastland estaba en un extremo, hablando con varios artistas y examinando sus gestos, actitudes y aspecto, mientras otros operarios ponían a punto la cámara tomavistas.

Bob, mirando aquel trajín, preguntó:

—¿Acaso ya han comenzado?

Mike contestó:

—Nada de eso. Toda la mañana han estado hablando, pero ahora parece que va a salir el sol y Eastland ha decidido comenzar. «George» actuará en la primera escena.

—¿Qué tal ha pasado la noche? ¿Se ha mostrado nervioso? —quiso saber Jupiter.

—Ha dormido tranquilamente. Doc Dawson le dio un poco de tranquilizante… y ha sido una suerte, porque la pantera puede decirse que se ha pasado la mitad de la noche rugiendo por lo bajo.

—¡Eh, cuidado! ¡No vayas a decirme que tienes otro misterio

preparado! ¡Con un león nervioso ya tenemos bastante! ¡No traigas ahora una pantera!

—Nada de esto, Pete. Lo que ocurre es que todavía debe calmarse del viaje que ha hecho hasta llegar aquí y tiene que habituarse a este ambiente.

—¿Cómo va la herida de «George»? —preguntó Bob.

—Cicatrizando. Apenas se ve dónde se produjo el corte.

Mike, con un ademán, señaló hacia un extremo del lugar que servia de escenario. Allí aguardaba Jim Hall con el gran león a su lado. En aquel momento les vio y los saludó agitando una mano. Los Tres Investigadores caminaron hacia él, sin perder de vista a «George». La enorme bestia amarilla estaba tendida, sus patas delanteras y debajo su enorme cabezota, la mirada de aquellos ojos de amarillentas pupilas, perdida en la distancia. Cuando Jim Hall le frotaba la cabeza, su cola se agitaba lentamente.

—Celebro que hayáis podido venir, chicos —dijo Jim Hall—. Como podéis ver, «George» parece tener un buen día. Ya hemos ensayado esta escena varias veces y estoy seguro de que «George» sabe lo que tiene que hacer —mirando hacia el director y productor, prosiguió—: Espero que Eastland se decida a rodar mientras «George» esté de buen humor…

Como si comprendiera su palabras, el gran león bostezó, mostrando sus amarillentos dientes y desde lo profundo de su garganta emitió un sordo rugido.

Viendo cómo los Tres Investigadores se detenían con aprensión, Jim Hall sonrió diciendo:

—Nada temáis. Está roncando de satisfacción. Indica que está de buen humor —pero mirando a Eastland con impaciencia, prosiguió —: ¿A qué espera este hombre? ¿Acaso cree que hemos de estar todo el día aquí?

El gordo director pareció haber oído aquellas palabras de impaciencia, porque apartándose del grupo de los artistas, cruzó el terreno del escenario y gritó a los operadores de la cámara tomavistas:

—¡A ver, vosotros! ¡Enfocad hacia acá!

Luego de examinar unas notas que asía con una mano, prosiguió:

—¡A ver si estamos atentos para esta escena! ¡Es corta, pero

rápida! ¡Quiero que salga bien a la primera! ¿Entendido?

—Desde luego, las repeticiones aumentan los dispendios —murmuró Pete al oído de Jupiter.

Eastland hizo ademán a una pareja de artistas, masculino y femenino, de que se acercaran a él:

—Usted, señorita Stone y usted, Rock Randall, colóquense ahí —indicó señalando hacia un lugar debajo del salidizo rocoso y prosiguió—: El león aparecerá por encima del salidizo, mirando hacia abajo. Ustedes ambos sostendrán una pelea y cuando Randall esté de espaldas al salidizo el león le saltará encima. ¿Lo han entendido? ¿Alguna pregunta? ¿Usted, Sue? ¿Usted, Rock? ¿Nada?

Eastland, dirigiéndose al operario encargado de la cámara le dijo:

—Mantenga enfocado a Randall y a «George». Cuando éste le salte encima, Randall tratará de luchar con él y se revolcarán por el suelo, pero «George» le echará la zarpa y todo habrá terminado. Corte para pasar a la escena siguiente, lo que permitirá a Hall acudir junto a «George» y calmarlo, mientras preparamos la escena siguiente con Sue. Confiemos en que nada salga torcido.

Con cierta irritación, Jim Hall advirtió:

—«George» sabe muy bien lo que debe hacer, Eastland. Pero cerciórese de que cuando Rock esté tendido en el suelo no trate de levantarse, porque si lo hace, «George» lo tumbará de nuevo. Si permanece quieto, nada ocurrirá.

El director asintió con una mueca y comentando:

—Desde luego, todos esperamos que así sea —pero dirigiéndose a Rock Randall, añadió—: Confío en que su póliza de seguro esté al corriente, Rock.

El aludido, con el rostro pálido, replicó:

—Vamos, déjese de comedias y comencemos el rodaje de una vez.

—Este Rock Randall está pero que muy asustado y el amigo Eastland nada hace por tranquilizarle —murmuró Jupiter a sus compañeros.

Pete, mirando al gran león que continuaba tendido sobre sus cuatro patas, comentó:

—¿Qué os diré? No me extraña que Rock Randall esté algo asustado… ¿Qué cabe esperar de uno si se sabe que de un momento

para otro te va a saltar encima un león?

—Pero «George» está domesticado y entrenado. Ningún daño le hará —protestó Mike.

—Caramba, ahora que lo recuerdo… ¿No tuvo ayer Rock Randall una pelea? —preguntó Bob—. Nada se le advierte.

—Maquillaje —afirmó Pete con acento seguro.

Eastland instruyó a la señorita Sue, diciéndole:

—Después de la escena que he descrito, vendrá la de usted, Sue. Estará durmiendo en su tienda. El león meterá la cabeza y entrará lentamente. No tiene malas intenciones, sino sólo curiosidad. Pero usted se despierta lo ve, y grita. Él rugirá. Esto será todo. ¿Entendido? No vaya a golpearle o a hacer un gesto semejante. Nada de ello. Sólo deberá sentarse, ceñirse las mantas y gritar. ¿Me ha comprendido?

La actriz, llevándose la mano a la garganta, musitó:

—Pero… pero… es que jamás he actuado con un león, señor Eastland. ¿Está usted seguro de que no corro peligro?

Eastland, sonriendo, le mostró un documento que sacó del bolsillo y dijo:

—Esto es lo que afirma su propietario, Jim Hall. Aquí está su garantía escrita con letra negra sobre papel blanco.

La actriz le volvió la espalda sin replicarle.

Pete tocó el hombro de Jupiter indicándole cierta dirección con una mirada. Atendiendo a su gesto, Jupiter vio al hombre de cara de hacha mirando al escenario desde uno de los bordes del campo. Inclinándose hacia Mike, le preguntó:

—¿Oye? ¿Conoces al tipo aquél que hay allí, junto al borde del claro?

—¿El del perfil agudo? Sí, lo he visto antes. Trabaja para Eastland. Creo recordar que se llama Dunlop.

—¿Dunlop? ¿Estás seguro? ¿No será Olsen?

—¿Olsen? De ninguna manera. Ahora recuerdo muy bien *haber* oído a Eastland llamarle Dunlop. Eso es y además… que es un experto en armas de fuego, para mayor detalle.

Jupiter miró a Pete y a Bob para ver si habían oído la afirmación de Mike. Ambos asintieron en silencio, mientras el ahora recién Dunlop se alejaba con paso tranquilo y sin mirar atrás. No pudo evitar un estremecimiento al recordar que en la noche anterior

aquel individuo había lanzado una vaga amenaza de regresar al «Jones Savage Yard» de su tío. Aquello de que fuera un experto en armas de fuego no ayudaba a tranquilizarle.

—¿Qué hay acerca de Hank Morton? ¿Habéis sabido algo de él? —inquirió Jupiter.

Mike, con una mueca de desagrado, respondió:

—No creo que se atreva a venir de nuevo por aquí, aunque estamos muy contentos de que Doc Dawson pudiera curar a «George» como para que pudiera actuar hoy.

—¿Qué hicisteis en su día con la jaula de «George»? Quiero decir dónde la tenéis.

—¿Tenerla? Pues no lo sé. Supongo que debieron arrojarla al cementerio de coches por encima de la cerca. Allí tiramos todo lo que nos sobra de los envíos y recuerdo que aquella jaula estaba harto desvencijada. ¿Por qué lo preguntas?

—Hombre… por nada. Simple curiosidad…

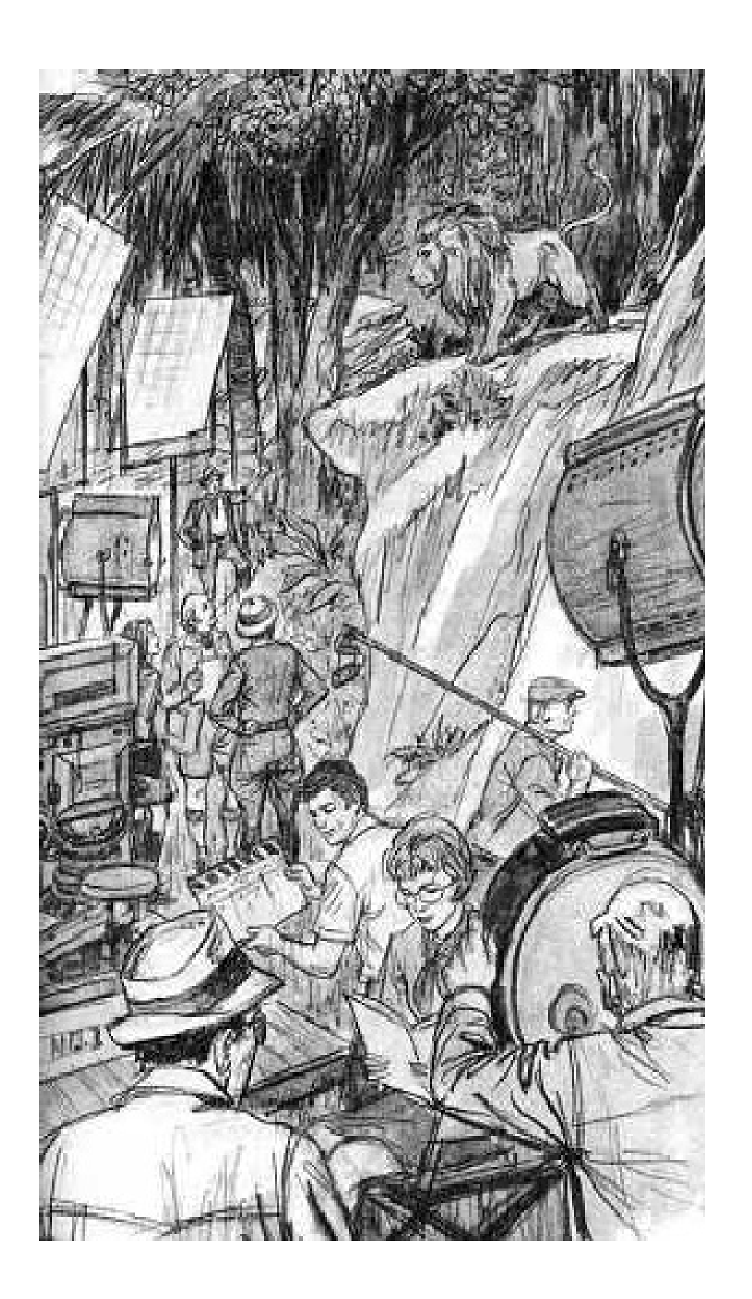
En aquel instante, Eastland chascó los dedos en dirección a Jim Hall diciéndole:

—¡Eh, Jim! ¡Que estamos dispuestos! ¿Vale? Pues coloque el león encima del peñasco y dispóngase usted para actuar.

Jim Hall asintió en silencio y tirando de una oreja a «George» le dijo:

—Hala, compañero, vamos. A ver si nos ganamos la pitanza del día.

Con «George» pegado a sus talones se encaminó hacia el peñasco. Se detuvo, inclinándose hacia delante, susurró algo al oído del león, chasqueó los dedos y señaló hacia la cima del pequeño acantilado. La fiera obedeció inmediatamente, pues con unos pocos saltos se encaramó hasta la cúspide y allí permaneció erguido, mirando hacia abajo con la majestad y la seguridad de quien se sabe el rey de la selva. Jupiter y sus compañeros tuvieron que contenerse para no aplaudirle.



Jim Hall silbó suavemente al mismo tiempo que hacía un gesto con una mano. El león dejó oír un suave rugido, miró hacia debajo de la roca y agitó cola lentamente.

Rock Randall y Sue Stone se colocaron debajo del salidizo. Un operario agitó una pizarra mostrando unos números y gritando:

—¡Preparados para actuar! ¡Silencio! ¡Silencio!

Todas las miradas quedaron prendidas en la escena que se iba a rodar. Jupiter dio con el codo suavemente a sus compañeros al mismo tiempo que con un gesto de la cabeza les indicaba que debían apartarse. Lentamente retrocedió unos pasos. Bob y Pete, luego de una ligera vacilación, le siguieron, pero cuando se hubieron alejado un trecho, Pete rezongó:

—Mira que tienes ideas… Ahora que íbamos a ver cómo actuaba «George»…

Con un encogimiento de hombros Jupiter replicó:

—Confío y espero que el león actuará conforme le han enseñado y entrenado, porque esto nos otorga la ocasión de investigar por nuestra cuenta.

—¿Dónde? —preguntó Bob.

Indicando con un ademán a la casa de los Hall, Jupiter respondió:

—En la región diamantífera.

Los tres muchachos se aproximaron a la casa con cautela suma.

—Las nuevas jaulas están al otro lado de la casa —murmuró Jupiter y prosiguió—: Es lo que deseo ver en primer lugar. Deben ser iguales a la que fue utilizada para «George», o sea para el contrabando. Hemos de ser rápidos y silenciosos, al mismo tiempo que nos cercioramos de que nadie nos ve.

—¿Quién puede observarnos? —preguntó Bob sorprendido, añadiendo—: Todo el mundo está pendiente del rodar de la película.

—Estoy seguro de que te equivocas —contestó Jupiter con acento seguro.

Siguiendo el ejemplo de Jupiter se pegaron contra la pared, junto a la esquina de la casa, escuchando con toda la atención de que eran capaces. Unos instantes más tarde, doblaban la esquina rápidamente e inclinándose por debajo del antepecho de las ventanas siguieron a lo largo de la fachada de la casa.

En la parte trasera vieron ambas jaulas, colocadas una a cada esquina de al casa. Se acercaron a la más próxima y Bob, luego de mirar en su interior, susurró:

—Por ahora nos acompaña la suerte. El gorila parece que está dormido.

En efecto, vieron cómo el simio, hecho una bola, estaba inmóvil en el fondo de la jaula.

—¿Y eso qué importa? ¿Acaso vamos a entrar en la jaula para ver si encontramos esos diamantes? —preguntó Pete.

Jupiter, que caminaba alrededor de la jaula, comentó:

—Veamos… Si estas jaulas contuvieran diamantes… ¿dónde los esconderían? Es de suponer que en un doble fondo o algo semejante en el techo, ¿no es así?

—Desde luego, es lo que se estila… —convino Bob.

—Pero esto sería demasiado sencillo, como tú mismo acabas de decir… esto es demasiado fácil. El exterior de esta jaula parece algo corriente. El marco de madera que asegura los barrotes… No sé, pero me parece que el lugar que me imagino, debe estar dispuesto en el interior. Pero claro, para cerciorarnos tendríamos que sacar al gorila de la jaula.

—¡Menos mal! ¡Creía que ibas a pedirnos que entráramos con el gorila dentro! —observó Pete con un suspiro de alivio.

Jupiter, sin prestar atención a la irónica observación, se apartó de la jaula del gorila y dio unos pasos hacia la de la pantera, diciendo:

—Veamos si hallamos algo en la jaula de la pantera. A lo mejor…

Viendo cómo se interrumpía y alzaba la cabeza alarmado, Bob, sorprendido, le preguntó:

—¡Quietos! ¡No os mováis! ¡No hagáis ningún gesto rápido! ¡No corráis!

—¿Pero qué ocurre? —insistió Bob.

—Mirad hacia delante… ¡La jaula de la pantera está abierta… y vacía…!

Los tres quedaron como clavados en el suelo sin poder apartar sus miradas de la jaula desocupada, mientras un frío estremecimiento descendía por sus espaldas seguido del terror que les sobrecogió al oír detrás de ellos el inconfundible y bajo rugido

de la furiosa pantera negra que se les acercaba.

Jupiter, al que aquella situación le había sobrevenido cuando estaba medio vuelto hacia sus compañeros que caminaban un par de pasos más atrás, vio de reojo dónde se hallaba la fiera. Sin osar un movimiento y casi sin despegar los labios murmuró:

—¡La veo! ¡Está agazapada sobre la rama de un árbol… a unos diez metros… detrás de nosotros! Vamos a probar de separarnos… cuando yo cuente hasta tres…

La voz de Jupiter se ahogó en su garganta al ver cómo se agitaban los matorrales y entre la hierba que tenía enfrente se elevaba el cañón de un rifle, al mismo tiempo que una voz les ordenaba con tono perentorio:

—¡No os mováis!

Los muchachos incluso contuvieron la respiración mientras vieron aparecer detrás del arma la figura del veterinario. Doc Dawson, alerta la mirada de sus ojos grises y el índice doblado sobre el gatillo.

De pronto surgió a sus espaldas un ronco maullido de ferocidad incontenible, al mismo tiempo que el estampido del rifle estallaba en el aire, y los muchachos doblaban instintivamente las espaldas como si ya sintieran la fiera encima, que, efectivamente, cayó en tierra cerca de sus pies. El cuerpo del felino se contrajo un instante para inmovilizarse por completo seguidamente.

Doc Dawson avanzó con rostro serio y pálido hasta llegar junto a las garras delanteras de la pantera y con una de sus botas polvorientas le apretó las uñas al mismo tiempo que decía:

—Una suerte para todos, muchachos, el que yo sea un buen tirador…

—¿Está… está… muerta? ¿De… veras? —tartamudeó Bob, preguntando.

—No lo dudes, chico. Esta vez fue un disparo con bala y lo siento. Jamás imaginé que un día tendría que matar a uno de los animales de Jim —dijo el veterinario con acento pesaroso.

Jupiter, procurando apartar su vista de aquella mancha roja que iba extendiéndose por el suelo, dijo:

—Gracias, doctor Dawson, si no llega a ser por usted… —y luego de tragar saliva, preguntó—: ¿Cómo es posible que estuviera en libertad?

—Confieso que en cierta manera la culpa es mía. Quería reconocerla y en consecuencia le disparé un dardo de inyectable tranquilizador. Fui a dar una vuelta durante unos minutos mientras transcurría el tiempo que había calculado que tardaría en hacer su efecto la droga. Cuando volví, lo primero que vi fue que estaba de pie y fuera de la jaula. Por alguna razón que todavía ignoro, la droga no le había hecho efecto. Corrí a mi «jeep» para coger el rifle que uso para abatir halcones.

—¿Opina que alguien dejó salir a la pantera? —preguntó de nuevo Jupiter.

—¿Pero crees que hay alguien capaz de cometer tal barbaridad? De haber sido así es que debió estar loco. No, lo más probable es que la jaula no estuviera bien cerrada…

—¿Pero y la droga? ¿No pudo ser manipulada por alguien? Quiero decir debilitada…

El veterinario miró a Jupiter con cierta atención algunos instantes y respondió, como hablando consigo mismo:

—Pues… claro… cabe la posibilidad. Dejo mis maletines en cualquier parte, porque jamás se me ha ocurrido desconfiar de nadie —y con gesto preocupado, prosiguió—: No sé qué pensar. Parece como si alguien quisiera hacerle una mala jugada a Jim y si así fuera, francamente, no comprendería por qué… a una persona tan noble como es él…

Pete, inclinándose sobre la pantera, contestó:

—Supongo que no tenía otro remedio que matarla. ¿No es así?

—Desde luego, hijo. Quizás os parezca algo como un gato grande y hermoso, pero creedme que es un asesino, incluso de hombres, de los más fieros y peligrosos.

Mirando a los tres con cierta desconfianza, preguntó el veterinario:

—¿Pero qué hacíais por aquí? Jim Hall me dijo que hoy iríais a presenciar el rodaje de la película y a ver cómo actuaba «George».

—Estuvimos allí, pero francamente… nos cansamos y nos dimos una vuelta por aquí… a ver si descubríamos algo… —contestó Jupiter en forma evasiva.

Mirando a los tres sucesivamente, Doc prosiguió:

—Ya me dijo que os dedicabais a la investigación —y sonriendo, preguntó—: ¿Qué…? ¿Habéis hallado algo interesante?

—Pues no, señor. Está todo tan confuso como el primer día —reconoció Jupiter.

—No puedo deciros que me extraña, porque desde luego, desde hace algún tiempo a esta parte, ocurren por aquí cosas casi sorprendentes… coincidencias que dan qué pensar. ¿Queréis saber algo de lo que estoy sorprendido?

Los tres muchachos le miraron interrogativamente.

El veterinario se puso una tagarnina entre los dientes, mordió un extremo, lo escupió, cogió el cigarro entre los dientes de nuevo, lo encendió y luego de echar una bocanada de humo, dijo:

—Pues es el caso de que cada vez que vosotros venís por aquí se escapa un animal. ¿No os da que pensar?

Los tres compañeros se miraron en silencio, mientras su interlocutor, con seca risita, subrayaba:

—¿Verdad que tengo razón? —y dando con el pie al cuerpo de la pantera muerta, prosiguió—: Volveré dentro de un rato para llevármela. Pero para vosotros, permitidme un buen consejo…

—¿Cuál, señor? —preguntó Bob.

—Estad prevenidos y no os descuidéis.

Sin otra palabra ni de despedida, el veterinario giró sobre la alta y ondulante hierba.

Capítulo 16

Barrotes de hierro

Tan pronto hubo desaparecido el veterinario, Jupiter y sus compañeros se encaminaron a la cerca que separaba la propiedad del cementerio de chatarra. Desde un lugar algo elevado, junto a la cerca, contemplaron los enormes montones de metales y de coches, allí tirados. Por aquí y por allá veíanse algunos obreros ocupados en diversas faenas.

—¿Puede saberse qué hacemos aquí? —preguntó Pete.

—Buscamos diamantes entrados de contrabando y la antigua jaula de «George» —contestó Jupiter.

—¿Crees, acaso, que los diamantes están todavía en la jaula? —interesó Bob.

—Lo dudo, porque al parecer esta jaula ha ido de un lado para otro durante bastante tiempo, pero si la halláramos, quizá nos sugiriera alguna idea…

—Pero Jupiter… a ver si te entiendo. Si los diamantes no están en la jaula, como ya supones, ¿para qué queremos la jaula? ¿Qué esperas hallar en ella? —preguntó Pete.

—Pete, francamente… no sé dónde están los diamantes y creo que tampoco lo saben Olsen o bien Dobbsie…

—Éstos registraron lo que pudieron de aquí anoche y nada hallaron y es de suponer que antes han venido otras noches también. ¿Qué te hace suponer que exista la posibilidad de que seamos más afortunados?

—El que ahora es de día y esto siempre es una ventaja.

—Es de lo más chocante que jamás he oído —replicó Pete.

Uno de los obreros del almacén de chatarra que estaba

trabajando en las cercanías de la cerca divisoria terminó, al parecer, la faena que lo ocupaba y se alejó desapareciendo entre los montones de materiales, quedando solitario el espacio que se ofrecía a su vista.

—Vamos para allá —decidió Jupiter.

Los muchachos alzaron la estaca de hierro que en la noche antes observaron que estaba suelta y por allí entraron en el recinto del cementerio de automóviles. Unos segundos más tarde se hallaban en el centro de varios montones de automóviles, unas pilas enormes que casi parecían montañas.

En el otro extremo del recinto comenzaron aquellos chirridos estridentes que ya conocían.

—Veamos cómo funciona eso que llaman quebranta metales —decidió Jupiter, señalando hacia una enorme grúa, situada en el mencionado extremo opuesto.

Era una máquina enorme y desde donde miraban vieron cómo el maquinista, algo diminuto en aquella cabina de mando, movía una palanca. Se produjo algo como un lastimero sollozo y apareció una gran garra por detrás de uno de aquellos montículos, sujetando un coche viejo.

El maquinista movió otra palanca y la grúa hacia un lado. Aquella garra que asía el coche osciló con el vehículo que sujetaba y de pronto descendió a plomo al mismo tiempo que se abría, dejando caer el automóvil con un claro entrechocar metálico. Inmediatamente oyose el trepidar de un gran motor y vieron cómo el coche avanzaba tambaleándose.

—Una correa o cadena transportadora. Lleva el coche hacia eso que parece un cobertizo pero no lo es —observó Pete, que se había subido a lo alto de uno de aquellos montones.

Lo que denominaban transportador estaba formado por una serie o ringla de plataformas que avanzaba con ciertas sacudidas hacia aquello que recordaba a un cobertizo. Cuando el viejo coche desapareció en su interior, el transportador se detuvo unos instantes y en aquel momento oyose un crujido chirriante, algo que recordaba a un aullido que repercutió en sus oídos intensamente.

—Ahora funciona eso que aplasta el vehículo —comentó Jupiter.

—¡Uf! —exclamó Pete con un estremecimiento—. Parece como si fuera un monstruo que se comiera el automóvil…

La grúa giró de nuevo y su garra pareció oscilar en el aire como si dudara sobre cuál presa caería. De pronto con un aullido bajó de golpe para ascender casi inmediatamente con otro vehículo y de nuevo lo soltó encima del transportador.

—Bien, ya hemos visto cómo funciona. Vayamos a por lo nuestro —recordó Jupiter.

Los tres muchachos merodearon por su alrededor sin hallar nada que llamara su atención.

—Si supiéramos qué forma tiene lo que buscamos… —rezongó Pete apartando con el pie lo que parecía un trozo de desecho.

—¡Alto ahí, Pete! ¿Qué es eso que echas a un lado? —preguntó Jupiter, yendo hacia ello y cogiéndolo.

—Diríase que es un trozo de una jaula, o mejor dicho de lo que fue una jaula —observó Bob.

—¡Qué jaula ni algo parecido! ¿Dónde están los barrotes? ¡Esto no es nada más que el trozo de una caja vieja! —protestó Pete.

—Quizá ya ha pasado por el quebranta metales ese. Recuerda que según Mike, esa máquina selecciona el metal de lo que no lo es —advirtió Jupiter.

—Sí… ¿eh? —objetó Pete alzando un trozo de barra de hierro ennegrecido—. A ver si esta máquina resultaba un fraude. Porque esto es una barra de hierro. ¿Qué te parece?

—¡Muy bien, Pete! ¡Eres un as! ¡A ver! ¡Caramba, cómo pesa! —exclamó Jupiter cogiéndola y dejándola caer.

—¡Parece que tienes los dedos de manteca! —comentó Pete.

—Es que no creía que pesara tanto… —observó Jupiter.

—Si el otro día hubieras descargado aquella tonelada de hierro del camión como me tocó hacerlo a mí, no te extrañarías tanto. Sí, chico, sí. Estas barras pesan lo suyo —admitió Pete, socarrón.

Jupiter, contemplando la barra, murmuró:

—¿Qué te diré…? Pero lo cierto es que diría…

—¿Qué dirías? —preguntó Bob.

—¡Nada! ¡Pero regresemos a nuestro almacén de chatarra inmediatamente! —decidió Jupiter cargándose la barra al hombro.

—¿Pero por qué esta prisa? ¿No te gustan las barras de hierro? Espera hombre, que por aquí estoy seguro de que hallaremos otras.

—No nos interesan. No hay muchas que se ajusten a la idea que tengo.

—¿Cuál es?

—De que contienen diamantes de contrabando —respondió Jupiter, echando a andar hacia la cerca.

No tuvieron que aguardar demasiado a que los recogiera Konrad a su regreso de la vecina población de Chatwick. Durante el trayecto, Jupiter permaneció silencioso, ensimismado y pellizcándose maquinalmente el labio inferior, Bob y Pete que ya estaban acostumbrado a los prolongados silencios de su compañero cuando algo le preocupaba, no le prestaron mayor importancia.

Llegados al almacén de su tío, Jupiter corrió a su taller y deteniéndose ante el banco de ajustador exclamó:

—¡Ha desaparecido!

—¿Qué es lo que ha desaparecido? —preguntó Bob.

—La barra de hierro que cogí anoche cuando nos perseguía Bo Jenkins y otra que había apartado de las demás, también.

—¿Pero qué significa todo esto? —preguntó Pete a su vez.

Sacudiendo la cabeza con impaciencia, Jupiter contestó:

—Ya os lo diré. Vamos a ver al tío Titus. Quizá pueda decirnos algo.

Hallaron a tío Titus en su casa, sentado y fumando su pipa con aire complacido. Al verlos, les saludó, diciéndoles:

—¡Hola, chicos! ¿Qué tal? ¿Os habéis divertido?

—Bastante… bastante… Por cierto, tío, ¿puede decirme…?

—Aquí también nos hemos distraído —le interrumpió el tío Titus y prosiguió—: Sí, señor… creo que he cerrado un buen negocio. Esto es, una buena venta.

—¿Qué has vendido, tío Titus? ¿Acaso… algunas barras de hierro?

El tío Titus se balanceó en la mecedora y asintió diciendo:

—Esto es. Veo que eres listo, Jupiter. Lo has adivinado. Hans y tu tía han recogido todas las que han hallado en el recinto del almacén. Las necesitábamos.

—¿Para qué, señor Jones? —preguntó Bob.

—¿Para qué? Para hacer jaulas, desde luego. ¿No te lo dije hace un par de días, Jupiter? Pues bien, hoy nos habíamos dedicado a las que teníamos y entonces llegó el individuo ese. Resulta que necesitaba algunas jaulas de grandes dimensiones, pero con urgencia. Al parecer algo imprevisto… Total, que las necesitaba

inmediatamente. Claro, he tenido que decidirme de prisa. En fin, que las hemos arreglado todas, pero nos faltaban algunos barrotes.

Con angustia en el corazón, Jupiter preguntó:

—El individuo que ha venido… ¿es el mismo del otro día? ¿Se llama Olsen?

—No, no es ése. Es otro. Muy correcto, muy… agradable. En fin, lo cierto es que si bien tenía el propósito de guardar estas jaulas para un circo, el tipo ése ha sabido hacerme cambiar de propósito.

—Conque sí, ¿eh?

Tío Titus asintió de nuevo al tiempo que soltaba una bocanada de humo y prosiguió:

—Total, que dominado por su porte y simpatía y en vista de que parecía tan apurado, decidí ayudarlo. Hemos trabajado como negros en poner a punto las jaulas esas y fijar los barrotes. Tu tía recordó que te había visto cómo dejabas una barra cerca de tu taller y la ha recogido.

—Tía Mathilda, ¿eh? Vaya, vaya…

—Eso es. Pero todavía nos faltaba un barrote. No sabíamos qué hacer. Entonces a Hans se le ha ocurrido mirar en tu taller y allí encima del banco ha hallado el que nos hacía falta. Supongo que no te importará demasiado, ¿eh? ¿Jupiter? Al fin y al cabo, casi cada día traigo desechos de éstos. En la próxima remesa coges la barra que más te agrade… ¿Conforme?

Jupiter asintió en silencio, resignado.

Tío Titus luego de chupar de nuevo su pipa, prosiguió:

—En resumen, que el comprador ese, casi no daba crédito a sus ojos cuando le mostramos las cuatro jaulas dispuestas para la entrega. Me las ha pagado a cien dólares por pieza y diciendo que sus animales se sentirían en ellas como en su propia casa.

—Oiga, tío… Estas jaulas, ¿las consiguió en Chatwick Valley?

—Ahí fue; sí, señor. En el gran cementerio de coches y de materiales de derribo, pero su principal negocio consiste en la trituración de los coches que allí se abandonan. Tienen una máquina tremenda. Algo que sugiere a un monstruo y la alimentan con eso… con automóviles viejos.

Jupiter asintió, diciéndose que se confirmaban sus sospechas.

Para, si por sí acaso, confirmarlas y mientras el señor Jones se desperezaba y se levantaba de la mecedora, preguntó:

—Este comprador de jaulas… el de los animales, quiero decir… ¿Diole su nombre?

Su tío esbozó una sonrisa, al contestar:

—Claro. Es fácil de recordar —y mirando ante sí prosiguió—. El caso es que ahora… veamos… ¡Ah, si! ¡Hall! ¡Esto es! Se llama: ¡Jim Hall!

Jupiter miró en silencio a sus compañeros.

Capítulo 17

Jupiter explica

Una llamada a la Rent’n-Ride Auto Agency les informó de que Worthington en breve estaría disponible para otro viaje a la «Jungle Land». Mientras aguardaban su llegada, los muchachos se regodearon con un almuerzo en la cocina de la tía Mathilda.

—Bien, Jupiter, ya es hora de que nos expliques de qué se trata —dijo Bob, arrellanándose en el asiento posterior del «Rolls-Royce».

—Pues se trata de algo muy sencillo y evidente. Los diamantes son importados de contrabando por los hermanos Hall, escondidos en los barrotes de hierro.

—Escucha, Jupiter. ¿Estás en tu sano juicio? ¿Te refieres a la barra de hierro que cogí y te la entregué? ¿Estás seguro de que hablas de la misma barra de hierro? —preguntó Pete.

Jupiter asintió en silencio.

—Oye… es que aquella barra era de… hierro, ¿eh?, de hierro sólido, compacto. ¿Cómo se pueden entrar diamantes de contrabando en el interior de algo semejante?

—Desde luego tal como lo expones no es posible. Pero sí si es una barra hueca. Recuerda que yo te dije que tu barra era distinta, quería decir que en su peso se notaba algo diferente. Era más pesada que la que cogí cuando Bob Jenkins nos perseguía y era también más pesada que aquella que puse de lado cuando descargamos el camión de desechos que trajo el tío Titus. Era tan pesada que allí donde chocaba resonaba.

»Tuve la sensación de que ambas barras eran huecas, pero esto

no me ha sido evidente hasta lo que nos dijo mi tío Titus acerca de su venta de las jaulas. La confirmación a mi supuesto la obtuve, cuando mi tío Titus confirmó que había adquirido los barrotes y las cajas en el almacén de desechos donde Jim Hall había arrojado la jaula de “George” y las otras también.

—Pero ¿cómo supiste que las dos barras que tenías, contenían diamantes? —preguntó Bob.

—Bien, lo cierto es que no estaba seguro de ello, hasta que el tío Titus nos dijo que Jim Hall le había comprado las jaulas. Es de suponer que jamás las hubiera comprado de nuevo si los diamantes no hubieran estado en ellas. Mala suerte que tuve el que llegara yo a poseer las barras y de que luego las perdiera. Lo que no comprendo es el porqué esperó tanto tiempo en comprarlas de nuevo.

Pete, con gesto de preocupación, observó:

—Todo esto está muy bien expuesto. Pero… ¿pero por qué si sabía que los diamantes estaban en las jaulas, no las desmontó cuando las recibió?

—Vete a saber. Quizá no se atrevió a hacerlo en la proximidad de su casa. Supongo que las echó por encima de la cerca del cementerio de la chatarra como seguridad circunstancial, creyendo que allí estaban seguras hasta que las recogiera pasado algún tiempo. Pero debieron ser cogidas por la grapa de aquella grúa y mezcladas con otros desechos. Total, que mi tío adquirió aquella partida que comprendía los barrotes y enrejados.

—No cabe duda de que todo está muy bien expuesto. El señor Hall pudo averiguar la dirección del almacén de tu tío por mediación de los propietarios del cementerio de automóviles. Al igual, Olsen y Dobbsie pudieron enterarse del lugar donde se hallaban los barrotes y ahora que lo recuerdo… Olsen sólo pidió barras de hierro cuando vino al almacén de tu tío. ¿No fue así?

Jupiter asintió en silencio.

—Me pregunto si uno de ellos no fue el comprador misterioso —añadió Bob.

—¿Cuál comprador misterioso? —preguntó Pete sorprendido.

—El que compró el lote de barras y rejas a la señora Jones mientras hacíamos nuestra primera visita a «Jungle Land». Quizás aquellas barras contenían diamantes…

—Puedes estar seguro de que no. Pesaban mucho y que lo diga si no el que las descargó. Además, eran más largas que los barrotes de las jaulas —aseguró Pete.

—Me inclinó a la opinión de Pete —observó Jupiter—. Creo que no importa quién compró aquella partida, probablemente fuera alguien que ignoraba todo este asunto. Además… Olsen y Jim Hall comparecieron en nuestro almacén después de aquella venta. Si hubieran hallado los diamantes… pues no habrían venido.

—Pero, Jupiter, ¿qué me dices de la barra que cogiste anoche? ¿Cómo pudo ir a parar allí? —preguntó Pete.

—Quizás estaba suelta y cayó al suelo cuando Jim Hall intentaba arrojar la jaula por encima de la cerca. Lo que me gustarla saber es: cuántas jaulas pueden estar comprendidas en todo esto. Ahora ya sabemos qué es lo que hemos de buscar, pero ignoramos su número.

—Todos estos barrotes tienen el mismo aspecto. ¿Cómo pueden distinguirse uno de otro? ¿Cómo saber cuál es cuál? Cuando llegan la jaulas, los barrotes están clavados en sus marcos… y me pregunto cómo puede saber Jim Hall en cuál barrote ha introducido su hermano los diamantes… —observó Bob.

—Pues ten por seguro que existe un medio infalible —afirmó Jupiter.

Pete y Bob le miraron interrogativamente, si bien ya sabían por experiencia que Jupiter gustaba de guardar la última sorpresa hasta el instante supremo de la solución del enigma.

Bob, encogiéndose de hombros, comentó:

—El caso es que todavía no hemos solucionado el misterio para el cual fuimos llamados y que es: ¿Por qué se pone nervioso el león de Jim Hall? Y si el señor Hall está mezclado en este contrabando de diamantes…, ¿quién deja escapar a los animales de sus jaulas? Si ocurre un accidente, bien pudiera ser que los Hall perdieran la «Jungle Land».

—Cuando hayamos atado todos los cabos, conseguiremos también todas las respuestas. Bien pudiera ser que Jim Hall soltara a «George» cuando fuimos allí por vez primera, algo como… una diversión de nuestra atención. También pudo soltar al gorila y luego afirmar que lo buscaba. Recordad cuan a tiempo llegó… en el momento más oportuno…

—¿Acompañado por Doc Dawson y su escopeta de dardos estupefacientes para salvar nuestras vidas? A ver si todavía vamos a echárselo en cara… —protestó Pete enfadado.

—No olvidemos lo de esta mañana —recordó Bob—. Jim Hall estaba con «George» rodando la escena de la película. No podía dejar al león ir a la terraza y soltar la pantera. Además hay la afirmación de Doc Dawson, diciendo que todo lo ocurrido había sido por culpa suya.

—Quizá… quizá Doc Dawson sepa lo que Jim Hall se trae entre manos y quiera encubrirle y al mismo tiempo proteger a Mike. El caso es que parece que Doc Dawson siempre está a mano y en el momento oportuno. Esto me hace suponer que está enterado de la situación y lo capacita para anticiparse a los acontecimientos… o sea, a lo que va a ocurrir.

En aquel momento el «Rolls-Royce» entraba en «Jungle Land».

—Worthington, por favor, déjenos al pie de la colina en cuyo alto está la casa de los Hall —dijo Jupiter al conductor y dirigiéndose a sus compañeros, prosiguió—: Creo que lo mejor será llegar discretamente.

Los muchachos caminaron hasta la blanca casa que aparecía silenciosa y desierta. Cuando ya casi llegaban a su puerta se detuvieron a escuchar.

—¡Qué raro! —musitó Pete y tras unos instantes prosiguió en el mismo tono—. A ver si ha conseguido los diamantes y ha desaparecido…

Jupiter, tirándose maquinalmente del labio inferior, comentó:

—Hemos de entrar de todas maneras. Le debemos una explicación a Mike.

Sus dos compañeros asintieron en silencio. Jupiter dio un paso hacia delante, pero de pronto se detuvo como si le hubiera asaltado una idea.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bob en voz baja.

—Me ha parecido oír algo… Por si acaso lo mejor será que nos cercioremos de que en la terraza de las jaulas no ocurre novedad alguna, antes de entrar.

Dando media vuelta se dirigió hacia la pérgola que conducía a la terraza. Cuando ya estaban debajo de ella, Jupiter que caminaba delante, dijo:

—Parece que todo está…

Fue interrumpido por algo pesado que le cayó encima, sumiéndole en la oscuridad. Bob y Pete fueron atrapados al mismo tiempo. Los tres muchachos quedaron sujetos por unas manos fuertes, mientras que lo que les habían echado encima ahogaba sus gritos. A pesar de sus esfuerzos pronto quedaron dominados y sintieron cómo los alzaban en vilo y los llevaban en dirección ignorada.

Capítulo 18

¡Atrapados!

Cubiertos por una gruesa manta, los Tres Investigadores eran incapaces de reconocer las voces de sus raptores y deducir adonde los llevaban. Que quienes habían cargado con ellos caminaban por un terreno desigual, lo demostraban las constantes sacudidas que percibían. Uno de los portadores debió tropezar, porque soltó una interjección. La autoritaria voz de alguien le obligó a callarse.

Se detuvo la caravana. Los muchachos sintieron que ataban fuertes cuerdas alrededor de sus cuerpos. Seguidamente los alzaron de nuevo y se sintieron arrojados sobre una superficie elástica. Luego el ruido de una pesada puerta al cerrarse.

Alguien dijo: «Así ya no molestarán más» y seguidamente percibieron el rumor de pasos que se alejaban y luego se produjo un silencio absoluto. Se retorcieron para soltarse de sus ligaduras, pero de pronto se detuvieron en sus esfuerzos para prestar oído a un rumor acompasado que llegaba hasta ellos, al mismo tiempo que se sentían lanzados hacia delante, para columpiarse de nuevo hacia atrás, como si colgaran de un péndulo y todo ello acompañado por un crujido estridente cuya intensidad crecía por momentos. De pronto sintieron que eran alzados a gran altura.

—¡Caramba! —exclamó Bob—. Parece que vayamos montados sobre algo.

—Así parece. Pero francamente este chirrido no me gusta nada. ¡Venga! ¡A ver si podemos quitarnos esta manta de encima! ¡Por lo menos no nos sofocaremos y podremos ver dónde nos hallamos! —urgió Jupiter.

Siguiendo las indicaciones de Jupiter consiguieron hacer deslizar

la manta por encima de sus cabezas.

—¡Más! ¡Más! ¡Cogedla, aunque sea con la punta de los dedos y apartadla! —jadeaba Jupiter.

Continuaron con sus esfuerzos mientras proseguía aquel chirrido estridente y ominoso. Desde abajo venían otros ruidos ensordecedores.

De pronto se sintieron lanzados como si describieran un arco en el vacío.

—¡Es la garra de la grúa! —gritó Pete.

Con un desesperado movimiento convulsivo, los tres muchachos consiguieron por fin libertar sus cabezas.

Frente a ellos sólo vieron el azul firmamento. Por debajo, los montones informes de los coches y de los desechos del almacén de chatarra vecino a «Jungle Land».

Se hallaban atados en el interior de un viejo coche que asía la garra de la grúa, desplazándose por el aire en dirección al transportador del conjunto que aplastaba los coches hasta convertirlos en un bloque de chatarra. Comenzaron a gritar pidiendo socorro, pero el estruendo de aquel monstruo que veían abajo, ahogaba sus exclamaciones.



Pete exclamó con voz entrecortada:

—¡No tiene objeto gritar! ¡Este monstruo no permite que nos oigan!

—¡El maquinista de la grúa tampoco puede vernos! ¡Hemos de soltarnos de estas cuerdas para que podamos llamar su atención! —exclamó Jupiter.

Se retorcieron, y se agitaron intentando librarse de las ligaduras, pero todos sus esfuerzos fueron en vano.

De pronto oyeron un silbido agudo, la garra descendió rápidamente y unos segundos más tardé, abriéndose, soltó el coche y cayeron.

El impacto del golpe casi los proyectó contra el techo, pero inmediatamente sintieron una sacudida y vieron cómo el coche avanzaba para detenerse y volver a avanzar con pausados desplazamientos.

—¡Estamos encima del transportador! —aulló Jupiter—. ¡Nos lleva hacia el desplazamiento! ¡Hay que salir de inmediato de aquí!

Continuaron sus desesperados esfuerzos para librarse, pero las cuerdas eran resistentes y fuertes los nudos.

—¡Golpeemos las ventanillas y las portezuelas! ¡Quizá podamos abrirlas! —gritó Jupiter.

Lo intentaron, pero también fue en vano, atados como estaban por las piernas. Los golpes que podían dar, carecían de fuerza.

—¡Nada podemos hacer! —balbució Pete—. ¡Nuestra única esperanza está en que nos vea alguien… algún obrero!

—¡No es probable, porque estos conjuntos funcionan automáticamente! ¡La detección tampoco nos salvará, porque sólo percibirá metal, que es lo exterior del coche! ¡Nosotros estamos dentro!

—Desde luego, no es cosa de broma —dijo una voz tranquila.

Estupefactos, vieron ante ellos el rostro de «cara de hacha».

—A ver, Dobbsie, abre esa otra puerta —ordenó «cara de hacha».

Con movimientos seguros y fuerza evidente, entre ambos hombres sacaron del coche el fardo formado por los tres muchachos atados y lo dejaron caer al suelo fuera del alcance del transportador. El viejo automóvil, donde habían estado, prosiguió su avance y con ojos desmesuradamente abiertos por el espanto,

vieron cómo era engullido por aquella máquina monstruosa con ruido ensordecedor de metal triturado y resquebrajado.

Con un prolongado suspiro de alivio, Jupiter miró a sus salvadores, pero lo que vio le heló la sangre. Dobbsie esgrimía un cuchillo de ancha hoja.

«Cara de hacha», que comprendió su gesto, le dijo en tono burlón:

—No te asustes, chico. Supongo que os gustará que cortemos las cuerdas que os sujetan, ¿no es así?

Jupiter asintió maquinalmente y miró a sus dos compañeros, que tampoco apartaban sus miradas de ambos individuos. El de ojos de abalorio se inclinó y pasando la hoja del cuchillo por debajo de las cuerdas fue cortándolas hasta que los tres quedaron libres.

Mientras los Tres Investigadores malparados se restregaban brazos y piernas para restablecer la circulación de la sangre en sus miembros, «Cara de hacha» preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? Porque parece que hemos llegado en el momento más oportuno.

—Alguien nos echó por sorpresa y rápidamente una manta por encima, nos tiraron al suelo, nos ataron y nos arrojaron a interior de un coche viejo. Al parecer estábamos destinados a desaparecer en el interior de ese monstruo —dijo Jupiter señalando hacia el conjunto quebranta metales con un violento estremecimiento—. Muchas gracias por haberlo impedido.

—¿Tenéis idea de quién os secuestró?

—No, señor. Todo sucedió muy rápidamente. Doblábamos la esquina de la casa de los Hall, allí debajo de la pérgola… —e interrumpiéndose, Jupiter preguntó a su vez—. ¿Cómo supieron que estábamos en el interior del coche?

«Cara de hacha» suspiró con resignación al mismo tiempo que miraba a su compañero y contestó:

—Estábamos entre estos montones de chatarra. Dobbsie observó cómo unos individuos metían algo en el interior de un coche. Nos apresuramos a ir hacia allá, porque aquello nos había llamado la atención. Pero antes de que llegáramos junto al coche, bajó la grapa de la grúa, lo agarró y lo soltó encima del transportador. No podíamos llamar la atención del maquinista como tampoco detener la marcha del transportador. En consecuencia, tuvimos que

proceder como lo hicimos.

Pete se estremeció, murmurando:

—Me parece imposible que él haya querido acabar con nosotros de esta manera. Francamente, no puedo creerlo…

—¿Quién…? ¿Y qué sabéis vosotros, para que alguien quiera suprimiros radicalmente? —Inquirió «Cara de hacha».

—Estamos investigando algo e incluso sospechamos de alguien, pero no podemos decir nombres hasta que no podamos demostrar la veracidad de nuestras declaraciones —contestó Jupiter.

—¿Conque no podéis dar nombres, eh? Casi creo que mejor hubiera sido que nos hubiésemos mantenido al margen de vuestra suerte y os hubiéramos dejado acabar vuestras investigaciones ahí dentro —observó «Cara de hacha» indicando con un gesto hacia el interior de la máquina que continuaba engullendo automóviles.

Jupiter replicó con tono decidido:

—A decir verdad, el comportamiento de ustedes también nos ha hecho sospechar, pero supongo que nada tienen que ver con el contrabando de diamantes, porque de ser así no nos habrían salvado de una muerte segura.

«Cara de hacha» miró a su compañero exclamando:

—¿Qué te decía? ¡Este chico es de cuidado! —mirando a Jupiter, prosiguió—. Incluso creo que sabes dónde están.

—Claro que lo sé, pero no voy a decirlo —contestó Jupiter lentamente.

«Cara de hacha» dirigiéndose a Dobbsie, le dijo:

—Vamos, compañero, que aquí está visto que perderemos el tiempo y mientras charlamos, quizás ellos desaparezcan.

El interpelado acercó su rostro a Jupiter y le advirtió con rostro serio, alzando un dedo como reconviniéndole:

—Amigo, te advierto que este asunto no es para niños. ¡Id con mucho cuidado!

Lo amenazador de aquella advertencia era evidente y sin añadir otra palabra el llamado Dobbsie giró sobre sus talones para unirse a «Cara de hacha» que se alejaba con paso ligero, dejando que los chicos meditaran sobre su aviso.

Capítulo 19

En el saco

Fue Mike Hall quien les abrió la puerta en respuesta a su llamada. Con sorpresa evidente, les saludó diciendo:

—¡Jupiter! ¡Caramba! ¡Qué sorpresa! ¡No os esperábamos!

—Ya nos lo suponemos —respondió Jupiter entrando en el vestíbulo—. Oye… el señor Olsen, el individuo a quien llamas Dunlop, y un amigo suyo, ¿han venido por aquí?

—No. ¿Por qué?

Eludiendo la contestación con un encogimiento de hombros, Jupiter prosiguió:

—Supongo que tu tío no estará en casa, ¿eh?

—¿Mi tío? Claro que está aquí. Descansa en la parte posterior en compañía de «George». Aguarda, que voy a llamarle.

Cuando quedaron solos, Jupiter miró a su compañero algo sorprendido.

—Francamente, me sorprende. Estaba seguro y convencido de que aquellos dos venían hacia acá —observó Pete.

—Quizás estén examinando las jaulas —sugirió Bob.

—¿De cuáles jaulas habláis? —preguntó alguien a su espalda.

—De sus jaulas viejas, señor Hall —respondió Jupiter.

—¿Pero qué queréis decir? —preguntó de nuevo el señor Hall, con tono sorprendido.

—De las que usted ya sabe, señor Hall. Usted compró de nuevo la jaula que había sido de «George» junto con otras tres, a mi tío Titus.

—¿Que yo he comprado unas jaulas… decís?

—Eso es. Usted compró las jaulas y se las llevó inmediatamente.

Las jaulas en cuyos barrotes hay los diamantes traídos de contrabando —aseguró Bob con tono firme.

Jim Hall miró, uno tras otro, a los tres muchachos con asombro y por fin contestó:

—Veamos. Vamos por partes, porque no os comprendo. Pero quizás hoy mi cabeza no rija bien, o sea cosa de mis oídos.

Bob, apoyándose ora en un pie ora en otro y algo inseguro, prosiguió con evidente embarazo:

—Pero, claro, ya me supongo de antemano que usted nada tiene que ver con nuestro rapto e intento de eliminación mediante esa máquina que convierte en chatarra a los automóviles.

Sacudiendo su cabeza como si quisiera alejar una pesadilla, Jim Hall se dirigió a Mike, preguntándole:

—Oye, Mike… ¿Sabes acaso de qué me hablan tus amigos?

—No entiendo ni una palabra —respondió el muchacho.

—Señor Hall, a ver si nos entendemos —sugirió Bob—. Usted nos llamó para que le resolviésemos un misterio. ¿Qué era lo que ponía nervioso a «George»? ¿O quién? De nuestras averiguaciones resulta que su hermano Cal le envía diamantes con algunos animales. Algunos barrotes de las jaulas que contienen estos animales están repletos de diamantes, pero por alguna circunstancia ignorada, algunas jaulas se extravían y usted las compra de nuevo en el almacén de chatarra del señor Titus Jones, tío Jones, de nuestro amigo Jupiter, aquí presente.

—¡Estás loco! ¡Completamente loco! —estalló Mike—. ¡He estado con mi tío Jim continuamente desde la primera hora del día y afirmo que no ha salido de «Jungle Land» en todo el día!

Jupiter miró al señor Hall con estupor, preguntando:

—¿De veras?

Hall asintió en silencio.

—Mi tío nos dijo que había vendido las jaulas a una persona llamada «Jim Hall». Lamento el que me pasara por alto el no haberle pedido que me describiera cómo era. Pero ahora creo adivinar que era…

—¿Dobbsie? —aventuró Bob.

—Es posible —convino Jupiter—. Porque mi tío ha afirmado que no era el llamado Olsen-Dunlop. Entonces es muy posible que fuera Dobbsie.

Mirando a Hall, preguntó:

—¿De veras usted nada sabe acerca de unos diamantes?

—Incluso no sé de lo que me estás hablando —afirmó Jim Hall.

—Dígame… ¿Por qué se desprendió de la jaula de «George»?

Jim Hall, encogiéndose de hombros, contestó:

—Me pareció ridículo e inapropiado el mantener a «George» en una jaula si estaba decidido a domesticarlo con cariño y afabilidad. Me pareció que perdíamos cierto contacto, confianza diría yo, entre ambos, cada vez que lo encerraba en su jaula. Cuando se vino a vivir con nosotros, decidí comprobar la fidelidad y el cariño de «George». Entonces fue cuando decidí deshacerme de la jaula y la arrojé por encima de la valla, al campo de cementerio de coches y de chatarra. Desde entonces, «George» se convirtió en un habitante o vecino alojado en la casa como Mike o bien yo mismo.

—Pero usted tuvo la jaula algún tiempo ahí en el exterior, luego de haber decidido alojar a «George» en el interior de la casa, ¿no es así? —persistió Jupiter.

—Así fue. Hasta hace poco. Me decidí a tirarla cuando Eastland vino con la proposición de alquilar a «George» para la película que tenía en proyecto. No quise darle la idea o sugerirle que «George» es o fuera una bestia salvaje. Desde aquel instantes o bien desde entonces Jay Eastland consideró a «George» como un animal doméstico cualquiera, claro… algo particular y voluminoso.

Con semblante contrito, Jupiter dijo:

—Señor Hall, le ruego me acepte mis disculpas. Al parecer todas mis elucubraciones y suposiciones han sido erróneas.

—Jupiter, no te lo tomes tan a pecho. En la vida todos cometemos equivocaciones, pero te agradecería que me dijeras de lo que se trata, con todo detalle.

Jupiter comenzó desde el principio del caso, explicando cómo llegaron las jaulas al almacén de chatarra y material de derribos del «Jones Savage Yard» y seguidamente del intento de compra del llamado Olsen, añadiendo:

—Mike me ha dicho que se llama Dunlop y que está al servicio del señor Jay Eastland. Pero en casa, quiero decir en el almacén, nos dijo que se llamaba Olsen. Es un individuo delgado, de perfil, le llamamos «Cara de hacha».

—No le conozco personalmente, pero lo he visto por ahí en los

lugares donde se rueda la película.

—Anoche estaba en el recinto ese, vecino de usted, que es el almacén de chatarra —intervino Bob—. Estaba allí con alguien llamado Dobbsie. Hablaron mucho acerca de unos diamantes entrados de contrabando. Nosotros nos imaginamos que formaban parte de una banda que contrabandistas o algo semejante. Pero ha resultado que ambos nos han rescatado de una muerte cierta cuando íbamos a ser tragados por esa máquina revienta coches que ha allí abajo.

Jim Hall, que les había escuchado con suma atención, cuando terminaron, les dijo:

—Muchachos, lo siento, pero nada he entendido ni sé de todo cuanto me habéis dicho. Quizá sea todo esto o parte de ello lo que ha puesto nervioso a «George» y bien puede ser que de alguna forma sean introducidos diamantes de contrabando. Pero algo puedo afirmaros —y al decir aquellas palabras los ojos de Jim Hall brillaron con dureza—. ¡Mi hermano Cal nada tiene que ver con todo esto que habéis contado!

Luego de unos instantes de silencio, Jupiter preguntó:

—Señor Hall, ¿puede usted decirnos de cuáles otras jaulas se han desprendido en los últimos meses?

—Un año atrás arrojamos como inservibles dos o tres jaulas viejas, pero la última fue la de «George» —contestó Jim Hall.

—Pues quizás ésta fue el comienzo de todo —sugirió Jupiter, y de pronto preguntó—: ¿Qué tal se encuentra hoy?

Sonriendo satisfecho, Jim Hall respondió:

—De primera. Esta mañana ha actuado estupendamente en aquellas escenas de la película y ahora está dormitando. Doc Dawson le ha dado un tranquilizante.

Jupiter, dirigiéndose a sus compañeros, dijo:

—Chicos, lo mejor será irnos… todavía nos queda algo por hacer.

Mike Hall, al despedirlos junto a la puerta, les dijo:

—Confío en que vendréis cualquier otro día. Mi tío Jim no está enojado por vuestra…

—Tiene sobrada razón para estarlo. No debía haber expuesto una acusación o decir palabras que a ello semejaran, sin la suficiente evidencia. Mike, lamento lo ocurrido y os ruego de nuevo

que excuséis mi desagradable comportamiento.

Al salir, Jupiter tropezó con el umbral. Para detener su caída echó mano al marco de la puerta, dio un grito y la apartó, agitándola.

—¡Caramba! —y mostrando un dedo con algunas gotas de sangre, exclamó—: ¡Mal día hoy! ¡Al parecer, me he clavado una astilla!

—Chico, verdaderamente no estás de suerte. Ven, voy a ver si encuentro una tira de tafetán para esa herida —ofreció Mike.

—Bah, no tiene importancia —replicó Jupiter, chupándose el dedo—. Sólo es una herida pequeña, insignificante:

—¡Ni hecho adrede! ¡Mira, aquí hay uno de los maletines de Doc Dawson!

Jupiter, mirando a un maletín que estaba sobre el asiento de una silla en el vestíbulo, preguntó a Mike:

—¿Crees que podríamos ver si tiene ahí algo de esparadrapo?

—¡Claro, Jupiter! ¡Si es lo que te quería decir! ¡Véamoslo!

Jupiter abrió el maletín y echó mano de un rollo de cinta envuelta con papel azulado. Con una uña partió la cubierta de protección. Pegada a ella había una pequeña hoja de papel amarillo que cayó al suelo.

Mike, recogiéndola, dijo:

—Al parecer es una receta de Dawson. Vuelve a ponerla en el maletín, Jupiter.

Jupiter miró casualmente a la hoja de papel aquélla. Sus labios murmuraron algo y su mirada quedó fija en el muro.

Bob, ante aquella actitud, le preguntó:

—¿Ocurre algo, Jupiter?

Jupiter sacudió la cabeza y luego de mirar de nuevo al trozo de papel amarillo que sostenía en la mano, murmuró, asombrado:

—No… no puedo creerlo —y luego de un prolongado suspiro, prosiguió—: Claro, que ahora todo se explica.

—¿Qué es lo que no puedes creer y que todo se explica? —inquirió Bob.

Presentándole aquel trozo de papel, Jupiter le respondió:

—A ver, leed esto.

Mike, Bob y Pete, en el papel que les mostraba Jupiter, leyeron:

—DOX ROX NOX EX REX BOX.

Mike, extrañado, preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—¿Que qué quiere decir? Que alguien de quien jamás sospechamos es quien está en el centro de este enredo —contestó Jupiter, agregando—: Claro, ahora todo encaja.

—¿Pero de qué hablas? —preguntó Jim Hall, que se les había acercado.

—De algo que no va a gustarle. Se trata de Doc Dawson —advirtió Jupiter.

Jim Hall, sonriendo, replicó:

—Creo que no sabes de lo que hablas, muchacho. Doc es antiguo amigo nuestro y un caballero. Déjame ver esa hoja.

En el instante en que tendía la mano para coger la hoja aquélla, abriose la puerta para dar paso a un individuo corpulento, de cabeza rapada y brazo tatuado, que dijo:

—Vengo a recoger el maletín de Doc. Parece que lo olvidó aquí.

Frunció el entrecejo al ver el maletín abierto y acentuó su gesto al observar el trozo de papel que Jupiter sostenía con la mano. Sus labios se plegaron iracundos al decir:

—Veo que te has entretenido en husmear lo que no debías, chico.

Antes de que Jupiter pudiera evitarlo, Bo Jenkins le arrebató aquella hoja de papel. La dobló con una de sus manazas y echó mano del maletín, mientras Jim Hall le decía con tono tranquilo:

—Un momento, Bo. Aquí pasa algo que deseo poner en claro…

Con rápido gesto, Bo sacó un revólver y encañonándolos, dijo:

—Hall, no se mueva si no quiere algo que no le interesa. Tenemos lo que queríamos y nada nos detendrá.

Jupiter, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Usted es quien fue al almacén de mi tío y compró las jaulas diciendo que… era Jim Hall!

Sonriendo sardónicamente, Bob replicó:

—¡Pero qué chico tan listo eres!

Cuando Bo cogía el maletín, Jim Hall silbó suavemente:

Unos pasos pesados y suaves, ligeros a la par que rápidos y ominosos, se oyeron en la estancia vecina y por el marco de la puerta asomó la cabeza de un león, que como si obedeciera a una orden silenciosa clavó sus pupilas en Bo Jenkins. Bajó la cabeza,

abrió las fauces y agitó la cola, dejando oír un lento roncar de mal augurio.

Jupiter se abalanzó a la puerta de salida, cerrándola y apoyando su espalda contra ella.

Bo Jenkins giró sobre sí mismo revólver en alto.

—Suelte el arma, Bo —prosiguió Hall con calma—. Suéltela porque será lo mejor para usted. No irá a ninguna parte. Dé un paso y «George» lo derribará de un zarpazo. Usted bien lo sabe. ¡Siéntese! ¡Cuida de él, «George»!

El león bostezó como si fuera un aviso y avanzó hacia Bo, que dejó caer el arma con mano temblorosa.

—Comenzamos a entendernos —añadió Jim Hall inclinándose para recoger el revólver y reiterando a Bo Jenkins para que se sentara en la silla. El león se sentó sobre sus cuartos traseros junto a la silla que ocupaba Bo Jenkins y sin quitarle la vista de encima.

Jim Hall, reclinándose contra el muro y con voz tranquila, dijo:

—Bien, ahora, Bo Jenkins, díganos lo que sepa acerca de unos diamantes entrados de contrabando en el país. ¡Hable!

Capítulo 20

Fin del enigma

Cuando doblaron un recodo del camino, Mike, señalando hacia una casita que se alzaba junto a un establo, explicó:

—Ahí es donde vive Doc Dawson. Detrás de la casa está el dispensario.

Hasta ellos llegó claro y distinto un martilleo repetido.

Jupiter, sonriendo, observó:

—Ahora tropieza con una dificultad con la que jamás contó. Cuando mi tío Titus clava o sujeta algo, lo hace a conciencia.

—¿Qué quieres decir?

—Pronto lo verás —contestó Jupiter con aire sibilino.

En el camino que conducía al establo había un camión ligero y a su lado, tumbadas sobre el suelo, cuatro jaulas. El grisáceo veterinario estaba inclinado sobre una de las jaulas empuñando un martillo con una mano y asiendo unas potentes tenazas con la otra.

Al oír los pasos de los que llegaban, Doc Dawson se enderezó y frunciendo el entrecejo miró a Jim Hall y a los chicos que avanzaban hacia él.

—Hola, Jim. ¿Vosotros por aquí? ¿Ocurre algo?

El interpelado, dejando caer el maletín del veterinario a los pies de éste, contestó con tono indiferente:

—Nada de particular, Doc. Pero me dijeron que te habías olvidado el maletín y hemos venido a traértelo.

—Gracias, Jim. He pedido a Bo Jenkins que me lo trajera y por cierto que a Bo lo necesitaba para manejar estas jaulas.

—Pues Bo está muy ocupado en estos momentos. No podrá venir, pero si quieres que te echemos una mano… ¿Qué necesitas?

¿Qué podemos hacer?

El veterinario, luego de mirar un instante el martillo que tenía en una mano, respondió:

—Oh, en realidad no es nada importante. Sólo deseaba cerciorarme de que los barrotes son buenos y están bien fijos. Como ya te dije, hay que evitar cualquier nuevo accidente, porque ese tipo de Eastland es capaz de quitarte hasta el último céntimo si se escapa otro animal.

Hall, sonriendo, contestó:

—Gracias, Doc. No sabes en cuánto aprecio tu interés —y dirigiéndose a Jupiter, preguntó—: ¿Puedes determinar cuáles barrotes son?

—Creo que sí, señor. Pero necesito un martillo, ése, por ejemplo.

—No creo que eso sea un problema. ¿Puedes prestarle el martillo a este chico, Doc?

Tras un instante de vacilación, Doc Dawson ofreció el martillo a Jupiter y preguntando:

—¿Pero de qué se trata?

—Verás, amigo Doc. Estos chicos son ese grupo que se denominan Los Tres Investigadores y como sin duda recordarás los contraté para que determinaran qué era lo que provocaba el nerviosismo de «George». Ahora parece, según afirman, que en el asunto hay algo relacionado con unos diamantes importados de contrabando.

—¡No me digas! —exclamó Doc Dawson y mirando a Jupiter preguntó—: ¿Pero tienes alguna idea de dónde pueden estar?

—Estoy convencido de que sí. Por favor, si quiere hacerse a un lado…

—Claro, no faltaba más —se apresuró a contestar Doc Dawson apartándose, y advirtiendo—: Pero no golpees con demasiada fuerza, no sea que aflojes los barrotes, que bastante me han costado de asegurar.

—No ha sido usted quien los ha fijado, sino mi tío Titus y su ayudante Hans, en nuestro almacén de chatarra y de derribos —objetó Jupiter.

Doc Dawson no pudo evitar un gesto de sorpresa, mientras Jupiter proseguía:

—Usted ya ha advertido que ellos no pusieron los barrotes de la

misma manera de como estuvieron antes. Mi tío Titus es eso que se dice algo quisquilloso en lo que atañe a las reclamaciones de sus clientes y las evita en todo cuanto puede. Por esto mi tío y Hans han empernado y atornillado estos barrotes en forma de que no puedan soltarse como antes ocurrió.

—Caramba, qué concienzudo.

—Así es. Por lo tanto ya puede golpearlos, que no los soltará. Para lo único que puede servirle el martillo es para esto —explicó Jupiter caminando alrededor de la jaula y golpeando los barrotes uno a uno. Se detuvo ante el cuarto lo golpeó de nuevo y prosiguió hasta hallar otro que llamó su atención. Señalando con un gesto al primer barrote que había golpeado por dos veces, prosiguió:

—La mayoría de estos barrotes están oxidados, demostración de que han estado al aire libre y expuestos a la lluvia y al viento durante bastante tiempo. Corresponden a cualquiera de las jaulas que el señor Hall desechó. Pero este barrote, que también está oxidado, además es hueco. Lo demuestra el sonido del martillo, ¿lo oye? En consecuencia, cabe admitir que este barrote procede de la jaula de «George».

Golpeando el otro barrote, situado casi en la parte opuesta del anterior en la misma jaula, Jupiter prosiguió:

—Éste también es hueco —y para demostrarlo lo golpeó de nuevo—, pero como pueden advertir, tiene una apariencia distinta al otro. Es más nuevo. Corresponde pues a la jaula del gorila. La noche en que llegó, Bo lo sacó de la jaula del gorila y éste, aprovechando el hueco, dobló ambos barrotes inmediatos y salió por allí. Cabe suponer que el gorila intentó seguir a Bo y éste, aterrorizado, echó a correr, arrojando el barrote, presa del pánico. Fue una pura casualidad el que yo tropezara con él.

—¿Pero cómo podía saber Bo Jenkins que lo tenías? —preguntó Mike.

—Aquella noche en que nos vio, lo estaba buscando. Nos oyó, consiguió enfocarnos con la luz de su linterna y vio cómo yo llevaba el barrote. Ya nos había visto antes y probablemente Doc Dawson le había dicho quiénes éramos y de dónde veníamos. Fue al almacén de mi tío y halló a éste trabajando con las jaulas. No cabe duda de que respiró con alivio cuando le dijeron que todavía faltaban barrotes. Claro que no tenía seguridad absoluta, pero había muchas

probabilidades de que el barrote procedente de la jaula del gorila también estuviera allí. Pero desde luego ignoraba que también estuviera el barrote de la caja del león «George».

—¿Cómo puedes estar seguro de que éstos son los barrotes que buscamos? —preguntó Mike.

—Desde luego, para cerciorarnos hay que quitarlos de ahí. Pero estoy completamente seguro de que hallaremos los diamantes en su interior, por cuanto he empleado el mismo medio que en estos casos utilizan los contrabandistas para localizarlos.

—¿Estás seguro? —preguntó de nuevo Mike.

—Claro. El cable así lo dice y Doc Dawson lo ha confirmado. El cable se lee DOX ROX NOX EX REX BOX (lo que significa, lo hemos comprobado), por: Golpead los barrotes en la jaula del león y hallaréis los diamantes insertos en el muelle. 5X, supongo ahora que significa algo semejante a «en primer» lugar, o sea, sacad en primer lugar los del león. Un acertado consejo, teniendo presente lo ocurrido en su día con el gorila.

»Ahora, ¿recuerdan lo que hizo Doc anoche cuando trajeron de nuevo al gorila? Doc comprobó todos los barrotes de la jaula con el martillo. Al igual procedió con la jaula de la pantera. En aquel momento pudo parecer algo innecesario comprobar la seguridad que otorgaban los barrotes. Pero Doc lo que buscaba eran los diamantes, probablemente cerciorándose de que Jenkins había sacado el barrote que interesaba o bien de que no había otros. Hallada y convenida la manera de entrarlos de contrabando y el cable informándolos de que tuvieran en cuenta los barrotes huecos… era cosa fácil. Todo barrote que sonara a hueco significaba que contenía diamantes.

Jupiter, dirigiéndose a Doc Dawson, le preguntó:

—¿Tendría la bondad de prestarme esas tenazas por unos momentos?

Doc se las tendió en silencio.

Jupiter ajustó las tenazas en el extremo del perno que fijaba el barrote y con unos pocos movimientos de rotación lo sacó de su encaje. Repitió la operación con el perno del otro extremo. Tomó el martillo y golpeó el barrote hasta que salió de entre la madera. Cuando lo tuvo en sus manos, Jim Hall y los otros chicos le rodearon.

Jupiter, con el martillo, hizo saltar el extremo superior del barrote, giró éste poniéndolo boca abajo y lo golpeó suavemente con el martillo. Del interior fueron cayendo al suelo un montoncito de piedrecillas amarillentas.

—¿Esto son los diamantes? —preguntó Pete con aire dubitativo.

—Sí, Pete. Esto son diamante, en bruto. Falta cortarlos y pulirlos. Así, tal como lo ves, es como los hallan en los campos diamantíferos.

—Pues hay bastantes —observó Bob.

Jupiter, sonriendo y mirando al montoncito de lo que al parecer eran simples guijarros, expuso:

—Recuerda que el llamado señor Olsen-Dunlop mencionó seiscientos «K». Seguramente quería decir «quilates». Un quilate parece que vale aproximadamente mil dólares. Teniendo en cuenta el tallado, cabe suponer que aquí hay medio millón de dólares, lo que sumado al mismo valor que probablemente hay en el barrote de la jaula del gorila, dan un total de un millón de dólares.

Jim Hall, contemplando aquellos guijarros, dijo en voz alta:

—Lo siento, Doc, pero creo que debes explicarte.

Al no recibir respuesta, apartó la mirada del montón de piedras y miró a todos los lados. Doc Dawson había desaparecido, pero al mismo tiempo oyeron cómo el motor del camión se ponía en marcha.

En el momento en que los chicos corrían hacia el camión, éste retrocedió y casi al mismo tiempo salieron de entre los árboles dos coches que con rápidas maniobras le cortaron el camino. De cada uno de ambos vehículos salió un hombre.



—¡«Cara de hacha» y Dobbsie! —exclamó Bob en alta voz.

Los recién llegados se abalanzaron hacia Doc Dawson, sujetándolo cuando intentaba huir, y lo llevaron hacia el establo.

—¿Pero qué ocurre aquí? ¿Quiénes son ustedes? —preguntó Jim Hall.

—Éste es el señor Olsen… y corre detrás de los diamantes desde el principio de este asunto —dijo Jupiter.

—No se llama así. Su nombre es Dunlop y trabaja con Jay Eastland —rectificó Mike.

«Cara de hacha», meneando la cabeza con una mueca, afirmó:

—Nada de esto, chicos. Ambos estáis en un error. El nombre es Stevenson.

Al mismo tiempo sacaba del bolsillo una cartera de piel mostrando una tarjeta que a ella estaba adosada.

Jupiter, con una ojeada, comprendió de qué se trataba y con rostro enrojecido admitió:

—Desde luego, la tarjeta de identidad bien dice eso de Stevenson —y mirando al hombre prosiguió—: Creíamos que formaba parte de la banda.

Como si quisiera quitarle importancia a aquello, su interlocutor explicó:

—Es fácil confundirse, porque los funcionarios de la aduana con frecuencia hemos de actuar con harta discreción. Éste es Dobbs, pertenece al Ministerio de Hacienda, es decir, que ambos trabajamos para el mismo patrono: el gobierno de los Estados Unidos. Desde hace mucho tiempo estamos empeñados en destruir a una importante banda de contrabandistas.

Dobbs, abarcando con un ademán las piedras amontonadas en el suelo, dijo:

—Parece que el muchacho nos ha librado de algunos quebraderos de cabeza. Sabíamos que Dawson recibía diamantes, pero nada podíamos hacer hasta que no poseyéramos alguna evidencia. No sabíamos dónde hallarlos y ésta es precisamente la prueba que necesitábamos.

—Hallarán más en el otro barrote —afirmó Jupiter.

El agente del Ministerio de Hacienda, tocando con la punta de su zapato a los diamantes, observó:

—Ahora lo que nos conviene es hacernos con el segundo

hombre… el Bo Jenkins ese. Me parece que ha puesto tierra por medio.

—No lo crea así. Nos aguarda en casa —advirtió Jim Hall.

Ambos le miraron sorprendidos e incrédulos.

—Pueden estar seguros de que allí lo encontraremos. «George» le hace compañía.

Dobbs, asombrado e incrédulo, preguntó:

—¿Cómo dice «George»… el león?

Jim Hall asintió en silencio.

Stevenson, dando a Jupiter una ligera palmada en el hombro, le preguntó:

—Bien, el investigador… que ha hallado ya medio millón… ¿tendría la bondad de enseñarnos cómo se consigue otro botín igual?

Jupiter se encaminó hacia la jaula y ya junto a ella, indicando el segundo barrote sospechoso, explicó:

—Señores, pueden comprobar que este barrote no está tan oxidado como el anterior que también lo hemos conseguido de esta misma jaula, si bien originalmente estaba en la del león. Este barrote procede de Ja jaula del gorila, de recepción reciente y…

Bob y Pete cambiaron miradas de resignación entre sí, porque se disponían a escuchar una disertación larga y compleja. Su jefe gustaba de explicaciones prolijas, pero en aquella ocasión fueron interrumpidas por una carcajada estridente de Doc Dawson, que con gesto de quien ha apostado mucho y lo ha perdido todo, exclamó:

—¡Bien, basta de tanta palabrería! ¡Sacad eso de ahí dentro, para que, por lo menos, pueda ver cuánto he perdido! ¡Luego os lo contaré todo!

Capítulo 21

Algunas preguntas del señor Hitchcock

Una semana más tarde Los Tres Investigadores estaban sentados en el despacho del señor Alfred Hitchcock, contándole sus últimas aventuras, mientras el famoso director les escuchaba sonriendo desde detrás de su escritorio.

Terminado el relato, el señor Hitchcock, comentó:

—Muchachos, habéis llevado a cabo una gran labor y eso que me habéis contado del león nervioso es muy interesante y celebro que hayáis resuelto el caso tan perfectamente. ¡Os felicito!

—¡Gracias, señor! —contestaron los tres al unísono.

—Pero hay algunos detalles que quisiera comentar. Por ejemplo, lo de la máquina de triturar vehículos. ¿Creéis que fue un accidente? Por poco os cuesta la vida.

—Pues aunque lo dude, fue un accidente —aseguró Bob—. Verá: Bo Jenkins y Doc Dawson nos ataron y nos arrojaron a su coche viejo, para que no les estorbáramos en sus planes. Jamás imaginaron que un vehículo tan apartado, situado en el extremo más alejado del recinto, fuera cogido casi inmediatamente por la grapa de la grúa y soltado sobre el transportador.

—Es de esperar que en la próxima ocasión en que esos tipos quieran apartar a un inoportuno tengan más cuidado —observó el señor Hitchcock y entrelazando las manos prosiguió—: Pero ¿y ese Hank Morton? ¿Cómo encaja? ¿Soltó al león y luego lo hirió deliberadamente? ¿Por qué huía en la noche en que se escapó el gorila? ¿Tenía algo que ver con lo de los diamantes?

Fue Bob quien contestó de nuevo, diciendo:

—No, señor. Su intervención fue casi casual. Regresó a «Jungle

Land» porque quería hablar de lo que había sido el motivo de su despido. Según nos ha explicado, Doc Dawson le hizo creer a Jim Hall que él, Morton, maltrataba a los animales. En aquel entonces Jim Hall tenía completa fe y confianza en el veterinario, pero éste lo que quería era colocar a Bo Jenkins en su lugar. Y lo consiguió. Doc Dawson se enteró del regreso de Morton y decidió jugarle una mala pasada. Soltó a «George», con el propósito de culpar a Morton.

El león se hirió casualmente. Opino que no sabía cuidarse mucho de sí mismo, por cuanto ha crecido en cautividad, pero aquella herida le incomodaba. Cuando Morton nos dejó solos, fue únicamente para asustarnos, iba a volver en seguida y hubiera dominado al león porque éste le conoce muy bien y sabe cómo manejarlo. Pero tropezó con Bo Jenkins y éste lo atontó de un porrazo. En consecuencia, culparon también a Morton de lo que nos había ocurrido a los tres.

Aquella noche en que se escapó el gorila, Morton buscaba a Bo Jenkins sin duda para ajustarle las cuentas, pero en lugar de encontrar a éste dio de mano con el simio. Escapó corriendo, al igual que Bo Jenkins.

—¿Lo de la pantera también fue idea de Doc Dawson? —preguntó el señor Hitchcock.

Aquí tomó la palabra Pete, para explicar:

—No, señor. Eso es por lo menos lo que él afirma, y en realidad creemos que fue un accidente verdadero. Desde luego tenemos que agradecerle la vida. El señor Stevenson asegura que esto será un atenuante que considerará el tribunal cuando se celebre el juicio.

Alfred Hitchcock hojeó unos instantes las notas que le había entregado Bob, en que se describía los pormenores del caso y de pronto, sin duda hallando la que buscaba, luego de consultarlo, preguntó:

—¿Es cierto que este tal individuo llamado Olsen o Dunlop y que ha resultado ser un agente del gobierno con el nombre de Stevenson, fue agregado al grupo cinematográfico de Jay Eastland por las autoridades, para que pudiera vigilar mejor a los sospechosos?

—Así es. Sí, señor —respondió Jupiter y prosiguió—: Resulta que también es cierto que sea un experto en armas de fuego y como tal también era útil a Jay Eastland. Pero la conducta de éste contra

Jim Hall era tan inconsiderada, por no decir violenta, que incluso llegó a ser sospechoso para Stevenson. Pero ha resultado, sin lugar a dudas, que Eastland nada tiene que ver con los contrabandistas, pero sí el que quería sacar partido del contrato suscrito con Jim Hall. Aquellos cincuenta mil dólares le hubiesen ido muy bien… pero ahora la película ya está terminada y en consecuencia «Jungle Land» está a salvo.

—Pero vayamos a lo del contrabando en sí —dijo el señor Hitchcock—. Veamos: Doc Dawson contrató, si así cabe decirlo, a Bo Jenkins para conseguir los barrotes huecos. Los envíos de diamantes provenían de África aprovechando las expediciones de animales salvajes que Cal Hall expedía a su hermano. ¿Es Dawson el jefe? ¿Lo planeó todo él o ha sido un simple accesorio? ¿Qué lugar ocupa?

—Doc Dawson lo planeó todo. Los diamantes fueron robados de un campo que hay en Mwadui, en el distrito de Shiyanga, en Tanzania. Los contrabandistas siguieron a Cal Hall hasta el puerto de Dar-es-Salaam y allí cambiaron los barrotes de las jaulas, primero en la del león y luego en la del gorila. Cuando partió la caja del león, avisaron a Doc Dawson con el cable cifrado.

—¿Y por qué Doc Dawson no tomó inmediatamente los diamantes de la jaula del león en cuanto éste llegó? —preguntó el señor Hitchcock.

—Decidió que era mejor aguardar hasta la llegada de la segunda caja, la del gorila. Sólo se habían planeado dos envíos. Me imagino que se dijo que el primer envío estaba bien seguro en su escondite y como que el segundo no tardaría en llegar, lo mejor era esperarlo y seguidamente desaparecer con un millón de dólares en gemas. Pero el gorila tardó mucho tiempo en llegar y mientras tanto Doc Dawson sufrió un ataque de gripe. Mientras estaba en cama, Jim Hall se deshizo de la jaula del león, arrojándola al cementerio de los coches viejos. Por unas causas u otras, la jaula quedó destrozada y los barrotes esparcidos. Cuando Doc salió de la cama, el desastre para sus planes ya había ocurrido.

Pero la situación era peor de lo que él se imaginaba, porque para entonces las autoridades ya estaban informadas de lo del contrabando. Stevenson nos ha dicho que no podía revelarnos las fuentes de información, pero lo cierto es que tan pronto como él y

Dobbs detuvieron a Dawson y pudieron mostrar las pruebas, sus cómplices en África también fueron detenidos. Ya los vigilaban desde hacía algún tiempo.

Tamborileando encima del informe redactado por Bob, el director de películas preguntó:

—Supusiste que a «George» le ponían nervioso los diversos intentos llevados a cabo para hacerse con el barrote que contenía los diamantes. ¿Comprobaste si habías acertado en tus apreciaciones, Jupiter?

—Desde luego que sí, señor. Al principio supuse que el león se sentía intranquilo por obligarlo a vivir en el interior de la casa o por lo menos a permanecer en ella durante la noche. Mas entonces fue cuando Stevenson y Dobbs comenzaron a rondar por «Jungle Land». Con cierta frecuencia llegaron incluso hasta junto a la casa de los Hall, cuando ya había anochecido, para inspeccionar el área del lugar donde se hallaban las jaulas y aquella presencia, oída por el león, lo intranquilizaba.

—Lo que no acabo de comprender es por qué un veterinario respetado y con buena clientela como Doc Dawson, se convirtiera en contrabandista de diamantes —rezongó el señor Hitchcock.

Pete explicó, en respuesta:

—Quizá porque ya era contrabandista antes de llegar a «Jungle Land». Residió en varios países del África durante algunos años, ocupando diversos empleos. Cuando se enteró de los envíos que Cal Hall hacía a su hermano Jim, aquello pareciole algo adecuado para lo que tenía proyectado. Se relacionó con ambos hermanos, aprovechándose de sus conocimientos concernientes a los animales, mientras daba los últimos detalles a la salida de los diamantes en Tanzania. En realidad es un amante de los animales, pero también ama el peligro y la emoción del riesgo que comporta el conseguir riqueza rápidamente.

—Te olvidas de mencionar: delinquiendo. Creo que todos hemos de felicitarnos de habernos librado de ese tipo. El gran golpe de un millón de dólares le resultó fallido gracias a vuestros esfuerzos en deducción y perseverancia. Estoy muy orgulloso de vosotros y además seguro de que habréis recibido un buen premio como compensación a vuestra solución del caso.

—Sí, señor. Nuestros ahorros han aumentado en…

Pero el señor Hitchcock interrumpió a Bob, exclamando:

—¡Por favor! ¡No lo digas, que eso es muy personal! Porque a lo mejor, si se me presenta otro caso… y si sé que sois ricos, tengo reparos en llamaros…

—¡Eso nunca! ¡El misterio es nuestra vida! —exclamó Jupiter Jones.

FIN



NICK WEST. (Seudónimo de Kin Platt) nació en Nueva York en 1911 y falleció en la misma ciudad en 2003. Conocido caricaturista, periodista y escritor, famoso también por sus libros para niños y jóvenes. Trabajó además para la radio y la televisión.

Notas

[1] Monte bravío. Tierra salvaje. (*N. del T.*). < <

[2] «Lugar del Oeste» y «Ciudad fantasma». (*N. del T.*). < <

[3] Acre. Medida inglesa de superficie equivalente a 40 áreas y 47 centiáreas. (*N. del T.*). <<

[4] Nombre de un gorila de una célebre película. (*N. del T.*). <<

[5] Cabe traducirlo literalmente por: Almacenes, muelles, guijarros, exrestos de caja. (*N. del T.*). < <

[6] 1 yarda cuadrada: 0,83612 metro cuadrado. (*N. del T.*). < <

[7] En los EE. UU. si bien para la moneda emplean el sistema decimal, en los pesos y medidas suelen aplicar los antiguos sistemas ingleses. (*N. del T.*). < <

[8] «troy» = 6,48 centígrados. <<

[9] Onza «avoirdupuis». < <